

# El hechizo del color púrpura

Manuel de León de la Vega

Rodeado de ataques y angustias, de soledades y sufrimientos, Francisco de Atondo pasó la vida arrastrándose como serpiente prudente y sagaz. No se dejó hechizar por el color púrpura de las riquezas, la alta posición y el triunfo. Inteligente y sensible, cuando se sentía atacado por la Inquisición, nunca se desesperó. Calculó de manera tan precisa el embate de los enemigos y burló sus zarpazos, que nunca les dio una segunda oportunidad para que lo inmolaran.

Epitafio para un hidalgo sagaz.

Y aun llegará tiempo en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios.

Juan, 16: 2.

A la memoria de los mártires evangélicos navarros del siglo XVI en el quinientos aniversario de la desmembración de Navarra.

# EL HIDALGO, FRANCISCO DE ATONDO. 1580

Detrás de la vidriera policromada, con motivos florales, el tibio sol otoñal acariciaba el rostro de Francisco de Atondo. Un reloj de tambor dorado y una sola manecilla, colocado sobre un Cassone florentino, marcaba las cinco pasadas. El invierno parecía llamar a las puertas prematuramente en este octubre de 1580. Las hojas de hayedos y robledales pintaban extensas manchas forestales de colores amarillos-rojizos. Resultaba extraño que las mismas semillas de los arces estuviesen próximas a madurar. También, en la ribera, las orlas de tamariz, los carrizales y espadañas se tornaban en tonos pajizos. Nunca se habían visto temperaturas tan bajas en este mes y Francisco, a sus cincuenta y tres años de edad, comenzaba a sentir el frio en sus huesos.

Aquel costado del palacio de los Atondo en Tudela, era casi un lugar sagrado para el hidalgo Francisco de Atondo por su silencio reparador. No se sentía el estruendo de las carretas y los cascos de los caballos crujiendo sobre el adoquinado de las calles que tanto le molestaban y hasta le sobresaltaban. Era habitual, en otras estancias palaciegas, oír retumbar las voces de pregoneros y heraldos, mercaderes y ciegos declamando historias, lazarillos, buñoleros y villanos ofreciendo sus servicios. Se oían las voces dispares del fiel de balanza en carnicerías y panaderías que llamaban almotacén, de los porteros, alguaciles de campo, barrenderos y maceros.

Cuando los pregoneros tocaban la chirimía y voceaban animales y objetos perdidos, era tanto el bullicio, que sus anuncios llegaban a exasperar a Francisco de Atondo que buscaba, de inmediato, refugio y sosiego en aquel rincón del palacio. Sin embargo, la gente de servicio disimulaba ventilar el palacio abriendo las ventanas para saber del pregón y las noticias que pasaban de boca en boca.

Normalmente, en aquel costado del palacio, que daba a la calle de los iluminadores, solamente se advertían leves aleteos de palomas que cruzaban de un lado al otro del patio central y rasgaban el tranquilizador silencio. Como en el claustro de un convento, el patio cuadrangular del palacio estaba rodeado de arquerías ojivales y columnas lisas. Los alfarjes de las galerías y los forjados eran de carpintería de armar española con toques mudéjares. Era un espacio cargado de delicadeza que incitaba a una vida contemplativa.

Sin embargo, Francisco de Atondo, sentía como voces, lamentos y gritos en la profunda soledad, sobresaltando el espíritu del héroe que llevaba dentro. Taladraban su cabeza aquellos anatemas y excomuniones sobre sencillos cristianos que no querían traicionar la verdad. En la esfera de la intimidad de Francisco, se acumulaba un torbellino de olas de rugiente espuma que atormentaban su ser. Cada día la persecución contra los disidentes religiosos, como él, era más violenta. La falta de libertad convertía a los hombres en seres hipócritas, embusteros y aduladores. Su imperceptible aflicción, se reflejaba en la habitual tristeza. Los revuelcos de su conciencia por algunos errores en su vida, el pánico de ver tantos hombres quemados en las piras inquisitoriales, le hacía toser, suspirar y ahogarse repetidas veces.

Francisco, vislumbraba que su misión estaba fracasando. Tenía menos cartas secretas que repartir por España. Los pocos cristianos calvinistas y luteranos estaban tapados, escondidos, camuflados. Apenas se demandaban libros y Biblias. La gente atenazada por el miedo temblaba con solo ver un libro. ¿Cuándo acabaría la persecución y la violencia? ¿Cuándo dejarían de verse las calles llenas de sotanas y hábitos religiosos? ¿Cuándo el hechizo del color púrpura para alcanzar un obispado dejaría de ser la única ambición de los hombres de aquel siglo? ¿Hasta cuándo seguirían hurgando las conciencias aquella legión de vientres agradecidos y chacales sedientos de poder? ¿Por qué no se dedicaban a inventar, a producir, a esforzarse por conseguir mejores sueños? ¿Por qué no abrían escuelas, talleres de artes o casas de oficios? ¿En qué manera habían abandonado aquella sociedad a la ignorancia?

_ Nadie puede salirse de lo establecido. Las normas de la iglesia lo regulan todo. Un país así terminará en la indigencia, -repetía, constantemente, el hidalgo Francisco de Atondo.-.

Su vida, en fingida armonía, perdía impulso y se abrasaba en inextinguibles inquietudes interiores. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué presentía que todo se desmoronaba y su vida corría peligro? Cada día nuevos abismos se abrían a su paso. Por eso anhelaba esos momentos de equilibrio y soledad para no sentir el vértigo. Urdía discursos brillantes que demostrasen justas y honrosas sus acciones. Clamaba como el salmista: oh Dios defiende mi causa, líbrame de gente impía y del hombre engañoso y cruel.

Francisco de Atondo había recorrido todos los caminos y veredas de Castilla, Andalucía, Aragón y Navarra. Ningún

sacrificio era demasiado doloroso, ni morir un deber tan placentero si el Evangelio era proclamado en España. Sabía de lo peligroso, de lo arriesgado de introducir libros prohibidos. Sin embargo, era un imperativo divino, una necesidad de su alma, un compromiso ineludible.

Nunca había mantenido sus creencias en secreto, pero había sido astuto como la serpiente que mudaba su piel con los colores de la primavera y en otoño se preparaba para invernar en el lugar menos frío. Francisco de Atondo dibujaba mil rostros entre sus enemigos y sabía cobijarse en la soledad y el silencio con sus pocos e íntimos amigos. Sabía parecer un hijodalgo y un vulgar arriero. Nunca asomaba su cabeza sin antes tomar precauciones. La audacia no estaba reñida con la astucia.

Usaba, en su diaria conducta, el instinto de las serpientes como lo describía el médico quirúrgico Fabricio de Aquapendente en su recién publicada *Opera omnia anatomica et phisiologica*. Hacía ver este autor que la serpiente podía enfrentarse y hasta devorar un animal tres veces mayor que ella. Opinaba también que cuando la serpiente mataba por constricción, enredando sus presas con su cuerpo, era el más lúcido símbolo del poder de la muerte. Sin embargo, la serpiente tenía la suficiente astucia para camuflarse y sagacidad para saber los momentos de caza, de invernar o de procrear.

Lo extraño de estos reptiles residía en que utilizaban su lengua para oler y para orientarse. Partículas gaseosas de la serpiente eran recogidas por su lengua y colocadas en las galerías de la boca. De esa manera detectaban su entorno desde la boca, porque muchas serpientes eran ciegas. Francisco

de Atondo también veía, olfateaba y distinguía con la experiencia de la vida, con los pequeños detalles. Percibía en el tono de las palabras la segunda intención. Ponía atención en los pequeños "diablos" que podían hacer de la vida un infierno. Sobre todo, temía la calumnia, la mentira, la envidia tan útil para los inquisidores. Prefería ser herido por la cruda realidad a ser envenenado por la mentira piadosa y el halago. Evitaba toda violencia verbal o psicológica. Todas estas cosas le hacían un hombre escurridizo y menos frágil.

Señalaba con frecuencia Francisco de Atondo que la conducta de las serpientes también se parecía mucho a la de los inquisidores. Hechizados ellos mismos por el color púrpura y escarlata del alto clero, tenían los inquisidores la misma seducción y encanto mortal que las serpientes con su mirada de metal fundido. Era un simbolismo que aplicaba en otros animales hasta hacer una inmensa parábola del mundo material con el invisible. Decía a su íntimo sirviente y mayordomo Ferrán González:

_ El más grave entre los volátiles es el ganso; entre los cuadrúpedos, el asno, y entre los hombres, el tonto que se cree sabio.

_ Me gusta más cuando compara la actividad de las serpientes con los inquisidores, - le decía Ferrán intentando forzar a don Francisco a la imprudencia, cosa que conseguía siempre en privado-.

_ Te refieres a esos representantes del error, de esos propagadores de la mentira ¿Para qué sirven esos espíritus funestos, esos terribles destructores, esos envenenadores públicos? ¿Por qué el talento suele con frecuencia prestar su ayuda a los enemigos de la verdad?

_ Ellos dicen que proclaman y defienden la verdad de la Santa Madre Iglesia, -seguía Ferrán provocando a don Francisco-.

_ Pero olvidan el mensaje del Evangelio. Se han corrompido, han degradado a los hombres y su alma viene a ser lo que todos vemos: una mezcla estrambótica de grandeza, de atrocidad y de ignominia.

_ Aún no me ha explicado el parecido con las serpientes, -azuzaba con picardía Ferrán a su amo-.

_ Cuando regresé de Toulouse y dejé mis estudios, me dediqué por un tiempo, como distracción, a la herpetología, esto es, al conocimiento de las serpientes y reptiles. Me di cuenta entonces de que su conducta se parece mucho a la de los inquisidores.

_ Lo dice por el terror que inspiran serpientes e inquisidores. ¿No es así?

_ Si Ferrán. Es un sentimiento extraño que solo producen las serpientes. Y este sentimiento, que el alma experimenta, no se parece de ninguna manera al que causa la presencia de un tigre o de un león, ni tampoco al disgusto que puede producir el aspecto de un objeto repugnante. Es, sin embargo, disgusto y espanto a la vez, pero mezclado con un *no sé qué* de oculto que paraliza la sangre en las venas, una especie de angustia que revuelve e indigna el corazón, y te hiela de terror. No parece, sino que de pronto se presenta ante nosotros el tipo absoluto de la perversidad implacable. Sientes en ese momento que el horror y el espanto penetran hasta las más íntimas profundidades de la vida; profundidades tales que no puede alcanzar ningún otro espectáculo en el mundo.

_ ¿Por qué este odio unánime ante un animal tan bello como la serpiente? ¿No será efecto de las tradiciones bíblicas?

_ Es un sentimiento universal e innato que no se puede explicar. Como si hubiese desempeñado la misteriosa serpiente algún papel espantoso en los orígenes de la existencia humana.

_ Los inquisidores no parecen tener la belleza de las serpientes. Su tonsurada cabeza enseñando un corto borde de pelo, es señal de humildad. Son religiosos que solo sobresalen en los Autos de fe o cuando visitan los distritos para proclamar los Edictos. El resto de su vida lo pasan encerrados con audiencias y procesos interminables, -razonaba Ferrán-.

_ Sin embargo, exhiben el poder atraídos por el color púrpura de un obispado o cardenalato, que también representa el triunfo de los victoriosos y la imposición de su verdad. Es un poder que atrapa conciencias y envuelve sentimientos y voluntades como lo hacen las serpientes.

_ Debe ser que se odia a los inquisidores porque el hombre quiere vivir en libertad, sin estar sometido.

_ Eso es en pocas palabras. El hombre está condenado a ser libre, teniendo derecho a pensar, a escoger y hasta reprobar.

_ ¿Es el odio hacia el inquisidor el único parecido que tienen estos ofidios?

_ Son muchas las semejanzas entre serpientes e inquisidores, Ferrán. Aparecen como las serpientes cuando calienta el sol. En los siglos de las luces, en el Renacimiento de las letras, aparecen silenciosos, pero cuando logran pasar de la religión a la política y hacerse fuertes, se moverán como

serpientes ágiles y vigorosos. Surgen en el esplendor de las civilizaciones, cuando los pueblos esforzados llegan a gozar de los trabajos de su largo invierno.

Francisco de Atondo solo hablaba estas cosas en la intimidad. Eran como un desahogo de su reprimida rabia. Descansaba señalando estas cosas funestas que percibía de los inquisidores. En su conversación con Ferrán había ido añadiendo situaciones y calificativos a los inquisidores como que bebían el sudor y la sangre del pueblo, disfrutando con su dolor.

_ ¿Crees Ferrán que se conmueven cuando se enardecen? De ninguna manera. Esta aparente sensibilidad no es sino un artificio del cerebro porque su corazón es pequeño. Su elocuencia es ficticia. Hay en ella furor, pero no enternecimiento, cólera, pero no lágrimas. Como las serpientes no tienen glándulas lagrimales.

La parábola de las serpientes tenía otras muchas aplicaciones y sentidos en los inquisidores.

_ Cuando han concluido la digestión, -exponía Francisco con minuciosidad-, adquieren una actividad tanto mayor cuanto más restauradas han sido sus fuerzas, y a poco que sientan entonces el aguijón del hambre, son muy peligrosos para los animales más débiles que ellos, o peor armados.

Describía Francisco de Atondo con encanto la lucha misteriosa entre las serpientes y los pájaros.

_ ¿Quién no ha sentido apretársele el corazón –comentaba y gesticulaba emocionado Francisco- al ver agitarse alguna pobre golondrina bajo el encanto fatal de un enorme reptil? Todos los seres débiles de la familia

volátil sucumben a esa extraña fascinación de su mirada; pero los pájaros vigorosos, los que remontan más alto el vuelo y tienen la vista más perspicaz, como las cigüeñas *y* las águilas, no solo se libran de aquel hechizo, sino que son los más formidables enemigos de las serpientes, cuyas cabezas aplastan a picotazos.

_ Debemos de aprender la lección del alto vuelo de estas rapaces, Ferrán, - insistía Francisco de Atondo- pues son los únicos seres de toda la creación viviente que pueden luchar con ventaja contra la execrable fiereza de las serpientes. Son los únicos que no se dejan exterminar por el terror que inspiran.

Ahora, en aquel frio otoño, Francisco sentía estar en estado de muda como las serpientes o quizás esperando hibernar en aquel aposentó húmedo donde encontraba el refugio perfecto para ocultarse.  Cuando se sentía vulnerable, dirigía la cabeza hacia el cielo esperando de Dios su ayuda y recobraba en aquella estancia su temperamento habitual: sereno, elegante, sensible, habilidoso y atractivo. Aunque había aprendido desde niño las artes de la nobleza, demostrar las diferencias, resaltar los privilegios y riquezas, era, a pesar de todo, un extraño y solitario hidalgo.

## 1

Fray Tomás, siempre tan escrupuloso con los asuntos de don Francisco, le recordaba de nuevo el día que quisieron comprarle la hidalguía unos conversos judíos. El fraile también era de familia conversa de moros y sabía del pie que cojeaban los judíos. Por eso era perseverante. Era una advertencia, ante

las continuas dudas de don Francisco sobre su alta dignidad. Nunca supo fray Tomás por qué le abrumaba tanto a su amo el ser diferente y no usar de los privilegios de la nobleza. Le resultaba más extraño aún que estuviese decidido a vender la hidalguía a aquellos conversos.

_ ¿Recuerda cuando aquellos valencianos vinieron para recibir testimonios de su hidalguía?

_ Sí, creo recordar a un tal Pedro Peralta y Josefo de Tafalla –confesaba siempre con cierto rubor don Francisco-.

_ ¿Tiene memoria vuestra merced que tanto escribanos como testigos, recibieron dulces, calzado, ropa y dinero de los valencianos para ser sobornados?

_ Me acuerdo que les habían entregado chapines, tocas de mujer, dragea, calabazate y ciertos panes de azúcar.

_ Pues estos señores desconocían que vuestra nobleza era antigua y de origen real. Su escudo es el de la realeza navarra concedido por Juan II. Algunos familiares fueron coperos mayores, otros relacionados con las Cortes Generales de este reino y todos con armas y caballos y gente de guerra. Es pública y notoria su caballerosidad y nobleza, linaje y familia en este reino. Han calzado espuelas doradas y ceñido espadas y dagas. Alguno ha sido grande en las justas y hombre militar de a caballo en los torneos.

_ Reconozco fray Tomás –cortó su discurso genealógico Francisco y deseó acabar la tan repetida historia- que todos han sido hidalgos, ocupados en la milicia y en la caballería. Todos han tenido linaje y descendencia haciendo grande la casa y palacio solariego de los

Atondo Romero. Menos yo, que solo soy Licenciado en Leyes y ninguna nobleza he añadido a la casa de los Atondo.

Para Francisco los pilares de la vida eran otros. Usaba la hidalguía como forma social, apariencias que proporcionaban la fortuna y el mayorazgo. Sobre todo, le proporcionaban una cierta inmunidad que otros mortales no tenían. Sin embargo, su vida había sido un azaroso ajetreo para servir a los demás, usando esos privilegios de la nobleza contra sus perseguidores.

_ Todos los hombres somos iguales. No hay nobles ni villanos delante de Dios. Vuestra merced debe saberlo mejor que nadie que conoce la Sagrada Escritura -solía repetir Francisco de Atondo al fraile.

Por ese motivo había usado su aristocracia, su riqueza, su vida entera al servicio de la causa más sublime: el Evangelio. Quería que la Reforma luterana cambiase una nación atrasada y sometida. Proclamaba un mundo de conciencias libres. Un humanismo secular de libre pensamiento y libre investigación. Ético, no hipócrita. Que buscase las soluciones a los problemas humanos desde la solidaridad de los hombres mismos y el socorro de Dios, en lugar del imperio y control clerical.

Estos días necesitaba Francisco un pequeño respiro que solo encontraba en Tudela ¡Cuánto descanso encontraba en aquel patio del palacio! ¡Qué paz desprendían aquellas piedras impregnadas de musgo! No solo parecía el claustro de un monasterio, sino que era el lugar del silencio para dibujar los sueños o para escuchar el espíritu. Desde él y sus galerías, se accedía a todas las habitaciones del palacio y también a su intimidad. Un solitario manzano en medio del patio, junto al brocal del pozo, todavía lucía algunas manzanas rojizas. Era

como un símbolo para Francisco, la expresión de que su obra y su trabajo de unificación de las congregaciones evangélicas, dispersas por España, seguía dando fruto.

El olor a humedad de aquel salón le obligaba a encender la chimenea antes de que llegara el invierno y perfumar el entorno con los troncos de pino quemado. El Tiziano colgado en la pared sobre la chimenea, no se sabía si era obra de su hermano Francesco Vecellio, o del mismo Tiziano, pero daba un sensual toque de belleza a la estancia. En el cuadro aparecía una joven y robusta mujer representando a la mitológica *Flora*, que, cuando la miraba, siempre traía hermosos recuerdos de juventud.

Francisco de Atondo no se sentía bien. Era algo frecuente en los últimos años. Le sucedía lo mismo cada vez que acababa la defensa de una causa judicial, que, como Licenciado en leyes profesional y reconocido, era frecuente. Por este motivo, entre los pensamientos y propósitos de aquella hora, estaba el dar definitivamente por acabada su accidentada carrera de Licenciado en Leyes.

_ No volveré a interesarme en más casos judiciales, aunque sean de nobles o cortesanos. No lo pongas en duda esta vez Tomás, -confesaba repetidas veces a su contador y capellán, el fraile al que apodaban fray "Delicado"-

Fray Tomás llevaba bastantes años al servicio del Licenciado. Nunca había sabido de la extraña vida de su amo, ni le habían preocupado sus intimidades. Solo le interesaba cumplir con su deber de contador y capellán. Se había ido haciendo mayor, sirviendo a los Atondo. Su expediente podría resumirse en que era un hombre justo y eficiente. Anotaba en el *Memoriale*

todas las transacciones en orden cronológico y en forma detallada. Registraba en el *Giornale* todas las operaciones de "débito o crédito". En el *Cuaderno* aparecían todas las cuentas, según el método de contabilidad del toscano Fray Luca Pacioli, en su "*Summa de Arithmética*".

Estaban demostradas suficientemente las causas del agotamiento de Francisco. Los pleitos, cada día con más intensidad, le dejaban sin fuerzas, vacío, desorientado. Rabiaba especialmente cuando tenía que defender causas viles que siempre ganaban los más poderosos. Sin embargo, también Francisco percibía a su alrededor un mundo sin perspectivas, sin sueños, sin verdades. No que hubiese llegado el ocaso de los sueños, sino que sentía la negra sombra de los cazadores de conciencias y de su poder exterminador. Creía sin embargo que la Providencia le había acompañado a lo largo de su existencia. Había sentido miedo, pero nunca temor.

Ahora presentía que le quedaba poco de vida. Era una sensación de desasosiego, de malestar profundo que no podía reprimir, ni disimular. Notaba más cercano el aliento de sus fieros perseguidores, el hedor de sus manipulaciones, los desgarros de sus zarpazos. El mundo que, siendo joven, se abría paso cuando estudiaba en París o Toulouse, ya era un sueño. En realidad, el sistema era entonces tan imperfecto y desestructurado como lo había sido siempre, pero él lo consideraba un universo de oportunidades.

La libertad que el Renacimiento italiano había expandido por Europa, asomaba ahora en España, un siglo después, como brote en primavera, aunque pronto marchito y arrancado. Enseguida las cadenas de la opresión e injusticia habían comenzado a propagar otra oleada de terror por las calles, atar

las conciencias y poner mordaza a las mentes más despiertas en nombre de la religión y el orden establecido. Ya nadie estudiaba en el extranjero porque estaba prohibido. El rey Felipe II había decretado en la Pragmática de 22 de diciembre de 1559 que debían regresar todos los muchachos de las Universidades y escuelas de Europa por miedo a ser descarriados por el protestantismo.

La Era de los descubrimientos, el fenómeno de la técnica y la ruleta de la fortuna que en aquel siglo dorado parecía girar hacía los más desprotegidos, seguía favoreciendo a los mismos poderosos, nobles y universitarios. Sobre todo, era el poder de los clérigos que ahogaban cualquier novedad y progreso. Las entrañas de la patria se llenaban de cárceles, de reatas de condenados a galeras, de tráfico de esclavos, una servidumbre indigna de hombres libres.

_ Si, Ferrán, estoy cansado de ver las supremas potestades del orbe, que deberían defender al vulgo y a los más humildes, se aparten de lo verdadero y lo justo, -decía Francisco de Atondo, con oratoria forense, a su criado de confianza-.

_ Por lo menos todos los años hacen juramento de defender los derechos de los oprimidos.

_ Ferrán, -decía don Francisco con frases encendidas- cuando se junta la fuerza y se impone su tiránico silencio a las palabras, a las conciencias y a la libertad, el orbe entero debe temblar.

_ ¿Lo dice por la Inquisición don Francisco?

_ ¿Por quién lo voy a decir? Es al rey a quien compete administrar justicia, pero la Inquisición impone su tiranía. El sigilo es la mejor mordaza para imponer su voluntad a

todos. Los pueblos oprimidos por la ley del silencio, no pueden quejarse de haber sido torturados, confundidos o privados de sus bienes.

_ Tenía mis dudas, porque nunca suele hablar de la Inquisición sin que yo le provoque, ni suele ser imprudente en criticarla- indicaba Ferrán un tanto sorprendido-.

Don Francisco había permanecido estático, elevando el mentón como señalando, como si su discurso quisiera colocarlo en el viento y pudiera ser la queja constante de la brisa entre los juncos de los hombres libres. Con la misma figura se retiró a sus aposentos, hierático, sigiloso y reflexivo.

Después de unas horas de descanso volvió a llamar, como siempre, a su criado de confianza Ferrán González. Hombre de mediana edad, de tosca apariencia, casi un gañán, pero con un trato atrayente y educado. Sabía ser cultivado en muchos temas y muy hábil con los caballos. Le repitió don Francisco también lo de siempre:

_ Ferrán, tenme dispuesto en todo momento el coche o el alazán que lleva tantos años conmigo.

_ No tenga cuidado, sé a cuál se refiere don Francisco.

_ Si tenemos que escapar urgentemente ¿sabrás lo que tienes que hacer?

_ Si, don Francisco, nos vamos hacia la frontera francesa de Labort o Béarne.

_ ¿Te acuerdas del paso fronterizo de la última vez?

_ Si don Francisco, - contestaba desganado, Ferrán, a la interminable rutina de averiguaciones-.

Ferrán sabía de los peligros a los que se enfrentaba el Licenciado. Los inquisidores cuando visitaban Tudela consideraban que don Francisco era persona noble e influyente

y tenía el mejor alojamiento de la ciudad. El Santo Oficio tenía derecho de aposento y nada pagaba por la estancia, escogiendo muchas veces el palacio de los Atondo. Cuando los inquisidores se alojaban en los aposentos y departían en las comidas, siempre salía a relucir la vida de don Francisco. Entre bromas y falsas sonrisas, fiscalizaban en poco tiempo cada parcela de su existencia: sus amores, sus dineros o sus caballos. Por eso Ferrán siempre estaba atento a cualquier desliz con la Inquisición. Sin embargo, entendía, que seguía siendo un privilegio dar preeminencia al Inquisidor como lo hacía don Francisco. Era mejor tener al enemigo cerca y saber sus intenciones.

Cuando había visitado Tudela el Inquisidor Diego González, procedente de Valladolid, aquel palacio de los Atondo se convirtió en un ir y venir de gentes. El Inquisidor oía las más incautas y variadas acusaciones agazapado tras una sonrisa de bondad. Sin embargo, no se conmovía y aceraba su rostro, si tenía que apresar a los sospechosos o darles tormento para probar su culpabilidad. Francisco había comentado con su asistente Ferrán, que el Consejo Real de Navarra había tenido que ejecutar muchas sentencias de destierro perpetuo y numerosas personas habían salido con sambenito o eran quemadas en la hoguera por mandato de aquel Inquisidor.

_ Es un mal bicho, -confesaba en confidencia don Francisco a Ferrán-.

Uno de los días de abundante comida y mejores vinos, el Inquisidor azumbrado fue soltando la lengua y Francisco aprendió muchas de las tácticas inquisitoriales que nunca olvidó.

En otra ocasión también se había instalado en el palacio de Atondo, el Licenciado Jerónimo Manrique, entonces Inquisidor de Valencia. Cuando se había marchado el Inquisidor, con los familiares y el séquito, siempre comentaba con solemnidad el Licenciado Francisco de Atondo a su criado de confianza:

_ Ferrán, la Inquisición, hija del Estado y la Iglesia, se hará dueña en pocos años del mundo. Someterá a todo el que muestre oposición. No habrá escapatoria posible.

Con estas precauciones constantes, Ferrán, su fiel guardián, había ido aprendiendo la necesidad de la prudencia, de la astucia, del silencio calculado, de no despertar la menor sospecha sobre la vida de don Francisco, fuese bueno o malo. Ferrán aportaba bondad y equilibrio en aquel palacio. Su fortaleza física no era mayor que su autoridad moral y su sabiduría. Decían que había estudiado Gramática y Artes en Francia y que prefería el campo a la ciudad. Le respetaban todos, aunque no supiesen su verdadera identidad ni oficio en palacio. Solo decían que sabía hablar a los caballos y que los domaba con facilidad cuando bajaban de los montes, los marcaban y les trasquilaban las crines y rabo.

_ Esos locos caballos saben lo que va a suceder antes que nosotros – comentaba Ferrán en cada marcado y selección de ganado, mientras miraba el cielo de nubes extendidas y suaves con retazos de azul. ¡Cuánto le gustaba a Ferrán el campo! -

_ ¿Cómo sabes tú esas cosas? -preguntaba don Francisco con curiosidad ante el misterio premonitorio de los caballos-.

_ La montaña les va enseñando cada día. Aprenden de los días de sol o de lluvia. Cada sonido, cada quejido, cada olor,

está indicándoles si tienen que comer, dormir o librarse de los aguaceros, las sequías o de cualquier depredador.

Entonces ¿crees que debemos aprender de los caballos?

_ Sí, don Francisco, es necesario observar a la gente, mirarles a sus ojos y ver la tragedia antes de que sea tarde.

Don Francisco confiaba su vida en aquel mayoral que hablaba con los caballos. Los sirvientes del palacio respetaban a don Francisco, pero casi ni lo veían. Estaba siempre de viaje, de Cortes o nadie sabía dónde. Pero Ferrán siempre estaba a su lado, le seguía a todas partes, le protegía de cualquier peligro. Sabía sus entradas y salidas, su vida íntima y también sus aprietos y disimulos con la Inquisición.

## 2

Aquella tarde de otoño, Ferrán se había enterado que uno de los comisarios de la Inquisición, hombre ambicioso y de aquella tierra –decían que de Estella- hacía pesquisas sobre unos asilvestrados caballos encontrados en la frontera que tenían el hierro de los Atondo.

_ Don Francisco, me comenta un amigo francés que han aparecido caballos nuestros en la frontera.

_ ¿Cómo han podido llegar hasta allí?

_ No lo sé. Lo malo del asunto es que un comisario de la Inquisición ha comentado que los caballos son la tapadera para encubrir literatura prohibida.

_ ¿Por qué habrá deducido ese comisario de la Inquisición que los intercambios y el tráfico de caballos, son un disfraz para ocultar la entrada de Biblias y libros

prohibidos por aquella frontera? No tiene mucho sentido.

_ Alguno de los bandoleros catalanes o aragoneses se habrá ido de la lengua- confesó inquieto el criado-.

_ Creo que es la misma Inquisición la que promueve esas sospechas. La obsesión antiprotestante de los tribunales inquisitoriales de Navarra, Aragón y Cataluña sienten una repugnancia histérica al ver que el calvinismo es oficial en el Béarn y que tan dignamente promovió Juana III de Albret.

_ Piense don Francisco que no hace mucho encontraron Biblias y libros prohibidos en varios lugares de Navarra.

_ Eso explicaría mejor la sospecha inquisitorial, porque mis tratos nunca han sido con bandoleros, sino con moriscos o gente francesa y gascona.

_ Tiene razón don Francisco, pero tenemos que estar prevenidos.

Francisco de Atondo dio las gracias a su criado con una suave palmada en el hombro y un gesto de complicidad. Se retiró de nuevo a sus confortables aposentos y comenzó su acostumbrada lectura de la Biblia. Era una Biblia en latín, pero sin notas. Estaba publicada en Amberes en la imprenta de Francisco Grasset. La guardaba escondida en un cajón de doble fondo que tenía encima casullas, amitos y albas para decir misa fray Tomás a sus sirvientes. Su libro preferido era el Libro de Proverbios, en el que siempre leía los primeros versículos que tenía señalados con un marcador de seda bordado en plata. Sin embargo, en estos días se agarraba al Libro de Nehemías que describía parecida situación con los protestantes españoles. Veía "el remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la

provincia, que estaban en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego”. El mismo lloro y duelo que veía en Nehemías, era el mismo dolor que salía de su corazón cada día más debilitado y sin fuerzas. Por eso clamaba al Dios de los cielos, fuerte, grande y temible para que tuviese misericordia de aquel cruel holocausto.

Aquella tarde al humor de la lumbre, con las llamas de la chimenea tiñendo de colores pastel su afilado rostro y con la Biblia en la mano, parecía un caballero andante, solitario y perdido entre tantas batallas y desafíos. El asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas contra el Santo Oficio, un día más, quería enderezar entuertos, enmendar sinrazones y mejorar abusos entre sus ensueños. Pensativo y adormilado, abrió la boca lleno de sueño y cansancio, vertiendo el agua de un recipiente florentino de metal y llenando una copa. La dejó sobre el escritorio para saciar la sed durante la noche. Escondió la Biblia encuadernada en pergamino. Estiró su puntiaguda barba. Se colocó el gorro de capirote sobre su canoso y despeinado cabello. Vistió el blusón de lino, y se acostó en la cama acolchonada con lana. Corrió las cortinas de su baldaquín de tela verde y se durmió casi al instante. Como en la antigua novela caballeresca *El Libro del caballero Zifar* Francisco aparecía como el hidalgo de Dios, descansando en el más absoluto aislamiento y soledad. Dormiría tranquilo aquella noche sin saber la tormenta de desolación y muerte que amenazaba al caballeroso y soñador personaje.

El tribunal inquisitorial de Logroño, tenía la orden de apresar al Licenciado por haber intentado adoctrinar a un vecino de Tudela. No eran los alocados caballos de la frontera los que debían preocuparle, porque ahora era una persona concreta,

Martín de Echevarría, quien le denunciaba. Por primera vez en treinta años de importador de libros prohibidos y de llevar cartas pastorales por toda España, Francisco de Atondo parecía haber cometido un descuido imperdonable.

Martín de Echevarría no tenía nada contra Francisco de Atondo. Le parecía una buena persona. Lo hacía para descargar su conciencia en la santa iglesia, y también había acudido a la "denunciación" por su honor, como hijodalgo que era. Conciencia y honor eran unas demandas que satisfacían cumplidamente la insaciable curiosidad de los inquisidores. Con la conciencia y el honor se juraba, se prometía, se consagraba todo contrato en aquel siglo. También se metían en prisiones y se quemaba a hombres piadosos en nombre de la conciencia y el honor.

La otra palabra mágica, "gloria", en todas sus definiciones, estaba reservada para los inquisidores, para los hombres hechizados por el color púrpura y escarlata. Sus triunfos se llenaban de gloria, de esplendor, de felicidad y de placer cuando extirpaban la herejía, prendían y quemaban a los creyentes del Evangelio. Las tinieblas que se habían apoderado del alma de aquellos oficiales del Santo Oficio, también habían desgarrado el nublado corazón de muchos hombres de ese siglo en nombre de la gloria, el honor y la conciencia. Arrastrados por los demonios, transpirando ira con olor a incienso, condenaban a los hombres que no se sometían, que no se retractaban, que no flaqueaban a sus rencores. Había llegado el día de la "gloria" de la santa Inquisición.

En Logroño, el tribunal tenía entre sus fauces una buena pieza. Cada día, a esta Audiencia llegaban menos recursos económicos. No era la exigua confiscación de bienes la

causante de las arcas vacías sino la avaricia de tanto oficial, de tanto legado y tantos autos de fe. El Licenciado Francisco de Atondo tenía bienes tan suculentos que cuando se incautasen volverían a colmar de poder al Tribunal y llenar las exhaustas arcas del rey. Las idas y venidas de inquisidores, fiscales, notarios del secreto, escribanos, alguaciles y hasta carceleros anunciaban un sonado apresamiento. Francisco de Atondo había enseñado la doctrina calvinista y debía ser prendido por hereje.

Con toda diligencia, en dos días, llegó a Logroño el denunciado. Por el camino, Francisco, había ensayado respuestas a las preguntas de siempre. El Inquisidor no tardaría en hacérselas aquella mañana.

_ ¿Sospecha cuál ha sido el motivo de su denuncia? Piense que ha prestado juramento de decir la verdad- recordó el Inquisidor Pedro de los Llanos, clavando sus ojos taimados en la noble víctima-.

El Inquisidor llevaba mucho tiempo en Logroño y estaba a punto de ser trasladado a Valladolid. Era un hombre que conocía bien el distrito. Lo había visitado con tesón y paciencia numerosas veces. Su corpulencia afeaba y engrandecía su cojera y padecimiento. El terrible dolor que le hacía retorcer y ladearse, decía dedicarlo a Dios por la salvación de los herejes. Apretaba sus mandíbulas cada vez que se movía, lo que delataba su buen o mal humor. Aquella mañana de octubre la enfermedad de "la gota" le daba unos momentos de tregua.

Francisco sabía que no debía confesarse culpable y que siempre habría algún resquicio legal. Cuando había colocado la mano sobre el crucifijo para hacer el solemne juramento, se había convencido más aún de que solo quería ser cristiano.

_ Yo soy un sencillo cristiano. Desconozco la causa de la denuncia.

_ ¿Recuerda haber oído o visto algo que atente contra la religión?

El Inquisidor dejó ver sus pupilas brillando, penetrando su mirada, como acerada espada, en el rostro de don Francisco. Este, acostumbrado a no dudar en las respuestas, no dejaba de temer al Inquisidor que lo suponía enterado de suficientes cosas como para meterlo en prisión.

_ Nunca he hablado contra la iglesia, ni el Santo Oficio, a cuyos inquisidores, en visita a Tudela siempre he acogido con agrado en mi palacio.

Esto pareció desorientar por un momento al Inquisidor, pero siguió con su rutina procesal.

_ ¿Tiene familiares o ascendientes judíos, moros o herejes?

_ Nunca he oído ni visto cosas de judíos o moros y menos de herejes. Mi familia siempre ha servido al rey como de todos es notorio.

Francisco de Atondo quería conscientemente citar la autoridad del rey. Antes había citado como argumento a los inquisidores que visitaron su palacio en Tudela. Quería que el proceso inquisitivo parase lo antes posible. El juego psicológico parecía inclinarse levemente a favor del Licenciado. Como ejercitado profesional sabía jugar a las adivinaciones como lo hacían los inquisidores. Sin embargo, el Inquisidor supo guardar muy bien sus sospechas. Francisco paso a paso le había dibujado una completa historia de su vida. Para el Inquisidor era una historia cuyos engranajes encajaban sorprendentemente con todas sus pesquisas. Se dejó de rodeos

e irrumpió desde su primera sesión, con el tema del Licenciado La Torre.

_ ¿Conoce al Licenciado La Torre?

_ No me parece conocer con ese nombre a tal Licenciado. Al menos en los círculos donde yo he ejercido Leyes.

_ Quiero que sepa que el Licenciado está en las cárceles secretas. Este comisario de la Inquisición en Pamplona, fue ajusticiado por dejar escapar herejes. Él y su capellán consideraban, en el proceso contra ellos, que la intervención de vuestra merced en las Cortes hizo que muchos conversos y herejes escapasen.

_ No puedo recordar y mucho menos en qué términos yo pedí misericordia, pues son foros diferentes.

A Francisco le había sorprendido aquella general confesión del Inquisidor don Pedro de Llanos. Era, sin embargo, poco concreta. ¿Qué nueva estrategia se traía en mente? ¿De qué asunto se trataba? ¿Cómo pretendía asustarlo si conocía de memoria los entresijos de la "santa" Institución? Había aprendido a conocer un delator a distancia, a los familiares secretos, las actividades inquisitoriales por toda España. ¿Por qué decía que él había sido el causante de la cárcel del Comisario inquisidor?

Pedro de Llanos también había considerado que el adversario era peligroso y era mejor crearle dudas desde el primer momento, aunque fueran hechos pasados y ya juzgados.

_ Voy a leerle una porción de una carta del Licenciado la Torre, Comisario inquisitorial, quien creyó que, vuestra merced, ayudó a la huida de mucha gente de este distrito,

especialmente herejes luteranos. Nadie le creyó, pero yo empiezo a creerle.

Pedro de Llanos rebuscó entre sus papeles. A un lado de la pulida y torneada mesa, amontonados y sucios, se veían unos libros expurgados. En sus portadas de pergamino, noticias de diversos expurgos. El *Comentaria in doudecim Prophetas* tenía tachados y hasta tapados los textos con papel encolado. En otro libro pequeño, *Discurso de la muerte de la reina de Navarra,* acaecida en 1571 y que se presentaba para censurar en varias lenguas, aparecía con una cruz aspada en color rojo. Las *Elucidationes omnia sanctorum Apostolorum scripta*... de fray Francisco Martín de Prado estaba rectificada según otro expurgo. Una extraña censura impresa al *Cantar de los Cantares* de Fray Luis de León, decía: "cum sit non tantum ortodoxa sed ad pietatem promoventa. (No siendo plenamente ortodoxa, promueve la piedad).

Leyó en dos de aquellos papeles sueltos, pero los dejó apartados sobre la mesa. Al fin fijó sus desorbitados y cegaratos ojos sobre otro folio y leyó:

_ *Ilustrísimo y Reverendísimo Sr.: Hace tres años que los inquisidores de Logroño me tienen preso, con mi capellán y dos criados, con sentencia firme por negligencia con un hereje. Sin embargo, yo he sido perseguidor de herejes en Francia y Aragón durante 30 años. Hice temblar la tierra y los luteranos que en ella había. Pero con ser un hombre de 70 años, haberme dirigido a la Inquisición, al Rey y al Reverendísimo Valdés que mirase por mí, en lugar de esto me han prendido. Permiten que los moros de Aragón y otros deudos que yo he hecho quemar y prender, me persigan, conspiren contra mí y se jacten de que no pararán de*

*perseguirme hasta la muerte. Se alegran de verme acosado, preso y destruido mientras ellos así favorecidos dan contra mí.*

¿Sabe ahora de quien le hablo? – preguntó el Inquisidor mientras levantaba sus miopes ojos del papel-

Sigo sin reconocerlo – respondió Francisco de Atondo un tanto turbado por lo inusual de aquella confesión íntima que tan cuidadosamente solía guardarse en la Cámara del secreto-.

La carta del Licenciado la Torre, a quien se acusaba de prevaricador y traidor al Santo Oficio, insistía en recalcar sus méritos de chacal. La Torre no era una especie cualquiera. Vomitaba odio y goteaba por toda su piel la fiereza asesina del depredador. Quería defenderse con el orgullo y lamento del lobo después de haber reventado los vientres de sus víctimas y beber su sangre. Se regocijaba en su fiereza, en la energía rejuvenecida de su ambición y en la experiencia de sentir la rabia hasta la muerte.

_ *Yo, indigno Inquisidor, suplico con toda humildad que puedo, miren mi vejez, mis canas y servicios tan notorios y grandes. Son tan señalados los hechos realizados a esta santa Inquisición de España, en estos 30 últimos años, que fui comisionado para prender a don Carlos de Seso, fray Domingo de Rojas y consortes. Di aviso al Reverendísimo Valdés para prender a Herrezuelo. He hecho prender y castigar en mar y galeras a muchos franceses y herejes de otras naciones, siendo quemados. Los moriscos de Aragón que huían a Ginebra son tantos que los archivos de la Inquisición están llenos de los procesos que yo he hecho con don Juan de Armendiz. Pero él jamás me premió, ni me*

*adelantó un solo maravedí, siendo todo a mi costa…*-Aquí cortó el Inquisidor su lectura que ya no venía al caso.

_ ¡Ahora sí sabrá quién es el Licenciado la Torre! Porque acusa a vuestra merced directamente de su desdicha, -insistió el Inquisidor Pedro de Llanos.

Este Inquisidor, había hecho saltar por el aire todos los protocolos procesales en materia de secreto y pesquisas. Sin embargo, no había cometido ninguna imprudencia. Dejaba una acusación encubierta de ser, Francisco de Atondo, un hereje calvinista relacionado con el Béarn y la frontera donde tanto tiempo había ejercido de Comisario La Torre. Observó la reacción y resistencia del reo. Dejó la mirada fija. Cualquier gesto o palabra eran decisivos. Sin embargo, Francisco no hizo la menor mueca, ni musitó palabra alguna. Permaneció en silencio. Miró también al Inquisidor fija y porfiadamente. Respiró lentamente. Esperó que le repitiese la pregunta. Quizás cambiase el sentido. Contestar con un simple si o no, le comprometería.

_ ¿Acaso no entendió que el Licenciado La Torre le acusa de hereje?, -estalló entre el silencio el Inquisidor, lleno rabia-.

Francisco de Atondo había tenido tiempo de preparar la respuesta y respondió contundente.

_ Por esas fechas yo me encontraba fuera de Navarra. Hacía unas pesquisas judiciales en Toulouse. No pude ser yo el causante de sus males -respondió en tono inocente Francisco.

No había sido vencido el Inquisidor. Aparentó cara de satisfacción ante el Licenciado, pero estaba convencido que era un hereje de primera fila. En sus visitas por Navarra había encontrado suficientes indicios de luteranismo. Algunos habían

salido en los autos de fe con penas suaves. Se habían amontonado más de seis mil procesos por causas menores pero relacionadas con la herejía luterana. Había sido un error no investigar más en aquel labrador, Francisco de Montalvo, que indicaba que ningún cristiano se iba al infierno por un pecado. Otros decían que el Papa y los clérigos absuelven en este mundo, pero no para el otro. Que ningún cristiano se salvaba si no tenía fe. En octubre de 1570, diez años antes, recordaba, que más de una docena de personas habían sido quemadas por luteranas en uno de los Autos. No estaba dispuesto a dejar sin escarmiento más casos de herejía, aunque fuese un hidalgo de los principales de Navarra.

_ Sin embargo, tengo una acusación de un hidalgo, vecino de Tudela, que lo ha delatado por quererlo adoctrinar en la religión de Calvino ¿qué tiene que responder?

El Inquisidor le insistió amenazante que había jurado decir la verdad ante el crucifijo. En esta ocasión, el vecino no era ni un *campesino* ni un *ciudadano*, sino un *hidalgo,* aunque casado con una ciudadana. No dijo el nombre, pero era extraño que diese tantos datos el Inquisidor sobre el denunciante.

_ Es posible que haya comentado alguna doctrina de la iglesia. Eso no me hace hereje, -contestó más dubitativo Francisco-.

_ No son doctrinas de la iglesia, sino de Calvino- recalcó el Inquisidor, consciente de tenerlo inmovilizado y seguro.

Le seguiría preguntando lo mismo hasta que cometiese un error. Francisco sabría salirse de entre la maraña de acusaciones. Sin embargo, el Tribunal decidió meterlo en prisión. Allí, en la incomodidad de la mazmorra, soltaría la

lengua. Ya tenían dispuesto un delator en la cárcel para que les diese cuenta de todo.

Un tremendo escalofrió recorrió el afilado y surcado rostro de don Francisco cuando fue acusado y obligado a entrar en la cárcel secreta. No pidió que le acompañase ningún criado y menos aún Ferrán, que le sería de más ayuda en el exterior. Las incomodidades de la cárcel no eran para don Francisco el silencio o la soledad, sino la humedad y el frío que en aquel octubre era invernal. Procuraría preparar su defensa cuando se lo pidieran y salir de allí, si Dios quería, lo antes posible.

Sin embargo, las testificaciones contra Francisco de Atondo llegaban de otros tribunales fuera de Navarra. Eran sorprendidos los inquisidores navarros cuando les informaban que Atondo era ya conocido, treinta años atrás, cuando estudiaba en París y Toulouse. Allí había conocido al calvinista sevillano Julián Hernández y por su mandato había pasado cartas a España muchas veces. Atondo se había ocupado también de la importación de libros prohibidos. Cuando, Julián Hernández, en diciembre de 1560, fue quemado vivo en la hoguera, Atondo continuó trayendo y llevando cartas pastorales y dedicado a la importación de libros de los reformadores españoles. Estaban sorprendidos y asombrados que después de tantos martirios, tantos *autos de fe* por toda España y después de los famosos autos de Valladolid y Sevilla, el fantasma de Lutero parecía resurgir en la Península, treinta años después. Uno de sus máximos propagadores era Francisco de Atondo.

La hedionda mazmorra segregaba humedad y mugre. Las pocas miserias de los desesperados presos tenían sus huellas en cada pared. Se leían frases medio borradas, escritas con

carbones de cisco y agarabatadas, que apuntaban al lucro despiadado de los inquisidores y clérigos, a costa del sacrificio de los pobres. Otras señalaban un genocidio que no terminaba nunca, ante la mirada impasible y temerosa del mundo.

_ ¡Basta de muertes y torturas! ¡Piedad para mis hijos!

_ El amor cruel es mentira, -decía otra de las frases que se leía mejor-.

El nuevo prisionero, audaz y escurridizo, procuró ocupar la parte menos sucia. Sacó algunas ropas que venían apretadas en el baúl y algunos enseres de aseo. Colgó el paño de manos sobre la aljofaina. Metió el peine que le había regalado un inglés en un agujero de la pared y se encontró con el tiempo parado. No tenía más que hacer. Se sentó sobre un tronco que hacía de asiento y se cubrió y embozó en la capa con las solapas en alto evitando el frio.

El lugar y el silencio le obligaban a evocar sus andanzas en la importación de libros prohibidos y biblias. Rebuscaba en su pasado algún descuido que le culpase ante el Santo Oficio. Volvió a abrir el baúl y sacó una manta riojana porque seguía teniendo frio. Se tapó y acurrucándose en el suelo, inclinó su cabeza como un fraile. Francisco de Atondo, somnoliento y despierto, recorrió su azarosa vida en los días siguientes, casi en la misma postura.

El goteo de una lluvia fina e interminable golpeaba las piedras del adoquinado en rítmico susurro. Una plegaria del salmista, como un gran suspiro de angustia, salió atronadora de su boca en aquel desierto de calma y desamparo: "¡Salva a tu pueblo, bendice a tu herencia! ¡Guíalos y cuida de ellos en esta hora!

## PARIS 1550. UN ENCUENTRO IMPREVISTO.

La enlosada explanada de la plaza del Panteón-Sorbona, parecía adornada de lágrimas brillantes por la fina lluvia. Se reflejaban las luces de los candiles sobre el espejismo plateado que esmaltaban los charcos del suelo. La Facultad de Derecho parisina, que se alzaba al frente, abría temprano sus puertas a estudiantes de todo el mundo que querían aprender leyes de la boca del famoso maestro Jacob Bucero. La espesa y plomiza niebla había hecho tropezar a dos jóvenes estudiantes distraídos que coincidían en los aledaños. Por el acento se reconocieron como españoles y juntos atravesaron el artístico frontispicio de la Universidad.

_ Nunca había oído pronunciar “pardon” sin ene…. “pardóooo”- sonrió burlón el más alto, con cara de niño y buen humor-.

_ Y vuestra merced, cambiando el acento- respondió risueño y alegre, quien era más menudo y poca cosa, pero con rostro más labrado-.

_ Tu eres andaluz- dijo el primero

_ Y tu navarro –contestó el risueño, mientras apretaba su mano y le daba una palmada en la espalda para que entrase primero.

Se dirigieron a la enorme sala, en silencio. Distribuida en seis filas de pupitres, escucharon expectantes la lección del maestro. La penumbra del aula no dejaba tomar notas que se

pudieran leer con claridad, pero la voz y el mensaje siempre querellante de Bucero era suficiente para quedar grabado en aquellas mentes despiertas. Después de la clase, cuando el sol parecía asomarse triste entre la bruma, salieron conversando sobre el derecho a la libertad de conciencia. Bucero había tomado precauciones para explicarlo con meticulosidad de miniaturista, rigor en el método y austeridad explicativa. Sin embargo, no era fácil encontrarle el rabo a la "conciencia" ni comprender hasta dónde el hombre era un ser libre. Por esta causa muchos Estados se habían atrevido a permitir y establecer una cierta libertad de conciencia, que no sobrepasaba la tolerancia. Antes de que llegara la Paz de Ausburgo en 1555, ya se hablaba de una formula muy alejada del ideal de una unidad universal. Se parecía al dicho *"a tal rey, tal religión".* Se buscaba dar libertad a cada pueblo y a cada conciencia, pero se sometía la religión a la voluntad del rey.

El tema resultaba interesante. Estos dos jóvenes inteligentes y cautivadores, Francisco de Atondo y Julián Hernández, se sentían como pez en el agua discutiendo sobre el tema. Francisco de Atondo, parecía más altivo por su nacimiento noble y regio. Solo era apariencia y porte aprendido, porque sabía ser desvergonzado y bromista en aquellos días. Julián Hernández, hombre hecho entre las cajas de imprenta, el olor a tinta y los manuscritos de reformadores españoles exiliados, conservaba en su cuerpo menudo la compostura que forjaba la vida hecha a golpes e infortunios. Ambos parecían entenderse bien a pesar de ser dos personalidades provenientes de mundos distintos. Eran jóvenes del nuevo mundo, de la España imperial, de las oportunidades y los ideales nobles que les unían.

Francisco de Atondo estaba establecido en París, en casa de unos familiares que portaban en su escudo las armas del reino de Navarra. Era una distinción que pocas familias lograron a lo largo de los siglos. Descendía Francisco de un importante consejero real, Arnal de Atondo, que había conseguido el privilegio del emblema navarro en 1475, concedido por Juan II. Pero Francisco era un hombre práctico y dúctil. Después de haberse encontrado varias veces en clase con Julián, fue confesándole algunas confidencias de su familia y algunas aspiraciones propias que afectaban a su intimidad. Todo lo exponía sutilmente. No sabías si confesaba un secreto o contaba solo aspiraciones personales frustradas. Pero Francisco llegó a confesarle que en su familia navarra había "calvinistas" y que alguno de ellos conocía a Calvino personalmente.

_ Ten mucho cuidado con quien hablas estas cosas de "herejes" que pueden traerte complicaciones, -dijo Julián Hernández con gesto de sorpresa, más que inquieto o preocupado. –

_ ¿Por qué lo dices? ¿Por decir calvinistas? ¿No estamos en París donde se supone hay libertad? ¿Para qué estudiamos leyes, si ante nosotros solo se nos ofrece el espectáculo perpetuo de la plaza llena de condenados por causa de religión, que no tienen defensa? –preguntaba ofendido y casi colérico Francisco. Cosa extraña en él-.

_ Nadie mejor que yo comprende lo que dices, -balbuceó Julián, mientras observaba cómo Francisco seguía vomitando palabras dolorosas, que le quemaban el alma-.

_ Mi familia, desde pequeño, me llevó a la Plaza para ver los ajusticiados. Cuando se le daba el garrote o quemaban al judío o al moro, se hacía fiesta. En la fértil Ribera tudelana o

en los núcleos urbanos de Estella los judíos y moros vivían con cierta paz, pero los inquisidores siempre pedían la muerte de algunos.

Francisco parecía temblar de frustración, mientras Julián apretaba las mandíbulas y le ayudaba a contenerse tapando su boca.

_ ¿No ves que nos pueden oír?

_ Vi los cadáveres, con el cuello roto e inclinado, llenos de moscas lamiendo su sangre mientras se hacía fiesta. Escuché los gritos de dolor cuando ardían vivos en la pira. Y ningún reproche salió de sus labios. Algunos proclamaban a Cristo como su Salvador. Vi sus cuerpos carbonizados y sus huesos echados en el muladar.

_ ¿Por qué dices que era una fiesta aquel ignominioso espectáculo?

_ Claro que era una fiesta. Todos lucían sus mejores galas en la procesión. Sus broqueles, sus cruces, sus pendones, sus títulos. Sobre todo, los familiares y servidores de la Inquisición, frailes brutos muchos de ellos que, con imprecaciones y letanías, recordaban su poder y perspicacia a los ocultos y amedrentados herejes. Celebraban el triunfo de la barbarie, de la crueldad, de la saña contra los inocentes.

Francisco dejó de hablar casi de repente. Entonces secó, con la mano vuelta, la temblorosa lágrima de uno de sus ojos. Después sacó un almidonado pañuelo y limpió el disgusto de su cara. Dejó un espacio para el silencio y respiró queriendo quitar la angustia. Mientras, el sol mañanero se había abierto paso sobre la niebla. Más relajado, se acercó a Julián para interesarse por su estancia.

_ Y tu ¿dónde vives? Nunca te lo había preguntado. Si no estás bien instalado puedes venir a mi casa que hay suficiente espació.

Julián sintió en ese instante una simpatía especial por Francisco de Atondo. El noble que tenía sentimientos profundos de justicia y libertad, también tenía corazón y valentía. Sin embargo, la pasión que Francisco trasmitía, no le obligaría todavía a confiarse plenamente a él. Podía ser un espía de los muchos que Carlos V tenía en las universidades.

# 1

Julián fue confesándole, sin embargo, que se había alojado en la casa parisina del doctor Juan Morillo, quien había estado con el cardenal Pole en el Concilio de Trento. Era de momento un buen disfraz para parecer normal. Le explicaba que era una persona muy alta y delgada, siempre vestida de traje de clérigo, ropa larga y barba rapada. El aragonés Morillo se había establecido en París en 1546 y seguía escribiéndose con el cardenal Pole y el arzobispo Carranza de quienes decía "le habían hecho hereje". Su conciencia, sin embargo, le había llevado a superar las tendencias reformistas católicas y acoger en su casa una escuela para niños de protestantes españoles.

_ Debe ser un hombre interesante y ¿que hace en París? – preguntó sin disimulos Francisco.

_ Está haciéndole caso a su conciencia – sonrió Julián, sin dar explicaciones-.

_ ¿Es un caso grave?

_ Bastante preocupante.

_ ¿Qué me quieres ocultar? Puedes confiar en mí.

Julián le miró a sus ojos y no creyó errar si le preguntaba directamente si era calvinista

_ ¿Eres tu también…?

_ ¿Calvinista? Si lo soy.

Julián le dio un abrazo entre lágrimas y le confesó al oído lo que ya Francisco presentía.

_ Yo también lo soy.

No había sido un acto de imprudencia lo de Julián y Francisco, sino de profunda empatía y de un cierto conocimiento del alma humana. En la soledad de una gran ciudad, los idealistas y soñadores como ellos buscan almas gemelas para poder proyectar sus ambiciones.

Por eso Julián comenzó a relatar por qué estaba en París. Más que estudiar Leyes, buscaba a españoles que huían de la Inquisición para acogerlos. La casa del doctor Morillo era un lugar de estudio y refugio de protestantes españoles. También desde París se controlaban mejor todos los movimientos anti protestantes. Acababan de enterarse que las autoridades españolas ya habían mandado a Frisia, región alemana de la Baja Sajonia, un Inquisidor de Lovaina. Habían logrado descubrir obras de protestantes españoles que habían sido publicadas en la imprenta de Jean Crespín y que aparecían con títulos falsos. El *"Breve sumario de indulgencias y gracias o el Jubileo de plenísima remisión de pecados*" trataba de lo contrario que se indicaba en el título.

_ Ahora están buscando los canales de infiltración del protestantismo en España, -aseguró Julián.

_ ¿Crees que llenarán de espías la feria de libros en Fráncfort?

_ Sin duda alguna, porque todos los libros de Amberes, y otras partes, se llevan allí para dar a conocer las novedades editoriales.

_ ¿Tienes miedo por alguno en particular?

Temo por el sevillano Juan Pérez de Pineda.

_ ¿Por qué lo dices?

_ Porque es un hombre relevante, sabio pero atrevido. Figúrate que para confundir a los inquisidores pone en sus libros "Venecia" en vez de Ginebra, o "en casa de Philadelpho" o "Pedro Daniel" y expone sus "heréticas doctrinas" "*con la autorización de los señores inquisidores*".

_ Eso provocará más aún a los comisarios de la Inquisición que buscarán su recompensa.

_ Y ni Carlos V le podrá salvar, aunque Juan Pérez fue su agente imperial y uno de los testigos del Saqueo de Roma, el palacio papal y la basílica de San Pedro, en 1527.

_ ¿Dónde se encuentra ahora?

_ Está en España. Pero se ha descubierto que es amigo de Juan Gil (Egidio) y cualquier día regresará a París o Ginebra, huyendo de nuevo. Debe acabar de traducir el *Nuevo Testamento* y *los Salmos.* De todos modos, tiene invitaciones de la Navarra francesa, de Londres y Amberes.

_ Ya veo que estás bien informado. ¡Cuánto me gustaría colaborar en esta obra!

_ Las cosas se están poniendo peligrosas Francisco. Otro que tuvo que marcharse de París es Felipe de la Torre. El fraile Baltasar Pérez llevaba tres años persiguiéndole. Ahora se reúne con varios huidos de Sevilla, en la casa de Pedro Jiménez en Lovaina, donde debaten sobre teología.

_ ¿Quién es Felipe de la Torre?

_ Yo no lo conozco personalmente. Comenta Juan Pérez de Pineda que es un hombre de mediana estatura, moreno, gran teólogo y un ministro del Evangelio al cual sirve con gran piedad y ánimo en el Señor. También es amigo de otro aragonés llamado Miguel Monterde.

La conversación recorrió veloz los lugares y situaciones más extrañas. Hablaron de cómo Carlos V ante el avance calvinista, había obligado a los oficiales de la Contratación registrar todos los libros impresos que iban a las Indias. La Inquisición con denuedo rastreaba los títulos heréticos importados, un problema agravado por la cantidad de ediciones irregulares que sin obstáculos circulaban. Pero para eso estaban prevenidos. Sabían cómo hacer llegar los cargamentos procedentes de Amsterdam, Amberes, Londres y La Rochelle. Ponían portadas falsas. Unían varios libros en uno solo, donde el aprobado y católico fuese el primero y los prohibidos al final.

Julián había confiado plenamente en Francisco, cuya nobleza sobresalía por encima de su natural circunspección. Le informó cómo las naves venecianas llegaban a los puertos de Granada, cercanos a Sierra Nevada, para esconder con prontitud la literatura prohibida. Cómo las imprentas de Ginebra estaban a toda máquina produciendo libros de Lutero en español y latín. En Flandes los comerciantes españoles compraban ediciones en castellano de Ecolampadio y las traían a España con mucho riesgo. Le informaba con detalle Julián Hernández:

_ Yo mismo –decía Julián con cierto gracejo-, he sido buhonero, vendedor de "ricas telas de Cambay" y he pasado biblias y libros reformados.

_ La distribución debíamos dejarla en manos de los libreros profesionales, -indicaba Francisco como queriendo aportar

ideas- para evitar a neófitos en el oficio de la infiltración e importación de libros.

_ A los libreros la Suprema los tiene agobiados. Les exige listas de todas sus entradas, sean libros de Leyes, Arte o Teología. Ya han detectado doctrinas luteranas añadidas a libros de autores católicos y ortodoxos.

_ Pues habrá que buscar medios más eficaces para inundar España de literatura reformada, - añadía agitado, casi entusiasmado, Francisco-.

_ No es tan fácil cuando todas las fronteras están tan vigiladas.

_ Comprendo –musitó Francisco, cabizbajo por la dura realidad-.

_ En todas las villas, pueblos y ciudades, se han enviado cartas de excomunión contra las personas que tuviesen libros de reformadores. Se leen en público y se clavan en las puertas de las iglesias para acentuar más la gravedad de tener libros prohibidos.

_ Sin embargo, yo que trato con moros, algunos conocen las doctrinas protestantes a través de los libros que llegan clandestinamente a España.

_ Son los moriscos quienes más nos ayudan en el paso de libros por la frontera de Aragón, Valencia, o Granada.

Francisco se agitaba sin poder contenerse. Su juventud cómoda, sin preocupaciones ni esforzados episodios, necesitaba objetivos más apasionantes para vivir y no languidecer. Por eso dirigía sus preguntas a Julián con un interés casi desmedido para su forma habitual de comportarse.

_ ¿Acaso ese fraile del demonio, Baltasar Pérez, que dices está en París, tiene poder para perseguirnos? –curioseó con cierta inocencia Francisco-

_ Es un confidente del emperador. Recorre toda Europa para denunciar los círculos reformados. Se infiltra en ellos. Los embajadores tienen poderes para apresar y llevar a las cárceles de España a todo luterano que el fraile denuncie.

_ Tienen miedo a que nos contaminemos con la Reforma protestante que ha prendido en la "europe" de Homero.

_ Eso es verdad. La mayoría de los estudiantes en el extranjero discute y conoce las nuevas doctrinas.

_ Y sufren las consecuencias –manifestó Francisco dándose cuenta de un escenario de control social que nunca había imaginado-.

_ Algunos como el profesor de griego Pedro Galés, reconocida eminencia, salió tuerto y con falta de visión del otro ojo, tras los interrogatorios de la Inquisición en Roma. Otros han estado en las cárceles muchos años, como el minorita luterano Pedro de Orellana. La mayoría muertos en las cárceles por torturas o enfermedades.

## 2

Francisco de Atondo fue comprendiendo una realidad que le desbordaba. Reaccionaba con ansiedad en cada inquietud relatada por Julián. Se recriminaba su inocente vida de espaldas al escenario que tenía delante. Se había abierto el telón del teatro del mundo y él se encontraba en el centro dando vueltas como un tonto. Pero en aquel universo no había lugar para el

disidente. ¿Tenía miedo? Era necesario tenerlo si no querías llegar al quemadero con el sambenito colgado. La proximidad del peligro era real ¿Por qué no evitarlo? Mordía las uñas Francisco mientras contemplaba desde su interior la amenaza del dolor y la muerte. Era algo que le angustiaba, le excitaba, le emocionaba, en cierta manera le provocaba un pánico que le descontrolaba. Pero pensó en el bien de la causa de la Reforma y confió en la ayuda de Dios. Estaba dispuesto al compromiso.

Julián Hernández no estuvo mucho tiempo en París, porque aprovechó que Francisco, con unos días de descanso, se iba a Tudela y podía entregar las cartas que traía para Monterde y otros aragoneses y navarros. Sería un gran servicio a la causa del Evangelio y Julián creyó que Francisco lo haría complacido.

Quedaron en verse de nuevo en casa de Francisco de Atondo para despedirse. Julián había percibido que su hermanamiento y amistad serían útiles a la causa del Evangelio y tenía que entregarle las cartas para su distribución en España.

Se despidieron con nostalgia y cierta angustia. Julián estaba más hecho al peligro, pero Francisco, aunque educado para el disimulo y la compostura, sentía cierto vértigo ante el abismo que le había sido dibujado. Ahora ponía toda su atención en aquellos encargos que le daba Julián.

Estas cartas son para los amigos y familiares del Dr. Morillo en Aragón. Muchas son de Biel y Uncastillo. Esta para Miguel Monterde y amistades. Me las había dado hace tiempo Juan Pérez de Pineda en Ginebra. Monterde es párroco de Villanueva de la Guerba y es gran amigo de Agustín Cazalla, Egidio, de Mudarra y Mateo Pascual.

Julián le explicó con detalle quienes eran cada uno. Describió sus biografías con admiración. Le dio unos dineros de Juan de

Santángel, que no se había usado y que estaba destinado para comprar unos libros. Ahora debía entregarlo a un joven de Biel que quería estudiar en París y luego ejercer de pastor reformado. También le manifestó que el marrano de Amberes, descendiente de españoles, Marcus Pérez, estaba imprimiendo una enorme cantidad de libros de la *"Institución de la religión cristiana"* de Calvino, para introducir por Sevilla. Se hablaba que ya se habían impreso treinta mil ejemplares.

_ Anótalo todo y cuando lo hayas aprendido de memoria quemas el papel. Todas las precauciones son pocas.

_ Me estás enseñando bien y no habrá descuidos por mi parte.

_ Tienes que tener cuidado con las hojas o volantes manuscritos o impresos porque también los inquisidores creen que hay una red de imprentas clandestinas. Han apresado estos días al clérigo de Alcalá, Sebastián Martínez, componedor de imprenta, acusado de ser luterano. Había burlado cientos de veces los guardias nocturnos y aparecía toda Sevilla inundada de panfletos, pliegos sueltos, coplas "heréticas" y papeles de todas las clases. También en Toledo había ocurrido lo mismo.  En estas coplas se criticaba mordazmente a la Inquisición y a los inquisidores.

Julián no dejaba de instruirle sin cansancio, porque dependía la vida de un hombre brillante y valeroso como Francisco. Una indiscreción y estabas preso. Cuando se despidieron Julián y Francisco, no sabían dónde irían a parar, pero sintieron que ya eran parte el uno del otro. Era un sueño de Julián ver que la Reforma en España se coordinaba cada día mejor. Cada día había más congregaciones, mayor conocimiento de los

hermanos dispersos por el Continente y de otros ocultos dentro de la nación.

En la enorme y aterciopelada habitación, el afán de Francisco de Atondo recorrió todos los caminos y quimeras. Esa noche, la vela se consumió entera sobre el torneado cirial. Planeó, imaginó y vislumbró sueños dulces y amargos, pero no sintió dolor. No sintió tampoco temor, porque la fuerza residía en su espíritu. No vio naufragios ni tempestades. Solo se dejó envolver por la noche. Se abandonó en el cielo estrellado con luna llena que hacía cristalinas al soslayo las calles de París y dejó que Dios le tomara en su mano.

Esa noche también un fraile ambicioso había seguido a Julián Hernández. Lo llamaban Páez. Se encontraba introducido y camuflado en todos los círculos de Amberes, Lovaina o Bruselas. Esperaba dar el zarpazo depredador cuando tuviese mayor información. Ahora se encontraba en París con el único propósito de seguir a Julián Hernández y poder prender a Juan Pérez de Pineda. Francisco de Atondo no era su presa, pero seguiría al ojeo, acechando en todas las esquinas.

Como ser humano Páez era frio, cruel, temerario, ambicioso y traidor. Como fraile se sentía perdonado por Dios por todas sus falsedades y mañas para enterarse de la vida de todos sus perseguidos. Su misión, además de catequizar con la doctrina del poder y la gloria, quería implantar en los círculos teológicos ideas sociales que solo lastraban el desarrollo intelectual y cultural de los pobres. Sobre todo, el fraile apoyaba a los feroces soldados de los Tercios en Flandes, perdonando sus tropelías, sus violaciones, sus asesinatos de niños recién nacidos, los castigos y torturas a los menores y mujeres. El trabajo de Páez, además de la confesión y el contraespionaje en

los círculos reformados, consistía en manipular las ideas más brillantes y adjudicarlas a la iglesia de Roma.

Era para tener miedo a hombres como ese fraile ambicioso y cruel.

_ Esos que nunca amaron, que encerraron el sol en un panteón – solía declarar Julián Hernández -. Los que afinan la lengua y coleccionan envidias. Los que cada mañana limpian sus cuchillos y amontonan rabia. Los verás acechando en todas las esquinas. Siempre dispuestos al brinco. En todas partes amenaza su furia. Son silenciosos, ellos se acercan como la muerte. Sin embargo, los que no aman guardan su veneno y con él morirán.

A lo largo de su vida, Francisco de Atondo vio en todas las esquinas las sombras de muchos Páez acechando y curvando sus labios en una sonrisa. En todas las plazas experimentó el roce de las alas de la tragedia, pero aprendió a convivir con ella, sin miedo a soñar días azules y escapar en libertad.

## UN MUNDO CAMBIANTE.

Los enojosos días en la cárcel inquisitorial, evocaban momentos extraños en Francisco de Atondo. Eran escenarios de su vida que nunca había evocado y tampoco había querido recordar. Sin embargo, ahora venían inexorables y persistentes a la memoria.

Volvía a recordar aquellos días turbios, cuando todos los muchachos de las Universidades tanto de Flandes como del resto de Europa tuvieron que regresar a España. Fuese París, Ginebra o en el mismo imperio de Carlos V, en Flandes o Alemania, la mayoría de los alumnos sufrían un proceso de conversión y por ello debían retornar. En España la Inquisición se había hecho fuerte y nadie podía salirse del pensamiento único. El adoctrinamiento a base de autos sacramentales y del escarmiento en los autos de fe, convertía en mártires a los valientes. Se había creado un estado de terror que las delaciones de unos contra otros era el mejor sistema de control. Francisco de Atondo también tuvo que volver de Toulouse a su plació en Tudela.

Fueron días de hastío. Desorientado, no sabía qué hacer, pero estaba decidido a vivir con todas sus capacidades para hacer el bien. Sin emociones ni hechos inesperados, la vida no resultaba deleitable. Tudela no era París ni Toulouse. Las largas horas de reflexión le hicieron recordar que tenía que revisar sus cuentas con fray Tomás. Controlaba el fraile sus bienes y siempre le recordaba su hidalguía y escudos de armas. Recordaba que era el sucesor en el palacio de Atondo, en las

casas de Pamplona, en las heredades y derechos pertenecientes al dicho palacio, y en el mayorazgo de D. Pedro Gutiérrez de Aguilar.

_ No olvide limpiar los escudos de los Atondo en sus casas de Pamplona, Peralta, Atondo y aquí en Tudela.

_ ¿Es que acaso no se ven bien? –preguntaba sorprendido el joven Francisco.

_ El grifo y las cadenas se distinguen, pero la flor de lis casi no se ve. No olvide joven Francisco que es el escudo de Navarra.

_ Si fray Tomás, los mandaré limpiar.

_ Además, he podido observar que muchas de las mantelerías nuevas están sin el escudo y hay sellos tan gastados que no se distinguen los emblemas.

_ Tiene razón, vuestra merced, que los sellos están demasiado gastados. Esta misma mañana he usado uno muy usado –asintió Francisco de Atondo como queriendo despertar del aburrimiento-.

_ ¿Quiere que le muestre las cuentas de la capellanía de San Jorge?

_ Si, fray Tomás, porque ya no recuerdo ni de dónde vienen mis ingresos.

_ Recordará que en la villa de Olite, en los Palacios reales hay una capilla de la advocación de san Jorge.

_ Si, eso lo recuerdo bien.

_ Pues en esa capilla proveen los Reyes de este Reino o los Virreyes un capellán desde 1547.

El fraile, educado y erudito, le siguió explicando a don Francisco el significado de la capellanía Real. Cómo había ido incrementando su valor por los Virreyes navarros. Eran

beneficios que recibían los eclesiásticos, aunque Francisco solo hubiese tomado ordenes menores. La capellanía, decían que podía llegar a producir cien ducados, pero fray Tomás decía que la mayor producción por él lograda era de sesenta ducados.

_ En el término de la villa de Laserna, la mitad de los diezmos y las primicias de las heredades que hay en ella y en los jardines, son para la capellanía. Y en la pieza del justiciado se sacarán unas cincuenta o sesenta arrobas de trigo y en uvas hasta ocho o nueve cargas.

_ No me detalle fray Tomás. Además de Laserna ¿qué otros lugares aportan la diezma?

_ En Falces tiene una renta de veinticinco arrobas de trigo, dieciocho de cebada y veinte cántaros de vino.

_ No me insista con los pormenores, fray Tomás. Sabe que le tengo confianza, - porfió e insistió Francisco para que abreviase-

_ Lo se don Francisco. Pero es importante sepa también que en la villa de Peralta tiene rentas que son como un “beneficio” anejo a esta capellanía. Se obtienen los diezmos de grano y uva.

_ ¿Cómo puedo ser beneficiado eclesiástico, si no ejerzo el culto, ni los derechos de estola?

_ El “beneficio” procede de propiedades territoriales que están vinculados como terrenos de “manos muertas”. Es decir, terrenos incapacitados jurídicamente para su enajenación.

_ No me ha hablado de Olite, cuando la capellanía y el mayorazgo es de Olite.

_ Tampoco le he hablado de Milagro y de la villa de Marcilla, términos del realengo que dan unos quince reales. En Olite

le dan la diezma de los ajos, cebollas, habas y toda legumbre. Junto al diezmo del lino, se recogen un total de sesenta ducados como ya le he comunicado.

_ ¿A quién tenemos de capellán para que diga las tres misas a la semana? ¿No es esa la obligación de la capellanía?

_ Efectivamente don Francisco. Pero tenemos un problema porque el Licenciado Alpizcueta, no cumple estas obligaciones. Además, debe ser presbítero y ordenado de misa. Debe vuestra merced, hacer cumplir con el compromiso.

Francisco de Atondo había recibido esta capellanía cuando fue a estudiar Leyes a París. Con las rentas podía sostener cómodamente el palacio de Tudela y pagar sus estudios. Estas capellanías o rentas, provenían de los servicios prestados por sus antepasados al Reino de Navarra. Cuando nació Francisco, Navarra ya había sido dividida. La Navarra Baja pasó a manos de Francia, aunque se mantuvo independiente. Enrique IV heredó las dos coronas de Francia y Navarra en 1572.  La Navarra Alta ya había sido anexionada a Castilla en 1515.

## 1

Sin embargo, los Atondo habían sido fieles servidores de Juan de Labrit y posteriormente de Enrique de Labrit. Cuando subió al trono Juana III de Albret y aceptó el calvinismo en 1560, Francisco de Atondo encontró el lugar perfecto en la Baja Navarra y el Béarne para sus propósitos de recibir cartas e introducir libros prohibidos y Biblias. Por eso procuró estar en aquella sencilla ceremonia de la proclamación de fe reformada

de doña Juana de Albret. Tras la muerte de Antonio de Borbón, Juana había tomado medidas para implantar la Reforma en el Béarne. Publicó un *Catecismo* de Juan Calvino en Béarnés. Fundó una academia protestante en Orthez. Redactó nuevas *Ordenanzas eclesiásticas*. Hizo que Juan de Leizarraga tradujese al vasco el *Nuevo Testamento*. También se tradujeron al Béarnés los *Salmos* de Clement Marot.

Recordaba Francisco con claridad la conversación con el calvinista español Antonio del Corro, preceptor del futuro rey de Francia, Enrique IV.

_ Desconocía que un español reformado diese clases, predicase y enseñase en esta Corte de los Albret en Nerac –confesó admirado Francisco ante el sevillano Antonio del Corro que aún ceceaba su acento andaluz y entrelazaba los dedos de sus manos como un fraile-.

_ He redactado unas *Reglas gramaticales para aprender la lengua española y francesa* para que el joven Enrique conozca el español –indicó Antonio con satisfacción de ver un compatriota y hermano.

_ Más admirado estoy de la fe de la reina Juana. Especialmente cuando dijo: “Dios por su Gracia me ha retirado de la idolatría y estoy muy dichosa por haberme recibido en su Iglesia", -confesó Francisco admirado de que la Reforma y el mismo Calvino ejerciera su enseñanza en el Béarn. -

_ Es una mujer valiente, pero tiene que luchar con Francia y con España para mantener la independencia de su reino y la libertad de sus súbditos.

_ Ya sé que tanto Francisco I como Felipe II, con todo su poder y tiranía, se disputan el dominio de la Navarra Baja, -

indicó Francisco de Atondo que cada día se estaba interesando más en la política navarra-.

_ Son los jesuitas e inquisidores los que intentan establecerse en sus dominios. Ellos son los verdaderos acosadores, -aseveró con rotundidad Antonio del Corro que había escrito mucho sobre el tema-

_ No hablemos más del asunto, que nos perdería. Hábleme, vuestra merced, de sus proyectos.

Antonio del Corro le fue relatando las relaciones que tenía con Casiodoro de Reina y de cómo estaban en proyecto de editar la Biblia completa en castellano traducida de los originales. La traducción y la impresión eran casi una realidad.

Le confesó Antonio del Corro que la vida como extranjero y peregrino no le resultaba fácil. Acostumbrado a la tranquilidad del convento, aquel ajetreo de fugitivo le cansaba. Pero también, le había manifestado, que estaba extenuado por tantas divisiones entre correligionarios. Le habían acusado desde el campo calvinista de hereje en asuntos relativos a la Cena del Señor. Antonio del Corro había protestado y llegó a afirmar que en la Iglesia Reformada existía más tiranía que en la Inquisición española.

La experiencia de Corro, dando tumbos con el calvinismo, de un lado para otro, de una congregación a otra por asuntos doctrinales, era una nueva referencia para Francisco que nunca quiso meterse en asuntos de enseñanza a lo largo de su vida. Por esa causa había terminado su Licenciatura en Leyes en Huesca y había presentado su candidatura como Consejero en la Cámara de Navarra. Pensaba que podía servir mejor a Dios y a la Reforma desde estos lugares y no desde la estrechez y las

luchas tan encarnizadas por defender doctrinas. La fe era algo más que letra, definición y erudición bíblica.

En realidad, aquel viaje a Nèrac le había dejado desorientado. Dos hombres de fe como la reina Juana y el ex fraile Antonio del Corro tenían que batallar en frentes diferentes para salvar la Reforma. Juana desde la política, Corro desde la Teología. ¿Por qué no hacer mi trabajo –se había propuesto Francisco- desde mi posición como Licenciado en leyes, Consejero y otros privilegios de hidalgo?

La estancia en Nèrac hizo que pudiera conocer a Clement Marot, uno de los poetas favoritos del rey Luis XII. Este personaje había sido introducido en la Corte como paje y después había destacado como poeta. Tenía impresas algunas traducciones de los Salmos y muchos poemas. En los enfrentamientos violentos entre católicos y protestantes había ido huyendo de un lado para otro al declinarse por la Reforma. Clement Marot regaló unos libros a Francisco que ahora añadían, en su cuenta procesal, una acusación más de herejía.

El licenciado Temiño había cursado al jesuita Mariana el encargo de examinar y expurgar con prontitud los libros de Clement Marot. Mariana consideraba que había que prohibirlo por haber sido Clement gran hereje. El libro era una especie de manual de doctrina cristiana donde los Mandamientos y el Ave María no correspondían a la doctrina católica. En algunas partes era casi una copia en verso de la *Fons Vitae* con muchos textos bíblicos. Era lenguaje propio de herejes. Se ensalzaba la fe, la esperanza y se daba seguridad de salvación.

Francisco de Atondo aún no era consciente de cómo los cargos en su contra se iban amontonando en el Tribunal de Logroño.

# 2

Ahora, en la fría soledad e incomunicación de la prisión, prefería recordar los momentos más felices de su vida. Aquellos que, de manera constante, le fueron endulzando los tiempos más penosos. Especialmente cuando se enamoró de una ciudadana. Entonces olvidó su nobleza, su hidalguía, su tradición. Creía que aquel amor estaba predestinado, enviado por el cielo, aunque resultase imprudente y desigual. Se había arrojado al destino de la pasión y la belleza. Nunca había sentido nada igual cuando contempló aquella muchacha hecha mujer. Con ella era fácil dialogar, dejarse arrastrar por su sonrisa, ser seducido por el embrujo de su voz.

Era muy diferente a las muchachas de París. No pertenecía al mayorazgo de Eguaras o Atondo, pero poseía oculta nobleza. Cuando Francisco leía el *Cantar de los Cantares* veía, en aquella "amada" sulamita, a su Albina Peralta. Le dijeron que su familia tenía sangre morisca, pero por algunos detalles de su porte y costumbres parecía ser de conversos judíos. Era una cristiana que cumplía con la iglesia, pero sin exhibicionismo religioso. No se le veía en procesiones, en letanías o en romerías populares. Sin embargo, era ostensible su hermosura caminando por la calle o en el reflejo del agua, en la laguna, cuando la conoció.

_ ¿Cómo te llamas? –le había preguntado Francisco con cierto rubor.

_ Me llamo Albina, caballero – exclamó con voz cristalina la muchacha que advertía el sonrojo en el joven.

_ ¿Vienes a coger ranas a la laguna?

_ Francisco se dio cuenta que había cometido un error al preguntar aquella estupidez. ¿Cómo se lo tomaría aquella

muchacha? ¿Por qué había preguntado algo tan impropio? ¿Qué le había sucedido si desde niño había aprendido a memorizar preguntas y respuestas convencionales?

_ Me gusta verlas saltar y croar. Si les tiras una piedra se esconden, pero vuelven a salir sigilosamente, y yo disfruto asuntándolas, -respondió la joven Albina disimulando el apuro de Francisco-.

_ A mí también me gusta dar una vuelta por la laguna. Cuando dejo de estudiar y tengo tiempo libre, me gusta salir a respirar aire puro.

_ Yo hago lo mismo cuando termino mis labores.

_ ¿Vienes aquí todos los días?

_ Casi siempre. Aprovecho para ir a casa de mis abuelos.

Se despidieron con un corto "Adiós". Ambos se dieron la vuelta al distanciarse. Se miraron con disimulo. A Francisco le hubiese gustado decirle los primeros textos de Cantares a la Amada: "¡Que me bese ardientemente con su boca! Porque tus amores son más deliciosos que el vino; sí, el aroma de tus perfumes es exquisito, tu nombre es un perfume que se derrama: por eso los jóvenes se enamoran de ti!" Aquella mujer había acelerado y despertado todos sus sentidos. Los aromas de su piel, evidenciaban una mujer limpia, nada vulgar.

Los rojizos atardeceres del verano contemplaron muchos días de encuentros. Se atrevió a hacerle a Albina algunos regalos distinguidos que mostrasen su felicidad: un prendedor y una diadema, una caja de cartón con gusanos de seda, un espejo de plata y muchas promesas de amor eterno. Juntos daban varias vueltas alrededor de la laguna cogidos de la mano y alguna vez se habían atrevido a montar en una destartalada barca que se usada para pescar cuando el rio se embalsaba. La

ternura de Francisco era excesiva para su estado y realidad, medio clérigo, medio estudiante que no había acabado Leyes. Albina era su cielo y su estrella. Era la más bella sulamita, de cara y ojos de beduina, pero con los cabellos sueltos y brillantes. Era para Francisco una encantadora mujer que originaba la fuente de su alegría y ella se dejaba querer.

Francisco había sentido y deseado, como nunca, que alguien a su lado le amase. Una mujer especial como ella, que le mirase con pasión, que hiciese de él un ser agradecido en el amor. Sentía calmar su placentera ansiedad cuando veía su sonrisa y se entreabrían sus labios. Deseaba despertar, cada mañana, sintiendo sus dulces besos y ver crecer las preciosas semillas del amor.

Se dijeron palabras desnudas, promesas de amor sin razones que las sofocasen. Terminaron siendo cautivos de sus besos y caricias de amor. Creyeron agarrarse a la eternidad en la locura de su pasión. Brillaban sus ojos locos como si hubiesen bebido el zumo de la adormidera. Era una locura sin vergüenza, sabiendo que en el mundo hay sabios y necios. Ellos no sentían su necedad, ni sus descuidos, solo la locura. Tiempo tendrían sus ojos de llorar. Ahora tocaba reír, antes de que los pies no pudieran con el corazón y quedase quieto en la sombra. No les daba vergüenza estar encadenados a la locura, a las palabras de amor. Estaban seducidos por el cariño, por las caricias, por los abrazos. Se amaban lenta y suavemente sin promesas especiales.

Francisco de Atondo siempre amó a Albina quien ahora le daba un hijo sin estar casados. La nobleza de la ciudad ocultó aquel embarazo. Especialmente los Atondo. Era un asunto que desprestigiaba las clases sociales, los intereses e influencias.

Apelaron los familiares al honor, a la nobleza y también a que era clérigo, aunque fuese de primera tonsura. Francisco de Atondo no había tenido en cuenta el poder y los intereses familiares. Solo había amado, dejándose llevar por sus emociones hacia la preciosa y apasionada Albina. Ahora se daba cuenta que aquel hijo y aquella mujer de ojos encendidos, nunca podría poseerlos y gozarlos. No podría mimar a su hijo, ni desear a su mujer, pero los protegería en silencio y en el dolor de la ausencia.

Ni siquiera estuvo presente cuando el niño nació. Supo sin embargo que le bautizaron con el nombre de Carlos Peralta. Era el apellido de la madre. Francisco que se había esforzado y peleado porque fuese reconocido como hijo suyo, no lo consiguió. La familia se encargaría de que recibiera la educación de un noble, pero ilegítimo, bastardo.

Francisco vio pocas veces a su hijo, porque tuvo que continuar sus estudios universitarios en Huesca. Solamente se acordaba cuando el niño le hizo aquella pregunta tan inocente en una de sus visitas: ¿Crees en el cielo? – le había preguntado con esa candidez celestial de los niños- Le había llenado de ternura.

A Carlos de Atondo quisieron educarlo como a su padre. Le mandaron estudiar *Doctrina cristiana* en San Martín de Unx con el clérigo beneficiado de la parroquia. Después lo internaron. Fue llevado a casa del abad de Iranzu, educador de otros hijos de familias principales. Aprendió los rudimentos de la lengua latina y griega. En Tudela prosiguió su formación en gramática y latinidad. Carlos de Atondo, había seguido casi la misma educación que su padre Francisco. Había comenzado con las siete artes liberales del Trivium y el Quadrivium de Marciano

Capella. Al mismo tiempo estudiaba la vida de Cristo, los profetas y los salmos. Después los fundamentos de doctrina teológica los había aprendido de Santo Tomás, los comentarios de Cayetano de Vio, Conrado Klinco y las sentencias de los grandes autores medievales. Las lecturas espirituales y vidas de santos, dieron paso a lecturas de Orígenes, Epifanio, Eusebio de Cesarea, Cipriano obispo de Cartago.

También estudió Carlos de Atondo los dos Derechos: el civil y el canónico. El civil en autores como Justiniano, Guillermo Cazador obispo de Alguer, Rofredo Beneventano y también en autores más contemporáneos como Tiraquello. El Derecho canónico se basaría en la Summa Silvestrina, Decretales y Clementinas. Todo dentro del más estricto espíritu Tridentino con autores obligados como Pedro Canisio o Alberto Pighio.

El joven Carlos de Atondo leyó también algunos libros de medicina, botánica, zoología e historia natural como buen estudiante del Renacimiento. Él no pudo ir a París, ni siquiera a Toulouse, como lo hizo su padre en la primera mitad del siglo XVI, pero atesoró mucho saber. En tiempos de Francisco, la clerecía navarra enviaba a las aulas parisinas una considerable cantidad de alumnos. Ahora estaban prohibidas las universidades europeas.

La comunidad de Iranzu apenas estuvo interesada en las controversias teológicas entre protestantes y católicos. Se interesó sin embargo por una buena escuela de gramática y la filología latina, griega y hebrea. Daban mucha importancia al estudio de las lenguas.

Cuando Carlos de Atondo tenía veinte años, apenas conocía a su madre. Era todavía una hermosa mujer. Desconocía mucho más a su padre. Se evitaba hablar de él. ¿Sería el caballero

espigado que le visitaba en los momentos más inesperados? ¿Por qué siempre estaba solo el día de su santo? Esas preguntas nunca tuvieron respuesta. Nunca quiso despertar de aquel sueño que sospechaba podía hacerle más daño. Se había refugiado en los estudios. Se había leído media biblioteca del monasterio y había acabado sus dos carreras de Derecho. Solo esperaba que alguien le diese un empujón para volar solo. Explorar por sí mismo un mundo más satisfactorio que el de los libros y más maravilloso que la sucia vestimenta del abad.

Cuando le visitó el caballero espigado acompañado de su madre, comprendió casi de repente lo que había ocurrido con su vida. Sus crueles compañeros le habían explicado repetidas veces que su padre podía ser un aristócrata. Que aquellos estudios solo los podían pagar gente adinerada. Nunca lo quiso aceptar porque su madre era una mujer sencilla, sin oropeles ni sedas, común, aunque hermosa. Fue entonces cuando no necesitó explicaciones. Comprendió la situación al instante.

_ Nosotros –dijo Francisco más apurado y sonrojado de lo común- queremos hablarte.

_ Queremos que comprendas lo que hemos venido a decirte, - dijo Albina más maternal y sonriente-.

_ Ha llegado el momento de que las cosas cambien y estoy dispuesto a hacerlo, -manifestó Francisco medio paralizado por la emoción del momento-

_ El Licenciado Francisco…es…-indicó entrecortada Albina también paralizada y asustada-.

_ Es mi padre... –anticipó algo sobresaltado Carlos de Atondo que entonces llevaba el apellido de la madre-

Albina y Francisco se miraron. Temieron. Dudaron.

_ ¿Cómo has llegado a tales conclusiones?, -preguntó la madre con cierto fingimiento-

_ El Licenciado Francisco siempre que venía, me trataba diferente a los demás.

_ No estoy orgulloso de lo que ocurrió con tu madre y contigo, pero he hecho lo que he podido hasta ahora.

_ Queremos que sepas algo más, -añadió Albina con la cara cambiada y exultante-

_ Tu eres mi hijo –recalcó Francisco titubeante- y quiero que seas el heredero universal de la casa de los Atondo, aunque aún no esté casado con tu madre-

_ Estar casados sería más atrayente que la herencia –sonrió con resquemor Carlos de Atondo-.

_ Yo siempre he amado a tu madre y tu madre a mí. Es una mujer excepcional y valiente. Pero la altivez de las clases aristocráticas no permite estos matrimonios. Por eso, solo recibirás la herencia si te comprometes a buscar la esposa idónea entre la nobleza. No quiero que sufras lo que yo he sufrido.

Francisco de Atondo años después se casó con su amor escondido, desafiando las leyes de la nobleza. Siempre decía, cuando lo consideraban un soltero de éxito, que la juventud no era el tiempo de casarse. En la vejez ya era demasiado tarde y el hombre entre las dos edades no tenía tiempo de escoger mujer. Sin embargo, ahora nadie sabía por qué se había casado.

Lo primero que perdería sería la capellanía de san Jorge. Después su hermano Miguel de Atondo pleitearía por la herencia que había pasado a manos de un bastardo. Pero aquellos días habían sido los más felices de su vida. No había podido disfrutar de los ojos del niño Carlos, pero se reflejaba,

en su juventud de ahora, la complicidad por superar los agobios y penas pasadas.

La Inquisición no quiso entrar en este terreno del hijo bastardo de Francisco de Atondo, sabedora de tantos sacerdotes y obispos que tenían hijos desperdigados por todas partes. Pero lo tuvo en cuenta. Investigó hasta la cuarta generación de la madre y encontró algún converso de judío. Francisco no sabía por qué había recordado en aquella prisión a la familia de los últimos años. ¿Le tendería alguna trampa el Inquisidor Pedro del Llano?

## EL VIEJO PALACIO REAL DE OLITE.

En el Palacio de los reyes de Navarra en Olite, en la galería del rey, Francisco de Atondo esperaba su turno para ser recibido por el Virrey, Vespasiano Gonzaga y Colonna, duque de Trayeto. La inquietante y larga espera le hacía caminar de un lado a otro medio contraído. Acostumbrado a los asuntos legales de los demás, un conflicto personal con la Corona y que involucraba a las Cortes de Navarra le tenía ahora preocupado y hasta desorientado. Un rictus le hacía torcer la boca y fruncir el entrecejo sin que se diera cuenta. Cada vez que la gente entraba y salía del despacho del salón del reino, Francisco se agitaba, se asomaba al patio central, miraba las filigranas de las piedras de la arquería y los arcos en ojiva, para acabar volteando su cabeza hacia atrás y contemplar el artesonado mudéjar de la galería.

Desde que nació, Francisco había visitado aquel lugar, infinidad de veces. Su padre le mostraba los secretos de cada lugar, descubriéndole sus fantasmas.

_ Es el más bello castillo de la Edad Media en España y uno de los más fastuosos de Europa.

_ Parece también muy misterioso con tantas estatuas de dragones, demonios y malos espíritus.

_ Tienes mucha razón Francisco, es un lugar sorprendente y sobrecogedor. Podría recorrer mentalmente cada figura en piedra, sus estancias, sus jardines y fosos. Podría dibujar sus gárgolas, la flora de los capiteles, las amenazantes bestias mitológicas de las esquinas. Grifos y quimeras… bestias

legendarias talladas en piedra que desde sus atalayas contemplaban el paso de los siglos. Aquel perturbador silencio... Figuras de granito, burlescas y encorvadas, como guardianes de la noche. Pesadillas de quienes vienen a penetrar en el territorio del silencio. Seres que, en las noches más tenebrosas, cobran vida y sobrevuelan sus dominios hasta la aurora. Entonces vuelven a sus perpetuos pedestales a la espera de los primeros rayos de sol. El astro de luz los vuelve a convertir en piedra. Cuando comienza a escucharse el canto de los pájaros, las altas murallas, rematadas por numerosas torres, convierten al palacio en un conjunto sorprendente y mágico.

Francisco de Atondo recordó una conversación con su padre sobre un demonio con cara de chivo, sentado y con los brazos abiertos.

_ Parece que quiere atraparnos.

_ No Francisco, es algo más. La tradición dice que ese demonio se caracteriza por sus malos modales. Traga barcos y destruye todo aquello que se interponga en la trayectoria de su fiero aliento. Si escupe demasiada agua, ocasiona todo tipo de inundaciones.

_ ¿Es cierto que Lucifer era el ángel más bello? –preguntaba Francisco siempre inocente pero atrapado por la curiosidad-

_ Claro que es cierto. Pero cuando cayó del cielo se transformó en fealdad.

_ Ya me he fijado que, aunque tiene forma humana, tiene cuernos, orejas puntiagudas, colmillos, barbas, alas membranosas, cola y pies con patas desgarradoras.

_ La tradición también dice que son almas condenadas por sus pecados a las que se le impide entrar en la casa de Dios.

Entiendo, entre todas las explicaciones posibles, que estas figuras son los vigilantes de la Iglesia, signos mágicos que quieren mantener alejado al diablo. Son como guardianes de la fe.

_ Es un arte terrorífico- confesó medio asustado Francisco-

_ Cuando vemos las gárgolas en hileras, parece una sociedad de gente de piedra. Y tienes razón en decir que son intencionadamente horribles y grotescas.

_ Me he dado cuenta que no hay dos figuras iguales. ¿no te parece un enigma?

_ Eso demuestra la extraordinaria imaginación de sus constructores.

Recibió Francisco una lección de su padre que nunca olvidó. El misterio de las gárgolas con figura de áspides, dragones y demonios había abierto su mente al más allá de las cosas que se ven. No eran solo figuras de macho cabrío, serpiente, león, lobo, escorpión, buitre, murciélago, sapo o lechuza, que también se veían en cada esquina de la arquería, sino un lenguaje secreto de la Fuente de la vida. Era necesario saber el significado último de las cosas que se ven. No pasar por la vida despreocupado, vacío de sentido. El mensaje de las gárgolas, permitía muchos sentidos, por esta causa nunca más dejaría de fijarse en cada cosa, en cada persona, en los pequeños detalles.

## 1

El palacio real de Olite no era el mismo que Francisco guardaba en su mente. Desde la invasión de Navarra por parte de la Corona de Castilla y la de Aragón, dividida la parte francesa de la española, los reyes trasladaron la Corte al castillo

de Nérac y solo fue utilizado por los virreyes esporádicamente. El abandono y el deterioro del palacio era evidente. También en las zonas más señoriales se notaba el envejecimiento. Así ocurría con la nevera del palacio. Ya no guardaba la nieve que daba un toque de distinción en los festejos de verano. ¡Tantas cosas inutilizadas!

Sin embargo, Francisco, no había olvidado el arte de guardar la nieve en los "neverones" del palacio. La nieve era llevada hasta las neveras en carros desde la sierra y ventisqueros cercanos del pueblo. Se preparaba el suelo previamente con un ensamblaje de madera a modo de escurridera. Se introducía la nieve en los pozos, de unos seis metros de profundidad, y se prensaba hasta conseguir un grosor de unos cuarenta o cincuenta centímetros. A continuación, se extendía un manto de paja en toda la superficie de la nieve y se repetía el proceso hasta llegar a la altura de la puerta. Una vez llena la nevera, se cerraba y permanecía sin derretirse hasta los meses de verano.

El asunto que ahora traía preocupado a Francisco no era otro que la herencia de su hijo. Sus parientes consideraban que la herencia les pertenecía a ellos, pues su hijo, Carlos de Atondo, era bastardo, aunque ahora ya estuviesen casados Francisco y Albina. En aquel conflictivo litigio tuvo que intervenir el rey Felipe II. Se falló que la Cámara y no el Consejo de Navarra, tenía las competencias para decidir sobre la herencia.

Fue un mal día para Francisco. Tuvo que resistir las penetrantes miradas de sus parientes que como cuchillos lanzados le herían profundamente. De la merindad de la Ribera se había presentado también, Juan de Rada, casado con una hermana de Francisco, María de Atondo. Era Juan de Rada, el

principal reclamante. Tenía experiencia en litigios de esta clase porque él era hijo de cura y había solicitado el sueldo de su difunto padre. Se lo denegaron porque el fiscal consideró que no tenía necesidad de ello por ser de familia rica y residir en el palacio de Tajonar. Juan de Rada había estudiado en Salamanca, se había graduado como Licenciado en leyes y fue consejero del arzobispo de Pamplona. Ahora era alcalde de la Corte Mayor y oidor del Consejo de Navarra.

No convenía a Francisco de Atondo estar a mal con su pariente en vista a sus otros y más importantes intereses. Siempre tendría un aliado en los casos de importación de libros prohibidos. Disimuló lo que pudo, cortésmente. Este Juan de Rada era un ladrón de fortunas y no dejaría de litigar hasta conseguir lo que quería. El hijo de Juan de Rada, León de Rada y Atondo, llegó a ser uno de los doce ricoshombres recogidos en el Libro de Armería del Reino. Nadie sabía cómo había conseguido tanta riqueza.

Francisco de Atondo terminó perdiendo los derechos del mayorazgo de Eguaras de Tudela. Habían firmado el testamento sus padres Juan de Atondo y Graciana Eguaras en 1563. Fundaban el mayorazgo con todos los bienes que poseían en Tudela: una casa, varios hornos, un corral y diferentes viñas. También unieron otros bienes que poseían en Peralta, Funes y Cintruénigo. Se añadieron al mayorazgo mil quinientos florines y por expreso deseo de sus padres, se decidió que fuese gozado por su hijo Francisco.

Pleitear ahora contra la familia por defender sus intereses y también los del reino de Navarra, comenzaba a serle molesto. Demasiados intereses recubiertos de mentiras legales. No podía malgastar su vida buscando leyes y argumentos

documentales en los archivos monásticos o catedralicios. Sin embargo, recordaba el cariño que algunos testigos habían mostrado a la casa de los Atondo en aquel pleito. Le habían preguntado, durante el interrogatorio, al viejo montañés Pascualón de la villa de Galipienzo:

_ ¿Qué sabe, vuestra merced, del maestrazgo de los Atondo y de Eguaras?

_ He leído y oído leer crónicas a mi padre Pascual Pérez. Era un hombre muy estudiado y entendido.

_ ¿Alguien más le contó la historia que sobre Francisco de Atondo examinamos?

_ Le oí contar a Salvador Aierra, un viejo hombre que, junto a otros muchos viejos y ancianos, narraban que aquellas montañas nunca fueron conquistadas por moros ni otras naciones bárbaras. Todo se había conservado como en el tiempo de los godos. En la fe católica.

_ Contésteme solo lo que le pregunto. ¿Cómo habían llegado a conocer aquellas personas a los Atondo?

_ Ellos habían sido antiguos administradores de la casa y las rentas de Juan de Atondo y Romero. Ellos conocían el origen y linaje de los Atondo Romero. Ellos habían visto y leído su mayorazgo y oído de su nobleza.

_ ¿Qué más le dijeron sobre los Atondo?

_ Que el Licenciado Francisco de Atondo, fue del Consejo Real de su majestad en este Reino. Su padre copero del Rey y se dice que solía estar en privado con él.

_ ¿Alguien más puede dar fe de lo que expone vuestra merced?

_ Según mi padre Pascual Pérez, el abuelo de este testigo daba testimonio de estas cosas como notario. Se llamaba

Simón Pérez, hombre muy versado y reputado por hombres hidalgos, nobles de solar conocido, gente militar y caballeros.

_ ¿Qué decía su abuelo el notario?

_ Daba fe de esta familia, que eran convocados a Cortes Generales de este reino. Que habían tenido y mantenido caballos doblados. Vivían con criados y en casas de caballeros. Habían tenido cargos importantísimos pertenecientes solo a militares nobles y caballeros. Tienen un mayorazgo que se trasmite de hijo en hijo, de mayor a mayor y prevalecen los hombres sobre las mujeres.

_ ¿Qué sabe de Francisco de Atondo?

_ Es el sucesor del palacio y casa solariega del mayorazgo. Fue muchos años alcalde de Tudela, síndico por el brazo militar y caballero en Cortes Generales del Reino. También es Diputado embajador de este reino ante su majestad.

Francisco sintió respeto hacia estos hombres que guardaban endiosada la memoria de sus antepasados. ¡Cuán importante es un espíritu noble en los hombres! –pensaba-. La grandeza del alma se originaba en la sencillez de espíritu. Estos hombres de la montaña concebían la nobleza no solo como posesión de títulos, sino como bondad y virtud. Era la flameante antorcha que ilumina los pasos por donde caminar seguro y libre.

Sin embargo, Francisco de Atondo estaba desilusionado sobre la bondad de los hombres. Por muy visionario que fueses de un mundo ideal y bueno, siempre tropezabas con una realidad indiscutible: “No hay justo ni aún uno”. Algunos filósofos creyeron que el cultivo de la razón resistiría las vicisitudes de los tiempos, las tinieblas de la ignorancia y la corrupción de las costumbres. Supusieron que nunca faltarían

hombres ilustres que realzaran la razón, aplicando todas las fuerzas del espíritu a la investigación de la verdad. Sin embargo, ningún rayo de luz había cambiado nuestra naturaleza, ni elevado nuestro origen. Desde los primeros momentos de la raza humana aparece la deplorable narración de los delirios, de las pasiones, de los crímenes de los hombres.

Era un sentimiento amargo de la vacuidad del ser y su impotencia. Un escepticismo, un pesimismo antropológico que envenenaba todo lo que parecía noble. Dentro de cada uno estaba la inclinación hacia el mal. No se trataba para Francisco sólo del infortunio y de la desposesión de su patrimonio y de su herencia, se trataba del derrumbe del mundo ideal. Lo noble y verdadero se había agostado. Era necesario dejar de creer en las hadas cuando tratabas con los hombres.

## 2

En la última visita a Tudela del Inquisidor Temiño, Francisco de Atondo sintió cierto temor. Pedro Temiño era un hombre peligroso. Su ambición por alcanzar el obispado y vestirse de púrpura le había acerado su espíritu. No sentía compasión por nadie. Había llenado de infortunio las pobres familias de moriscos que eran metidas en prisión. La hambruna general entre estas gentes, era más angustiosa en la cárcel por no poder pagar el sustento. Los que no sufrían destierro, eran siempre desposeídos de sus bienes. Familias enteras se cubrían de vergüenza y desdicha hasta la cuarta generación. A Temiño no le agobiaba la adversidad o el infortunio de estos hombres atrapados por su conciencia y su fe.

Por esta causa la secta de Mahoma y la secta de Moisés le había recibido en Tudela con una tirada de libelos contra el Inquisidor. Las calles de la ciudad gritaban repulsas a la presencia del Santo Oficio. Especialmente sentían aversión al inquisidor Temiño. Navarra había sido siempre rebelde al establecimiento de esta institución. El Ayuntamiento de Tudela también le había negado la posada y los vecinos habían alfombrado las calles de mensajes denigratorios contra el Santo Oficio. Habían encontrado también varios libros heréticos en una ermita cercana y sospechó Temiño del sacerdote del lugar el Licenciado Victoria. También había sospechas de Francisco de Atondo, que había estudiado en la Universidad de París y otras del extranjero. Francisco de Atondo no sería interrogado. Una vez más como la serpiente silenciosa y cauta supo salirse de la escena. Días antes de que llegara Temiño a Tudela, había sido comisionado por las Cortes Generales del Reino de Navarra a la Corte de Valladolid, emprendiendo viaje de inmediato para no verse comprometido.

Tres años después Temiño volvería a visitar Tudela. De nuevo aparecen los libelos de protesta. Los sospechosos ahora son Sebastián de Cuenca y el Licenciado Victoria, que ya había sido interrogado la primera vez. Ahora se le aplicaría el tormento para que confesase. El Consejo de la Suprema daba órdenes específicas de seguir con la tortura en la persona del Licenciado Victoria vista la calidad y gravedad del negocio. Lo mismo harían con el cómplice Sebastián de Cuenca. Se le dio tormento con todo rigor, hasta casi la muerte. Como no confesó, el Licenciado Victoria fue quemado en persona, en aquel octubre de 1580.

El Licenciado Francisco de Atondo se había librado de las ardientes llamas de la hoguera, aunque ahora estuviese metido en aquella deplorable mazmorra. Una vez más, se había librado de la hoguera sin tener que acudir a su habitual astucia. Sin embargo, cuando se enteró por Ferrán en una de sus visitas a la cárcel, se dolía de la pérdida de sus amigos, cruelmente tratados.

_ Siento que lentamente, en el espacio de una generación, España está siendo descabeza a manos de un ideal corrupto. Los mejores talentos, las mentes más despiertas, los creadores de nuevos modelos, deben acatar la rancia tradición de los poderosos, -había confesado Francisco con voz debilitada pero enérgica-.

_ No tiene que aparentar, esta vez, no ser el promotor de los panfletos, como la vez anterior, -indicó con satisfacción Ferrán-.

_ Sin duda; estar en la cárcel es el mejor disfraz ante esos cazadores, pero a mí no me gusta estar en esta situación, -testificó el Licenciado con cierta angustia resignada-.

_ Sin embargo, ahora no tiene que exagerar en el Consejo tudelano para imponer su mesura. Ni hacer discursos floridos llamando al orden y la piedad. Ni imponer cordura delante de los poderosos y nobles de Tudela. - Rieron juntos con dolor, la socarronería de Ferrán-.

_ La defensa que hago del rey y las Instituciones, lo hago sin fingimiento, convencido de ser instituidas por Dios. Aunque estoy convencido que muchas ordenanzas por las que se regula esta sociedad, están hechas a favor de los poderosos.

Temiño ahora enviaba a fray Cristóbal de Chaves a visitar en la cárcel a Francisco de Atondo. Quería que supiese de su presencia y de su venganza por los panfletos que, sin duda alguna, -pensaba Temiño-, eran obra de Francisco veladamente. Fray Cristóbal de Chaves era un viejo conocido de Francisco de Atondo con el que había jugado de pequeño en el palacio de Olite. Cuando se reconocieron, el fraile citó con gracejo al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán.

_ ¿Qué hace vuestra merced, en este paradero de los necios, escarmiento forzoso, venganza de enemigos y prueba de amigos?

_ Supongo que, esperando en este puerto de suspiros, una enfermedad breve y una muerte larga, -añadió a la cita Francisco-.

_ Me ha sorprendido que en esta miserable cárcel haya tantos presos de familias nobles y de grandes linajes.

_ Eso lo desconozco; pero es sabido que cuanto más nobles más en peligro estamos de ser prendidos.

_ Me dice el carcelero que no has salido a la fuente del patio para pasar el tiempo y desechar melancolías.

_ Me conformo con mirar salir el agua y no escuchar los tormentos y gritos de otros aposentos.

El fraile calló a la queja de Francisco, buscó asiento sobre el baúl donde Francisco tenía sus pocas ropas y se mostró locuaz y distendido. Fray Cristóbal, que había seguido la carrera de Francisco desde la distancia, sabía de su trabajo y defensa de los más débiles. En ningún momento intentó saber sus faltas o delitos. Ya daría alguna explicación convincente al inquisidor Temiño pues, para sus adentros, consideraba a Francisco un buen cristiano. La conversación con Francisco de Atondo

discurrió entre viejos recuerdos y su experiencia de visitas a otras prisiones.

Para levantarle el ánimo, el fraile le fue detallando las reñidas pendencias en las prisiones entre mujeres que andaban a la greña y salían arañadas. Le relataba con cierto arte cómo estafaban a las presas nuevas y de qué manera cambiaban de humor unas veces riendo, cantando y bailando, con adufes y sonajas y otras llorando sus fortunas y mala suerte. Contaba que la mayoría estaban allí por hechiceras, amancebadas, ladronas, adúlteras, y aun uxoricidas. Las que ejercían en las casas públicas porque tenían rufianes que las corrompían. Las vagabundas por otros innumerables vicios y maldades.

Relató el fraile la historia de un preso llamado Juan de Gonzaga, traidor al rey, al que le habían dado dos reales por su perjurio. Cuando perdió en el juego los quince cuartos, quiso reservar los dos que le quedaban para el aceite de una lámpara que tenía delante de una imagen de la Virgen. Terminó cediendo a la tentación del juego pensando que la imagen de la Virgen le guardaría al menos los dos cuartos y no los perdería, pues estaban reservados para el aceite de su lámpara. Cuando los perdió, dio una palmada en la mesa y se fue a la imagen de la Virgen para decirle:

_ “De manera Señora que no has sido capaz de guardar los dos cuartos para el aceite de tu lámpara. Ahora que se la encienda su Hijo que mi dinero no le debe nada”.

Rieron un buen rato, aunque Francisco estaba esperando que, en cualquier momento, el fraile comenzase su trabajo de inquisición. No fue así. Los recuerdos de la niñez, los juegos entre aquellos muros del palacio de Olite y las aventuras en la Torre de las tres Coronas donde se criaban palomas

mensajeras, los hermanaban con lazos invisibles de fidelidad. El fraile se despidió esperando hacerle nuevas visitas si continuaba recluido.

Francisco de Atondo siguió en sus mismos pensamientos sobre el estado religioso en Navarra y Aragón. Creía que la resistencia a la Inquisición no sería suficiente. Cuando el arzobispo Bartolomé de Carranza fue procesado tras la férrea persecución del inquisidor Fernando Valdés, aquella zona de Navarra sintió que los más poderosos también caían ante el frio poder del santo Oficio. Francisco de Atondo había sabido, de las condenas a cárcel perpetua a dos clérigos de Calahorra, el bachiller Agarduy y Juan Abad de Vigala. El mismo obispo de Pamplona había sido encarcelado en la misma fortaleza que el obispo de Calahorra tenía en Arnedillo. Todos por herejía luterana.

Innumerables pueblos navarros y aragoneses registraban a muchos de sus vecinos entre los condenados por la Inquisición. Sin embargo, la villa de Miranda de Arga se estremeció al saber que su hijo más ilustre, el arzobispo Bartolomé de Carranza había sido procesado por hereje. El arzobispo perteneciente a una familia de modestos hidalgos, tenía a su tío el catedrático Sancho de Carranza como el familiar más sobresaliente.

El arzobispo no siempre se había tenido por evangélico y por luterano. Se había hecho consejero del Santo Oficio y pronto consejero también de la Suprema. Censuraba libros, intervenía en procesos secretos como el de fray Antonio de Guevara y predicaría en el auto de fe en el que quemaron al luterano español Francisco de San Román. Era un luchador contra la heterodoxia, que por razones de oficio le llevaron a leer y estudiar muchas obras de protestantes. Cuando acudió a

Trento y comentó estas obras con personajes más liberales extranjeros y españoles, ya exponía la doctrina de la justificación por la fe por encargo del cardenal Pacheco. ¿Qué había cambiado para que ahora lo encarcelaran y lo procesaran? ¿No había sido, en su estancia en Inglaterra, el consejero de los reyes cuando frecuentaba Westminster, y se codeaba con el cardenal Pole? ¿No había desenterrado y quemado los restos del ex dominico y luterano Martín Buzer? ¿No le habían querido matar varias veces por su violencia represiva?

Navarra entera se había conmocionado por el procesamiento del arzobispo Carranza como por Carlos de Seso. Hacía cuatro años que había muerto el arzobispo Carranza y toda Navarra seguía llorando su muerte. Los pueblos traumatizados por el anti-protestantismo inquisitorial, sentían también el peligro exterminador como lo sentía Francisco de Atondo en estos días. Creyó que el haber sido hereje Carranza tantos años, haría disminuir la vigilancia y el control en aquella zona. Pero esa relajación de la Inquisición nunca llegó.

Seguía siendo el instrumento capaz de agotar y extirpar en toda la hispanidad cualquier brote de disidencia religiosa. Para ello procuraba que Dios estuviese presente en todas las cosas a través de una exaltada religiosidad presentada más como tragedia humana que como relación espiritual con Dios. Las delaciones y el tormento ayudaban a configurar de horrores y absurdos la historia espiritual de aquellos días. Todos pensaban que la historia humana no era más que un cuadro de crímenes y desgracias. La vida se había convertido en la gran fiesta de la necedad humana.

## LA FRONTERA.

Mientras caminaban hacia la frontera Francisco y Ferrán, siempre los temas de conversación eran los mismos: los robos, la cárcel y la muerte. Sin embargo, aquellos días de varios otoños atrás, se distraían con la emigración postnuncial de las aves hacía el Continente africano. Era un espectáculo que llenaba el cielo pirenaico de fascinante algarabía de rapaces y planeadoras. Tudela sentía el bullicio de las aves que llegaban a las lagunas inundándolas de graznidos y lamentadores piares. Milanos negros, milanos reales, halcones abejeros, aguiluchos laguneros, cenizos y pálidos, cigüeñas blancas y negras, águilas pescadoras, gavilanes, azores, ratoneros… un espectáculo lleno de vida y libertad. Las aves más pequeñas como los pinzones, estorninos, jilgueros, golondrinas y aviones zapadores hacían su viaje habitualmente de noche, al parecer guiados por las estrellas, para no ser presa de las aves rapaces. Las montañas de Lapurdi, Nafarroa Garaia, Nafarroa Beherea y Zuberoa canalizaban la mayor parte del contingente de aves migratorias de Europa occidental.

Al atardecer también, se dibujaba misteriosa la frontera navarra del Pirineo donde se practicaba el contrabando desde la época romana. Era el contrabando el causante de que la Hacienda desde tiempos de Juan de Albret se hallara empobrecida. Este rey había dicho que su sustento no provenía de Navarra, sino de sus numerosas y feraces posesiones

francesas. El contrabando además había traído violencia. Miles de procesos se almacenaban en la Corte Mayor y el Consejo Real de Pamplona por la "gaulana" o el trabajo de la noche.

Francisco de Atondo siendo alcalde de contrabandos aprendió las estrategias y habilidades del contrabandista. En algún caso, pasaron por la frontera libros prohibidos con autorizaciones inquisitoriales, pero siempre era arriesgado este método. También conoció el poder y el peligro de personas respetadas y clanes pandilleros que habían establecido la ley del más fuerte. Todavía se seguía tomando la justicia por su mano entre bandas incontroladas.

Los vagabundos y pícaros que no sabían leer, fueron usados muchas veces por Francisco de Atondo para desorientar a la Inquisición y quitarlos de aquellos peligrosos lugares de contrabando. Les hacía llevar cartas y fardeles por las rutas de Aragón, Castilla o Andalucía, sabiendo que iban a ser interceptados por la Inquisición, en cuyos documentos se leían consejos de sometimiento y fidelidad a la iglesia e inquisidores. En los envoltorios ponía Francisco libros de misa, medallas o escapularios con direcciones inexistentes, sabedor de que los vagabundos no llegarían a cumplir el encargo.

Francisco no quiso entrar en tratos con mafiosos y extorsionadores como eran los Vergara, los Ursúa o los Ezpeleta. Prefirió tratar con franceses y gascones en la frontera. Toda España estaba llena de extranjeros, hambrientos y sospechosos de ser malos cristianos pero que la Inquisición poco o ningún dinero podía sacarles si los prendía. Se les consideraba la causa de todos los problemas de la sociedad, pero no se les temía.

Para los mercaderes franceses que pasaban la frontera, el peligro estaba en los campesinos empobrecidos y hambrientos, cercanos a las Bárdenas reales de Navarra o en la sierra de Urbasa. Estos se convertían en bandoleros, se tiznaban la cara y se cambiaban las ropas, asaltando y matando al francés para ayudar a su pobre hacienda. Después volvían a sus casas, haciendo una vida normal, como vecinos honrados. No hacía muchas semanas que cuarenta vecinos de Valtierra, con pañuelos en la cara, armados de cuchillos y grandes navajas, habían asaltado a once arrieros cargados de aceite, seda, azafrán y almendras.

La frontera navarra se convirtió también en frontera ideológica. Al dividirse la Baja y Alta Navarra, la frontera propició el tráfico, el robo de ganado de un lado a otro y también la evolución ideológica.  Los vecinos de antes, pasaron a ser extranjeros y también herejes. Esto siempre lo tuvo en cuenta Francisco de Atondo. Los navarros franceses tenían otra mentalidad y muchos de ellos eran favorables a la Reforma.

Los alcaldes de contrabandos como Francisco procuraban luchar contra los bandoleros, pero siempre hacía la vista gorda con los pobres que robaban o se dedicaban al contrabando para poder comer. En cada asalto o robo, se reunían todos los vecinos y procuraban atraparlos. Si conseguían atrapar a los asaltantes, eran metidos en la cárcel y, después de interrogarlos, se les conducía a Pamplona, donde el Consejo Real los juzgaba severamente. A veces el espectáculo que se ofrecía al pueblo como escarmiento y como enseñanza a la comunidad, era aterrador y hasta macabro.

Francisco siempre comentaba estos horrores con su inseparable asistente Ferrán y decía que los castigos eran más severos y crueles que los inquisitoriales.

_ La cárcel es muy dura para los pobres, que tienen que mantenerse ellos mismos, -comentaba Francisco conocedor de estos lugares-
_ Será muy dura para todos al estar privados de libertad, -indicaba Ferrán pensativo.
_ Mucha gente no llega ni a la prisión después de 100 o 200 azotes. Pero si llegas vivo y eres pobre, después de haber vendido todo, terminas muriéndote de hambre.
_ Entonces, casi es mejor ser ejecutado por horca o garrote, -se había atrevido a decir Ferrán que siempre había tenido más miedo al hambre que a la muerte.

Francisco siguió comentando casos de víctimas del hambre que había presenciado en Pamplona. Eran desgarradores. Algunos habían llegado a vivir setenta días con un poco de agua, abandonados a su suerte. El cuerpo se iba consumiendo poco a poco, comiéndose por dentro, insensible por el dolor. Las fiebres y las enfermedades abrasaban aquellos cuerpos esqueléticos, andrajosos y llenos de piojos. Entonces el cerebro se bloqueaba, ya no pensaba, se dejaba morir. Marasmos, tez seca, pliegues de piel suelta colgando. Un montón de huesos viviente que espera la muerte como su liberación. El corazón sufría una aceleración y de repente se paraba.

_ Es un espectáculo espantoso para ver y más terrorífico para vivir, -confesó Francisco indignado de ver tanto dolor a su alrededor-.
_ Peor es ver descuartizados los cuerpos y colocados sus miembros en los lugares donde han robado o matado y a

las puertas de la ciudad. Eso es espantoso. Yo nunca me acostumbro a estas crueldades, -confesó Ferrán, gesticulando hasta apretar su cara con las manos-.

_ No sé cuál es más infame, si morir de hambre, en la horca o cárcel perpetua. No digamos nada de la suerte de los galeotes o cautivos en las fortalezas de África, que mueren reventados. En cualquier caso, con castigar el delito solo se consiguen peores personas -masculló disgustado Francisco, siempre contrario a cualquier violencia contra el ser humano. Meneaba la cabeza y no entendía tampoco un siglo tan fanático y cruel-.

_ Procuremos que no nos toque a nosotros, -replicó aliviándose Ferrán-.

_ Los bandoleros tienen una salida. Si se ven en peligro pueden recurrir siempre a una iglesia o ermita. Allí cualquier persona, aunque sea un delincuente está bajo protección de la iglesia. Pero a nosotros si nos persigue la Inquisición no tenemos ningún lugar de refugio.

_ Tiene razón, don Francisco. La iglesia no sería buen refugio.

_ La iglesia siempre defiende sus derechos no a los bandoleros ni herejes. Defiende el templo como un lugar fuera de la justicia civil. Es la iglesia una especie de embajada.

_ Eso siempre lo he pensado yo. Nada hay gratuito en la Iglesia,

_ Lo que continuamente me ha preocupado es el bandolerismo de los campesinos. La mayoría roban por hambre.

Francisco entendía esta delincuencia del campesinado como una de las más primitivas protestas sociales. Estaban organizados y conseguían los objetivos de no morirse de hambre. Pero en aquellos días nadie podía levantar la cabeza sin que te la cortaran. Eran malos tiempos para los "indignados". Las revueltas de los Comuneros que escasamente se habían sentido en Navarra, habían fracasado. Era todavía la Comunidad una agitación social sin conciencia política por parte de los oprimidos. Sin embargo, esta forma de protesta social, se iba haciendo endémica. Las hambres y las guerras creaban periodos de tensión y desquiciamiento. Las estrecheces del campesinado hacían que los colmillos de resistencia a los ricos se hincasen en estas sociedades estáticas con el fin de destruirlas. Siempre quedada algún comunero resistente y postulante.

No tardó en entrar en dialogo Francisco que conocía bien los beneficios de la nobleza.

_ No deseo otra cosa que estas provocaciones y violencias del campesinado, estimulen cambios en la nobleza y el Estado, -señaló Francisco pensativo-.

_ No será nada fácil repartir privilegios asignados a los hidalgos y la nobleza, -añadió Ferrán-.

_ Además, entiendo mejor cada día la rebeldía popular de estos hombres que rehúsan jugar un papel resignado y servil.

_ No es resignación, don Francisco, es obligación que impone la iglesia, el Estado y la nobleza.

_ Sobre todo –confesaba Francisco con ojos enrojecidos- sangro por dentro viendo los escenarios del castigo, los

encarcelamientos y la perversión penal en sí misma. Homo hominis lupus. El hombre sigue siendo el lobo del hombre.

_ Ya sabe que siempre he tenido miedo a entrar en prisión –confesaba Ferrán sabedor de las calamidades de los presos-

_ ¿Por qué unos hombres se creen con razón y fuerza moral para encarcelar a otros hombres? –se preguntaba Francisco-. ¿No hay ninguna utopía que contemple penas incruentas? ¿Por qué se legitima con discursos grandilocuentes una cruel prisión, una micro-dictadura, en una sociedad libre?

_ Evidentemente tiene que haber otro modo, -añadía Ferrán-. La naturaleza del hombre es ser libre y quiere ser libre.

_ ¿Es que acaso, se puede hablar de "Derecho" Penal? ¿Quién reclama el castigo y desea ser penado? ¿No es la venganza el camino que conduce al establecimiento de todos los pleitos? ¿No son los poderosos los que marcan las reglas?

Francisco no pretendía ser subversivo en su modo de entender el Derecho. No trataba de justificar el pillaje por la pobreza y el hambre de los campesinos. Sin embargo ¿no había posturas intermedias, menos violentas, más rehabilitadoras? ¿No había métodos de control diferentes a la tortura y prisión?

Francisco pretendía explicar el texto de Etienne de la Boetie en su libro el "*Discurso sobre la servidumbre voluntaria o el Contra uno* "que estaba leyendo. Era una corta requisitoria contra el Absolutismo. El texto de La Boétie planteaba la cuestión de la legitimidad de cualquier autoridad sobre un pueblo y analizaba las razones de la sumisión. ¿Por qué los hombres dejan de ser libres? ¿por qué se someten a servidumbre voluntaria o resignadamente?

Francisco era consciente del sentido mesiánico de los pobres que creen y esperan en Dios y eso cambiaba las cosas. Los pobres saben que la historia les pertenece y que, si ahora lloran, mañana reirán. Esa risa y esa alegría, que expresa confianza en Dios, es también liberación. Sin embargo ¿por qué no resistirse a la tiranía cuando solo pretende crear dolor y desolación? ¿por qué no defenderse ante los planes de controlar a los hombres?

_ "Hasta los bueyes gimen bajo el yugo, y los pájaros se quejan en la jaula", -añadía Francisco-.

No podía comprender que el ser humano fuese educado para obedecer al tirano. Fuese acostumbrado a que las cosas sigan inalterables. Siervo voluntario de las costumbres. El libro de Etiene de la Boitie ponía el ejemplo de los caballos. "Eso mismo les ocurre a los más briosos caballos, -escribía Etiene- que primero muerden el freno y después se entretienen jugueteando con él; antes respingaban ante la silla de montar, pero ahora ellos mismos facilitan que les pongan los arneses y se pavonean orgullosos bajo la barda". Piensan que están hechos para soportar el mal, resignándose con el paso del tiempo, convirtiéndose en posesión de quien les tiraniza.

## 1

Mientras cabalgaban hacia las oscuras montañas de la frontera, Francisco y Ferrán comentaron algunos de sus últimos fracasos e intentaron buscar soluciones.

_ Hemos fracasado en la operación del francés Juan Peruso- indicó Francisco siempre meticuloso y previsor-.

_ Todo parecía estar bien. El navío procedente de Lyon había llegado a San Sebastián en la fecha exacta, -respondió Ferrán como si fuera el eco del pensamiento de su oyente. -
_ Además, los veinticinco fardos de libros venían con destino al librero de Alcalá de Henares, Bartolomé Robles.
_ Alguien tuvo que dar aviso. Cuando iban a cargar los tres mil libros, fueron confiscados por el Santo Oficio.
_ La información tiene que venir de Francia, porque a los vascos o navarros nada les sonsacan y nunca dicen nada.
_ Lo mismo había ocurrido con otras balas de libros, también de Lyon, que pertenecían al librero de Valladolid, Adrián Germán y que fueron confiscadas en Bilbao.
_ Lo que más preocupado me tiene ahora -decía Francisco- son las cuatro carretas cargadas de libros prohibidos dispuestas en Pau para pasar los Pirineos. El chivatazo de un canónigo llamado Lafores, alertó a la Suprema y envió comisarios a la frontera. Ahora están pendientes de atravesar los Pirineos cuando más vigilados están.

Aquellos momentos de camino hacia el Béarne, Francisco los tenía vivos en su recuerdo. Ahora, que deshojaba en aquella prisión los días de su azarosa vida, salían a la memoria como feliz expresión de triunfo. Habían sido éxitos de la Providencia más que de la sabiduría de la vida o de la prudencia.

Aquella tarde, cuatro familiares de la Inquisición habían seguido al librero de Pamplona, Bernardo de Vaquedano. Sabían de sus tratos en la frontera con mercaderes y luteranos. El comisario de la Inquisición, Licenciado La Torre, dirigía las pesquisas en toda la frontera por Jaca y esperaba prender a Vaquedano. Aquel día Francisco y su criado habían decidido tomar el camino de Tudela a Jaca, en vez de Roncesvalles, para

pasar la frontera y hacer gestiones en Béarne. El motivo era conocer de antemano la gran campaña que se estaba preparando en Ginebra para introducir libros luteranos en España en toneles. Francisco de Atondo debía darles el visto bueno, rellenar algunos formularios y ver los inconvenientes en los puertos, si los había.

El camino hasta Jaca no fue bueno pero lo peor venía después. Habían llegado a la altura de Candanchú casi exhaustos. El descanso en una especie de refugio fue reparador, especialmente para los caballos que resoplaban medio ahogados. Descansaron todo el día. Al atardecer decidieron salir de nuevo hacia la frontera. Evitaron los valles más transitados, y cuando habían tomado el camino hacia Forges, se oyó un grito.

_ “Alto en nombre del Santo Oficio”.

A cada instante se oía, cada vez más lejana, la misma frase:

_ “Alto en nombre del Santo Oficio”.

La noche estrellada dibujaba sombras espectrales de cuatro jinetes de negro cabalgando alocados y que gritaban amenazantes. Las llamadas y maldiciones para infundir miedo hubieran paralizado al más valeroso y curtido en peleas. Sin embargo, Francisco y Ferrán tranquilamente acordaron la huida de la forma tantas veces planeada. El alazán de Francisco podía guiarse en la noche como si fuese de día. Estaba acostumbrado a correr bajo la luna llena. Detrás le seguiría Ferrán que montaba un caballo bayo, asilvestrado hasta los tres años y muy acostumbrado a la noche.

_ No te separes de mí. Hoy tenemos una larga carrera, -voceó Francisco, mientras espoleaba suavemente su caballo-

_ No lo haré, - Ferrán omitió el nombre y el título que siempre dedicaba a Francisco. -

_ Confiemos en Dios y que alguien les corte el paso en la garanta antes de llegar a Forges.

_ Meteremos todo el ruido que podamos.

Galoparon sin hablarse. El estruendo de los cascos de los caballos retumbaba en todo el valle, extendiéndose su eco violento por todas las montañas. Ferrán se agarraba a las crines de su caballo bayo que brillaban como ondas fluorescentes. La tensión era mayor cada vez que el caballo hacía algún extraño. El viento de la noche helaba la cara. Aquellos hermosos corceles que presentían peligros, galopaban raudos en medio de las sombras de la noche. No hacía falta espuelas ni látigos. Sabían el camino. Pensaban por sí mismos. Se comunicaban con el corazón de Ferrán cuando les hablaba y los alentaba. El galope desesperado casi cortaba el viento. La mirada en el horizonte de los dos jinetes dejaba que las cabalgaduras se sintiesen poderosas y conquistadoras.

De repente se dejó de oír el grito de "Alto en nombre del Santo Oficio" que venían voceando más de una hora ¿Se habrían retirado de la carrera? Tampoco sabían por qué les perseguían, pero ellos no querían conocerlo. Siempre terminabas en prisión.

_ No nos detengamos hasta no adentrarnos en la frontera. Siempre suelen tener alguien a la espera con caballos de repuesto, -voceó Francisco con voz entrecortada-.

_ Por mi parte todo está bien. Pararemos cuando los caballos no puedan más.

Los cuatro jinetes del Santo Oficio no eran gente cualquiera. Estaban acostumbrados a todos los peligros. Curtidos en todas

las peleas. Amantes de la crueldad, no les importaba matar si fuera necesario, antes que dejar escapar a un fugitivo. Pero ¿por qué perseguían a aquellos dos hombres? ¿Qué gran botín esperaban conseguir como para adentrarse en la frontera a peligros insospechados?

Francisco y Ferrán pocas veces habían sido sorprendidos. Siempre se adelantaban a los acontecimientos. Estudiaban todas las posibilidades. Conocían todos los detalles cuando los libros se introducían por Bayona o cuando llegaban predicadores luteranos "en hábito de religiosos" por Roncesvalles para penetrar en Navarra. Sobre todo, conocían a sus gentes. Todos eran uno. Se defendían unos a otros. Tenían hombres a medida que evitasen las malas mañas de la Inquisición. Hoy habían sido sorprendidos, aunque llevasen salvoconductos que justificaban su presencia en la frontera y nadie les había advertido.

Después de tres horas de persecución, la cuadrilla del Santo Oficio dio fin a la cacería. Demasiado ruido en valles llenos de luz de luna. Caballos demasiado cansados y el Licenciado La Torre con pocos recursos para una larga persecución de días. Francisco y Ferrán no pararon hasta el amanecer cuando llegaron a la frontera del Béarne. Allí supieron que aquella noche las cuatro carretas de libros prohibidos provenientes de Pau habían pasado la frontera. Ellos habían hecho un buen trabajo de distracción durante la noche teniendo la Inquisición a sus talones. Mientras, por otro de los valles, lentos y silenciosos habían pasado los carros de bueyes cargados de toneles llenos de libros prohibidos.

## 2

El Licenciado La Torre aquella noche, tras la larga cabalgada y su fracaso en la persecución, se sintió como atropellado por la estampida de todos los demonios saliendo de un santuario. Era una huida irracional de sí mismo, de su conciencia. La ambición le hostigaba para mantenerlo como un depredador sin alma. Hacer méritos para ser obispo o mayores aspiraciones, hechizado por el color púrpura, le habían convertido en despiadado. En ocasiones era un necesario salteador de caminos que subsistía únicamente por su codicia infinita. Sin fe, sin ideales nobles, hombre mediocre siguiendo quimeras, los años le habían convertido en un ser vil, escéptico y cobarde. Por eso siempre se amparaba en la oscuridad. Disfrazaba su ambición como servicio a Dios, pero era muy difícil interpretar el fondo de sus negocios. Venía de una familia que lo había abandonado de pequeño y había tenido que servir para estudiar. Los restos de su naufragio sentimental aparecían con frecuencia en la oscuridad de sus soledades. Su baja estima le hacía ser un protagonista en los escenarios de la más baja estopa.

Su vida se estaba convirtiendo en una huida hacia delante, de sí mismo. Se olvidaba que lo único que llevaba en su mochila invisible eran culpas, penas y asuntos sin resolver en su interior. Los vientos de la vida le habían azotado en su deambular. El perseverante perseguidor que era La Torre no era más que un fugitivo, siempre huyendo, desertando de sí mismo. Había experimentado que "dura cosa es dar coces contra el aguijón". Él sabía que huir no servía de nada pero no tenía fuerzas para afrontar el gran problema que es vivir con dignidad.

Francisco de Atondo aquella fría noche en la prisión, se acordó, por fin, de cómo era el comisario La Torre. Aquel cuchitril carcelario, con una diminuta ventana enrejada, solo trasmitía dolor con aquellas estremecedoras frases y símbolos en la pared. Posiblemente eran los lamentos de los perseguidos y encarcelados por el Comisario La Torre.

La frontera ideológica era el momento de libertad para Francisco de Atondo. Cuando llegaba al Béarn el mundo se veía de otra manera. La supremacía del poder espiritual representado por el Papa no existía en la autonomía del Béarn. Solo había una frontera que respetar, la de los hombres libres. Desde la muerte de Miguel Servet y la conversación con Antonio del Corro, Francisco de Atondo había ampliado su concepto de libertad y tolerancia. Aunque sentía devoción por Calvino no dejaba de reconocer que el Servet, nacido en Tudela según decían unos, tenía razón en defender su independencia intelectual. Comentaba emocionado Francisco al Béarnés Arnaud de Salette, hombre intelectual y sensible que profesaba un calvinismo moderado:

_ ¡Bendito Miguel Servet, que pudo haber vendido su alma científica quemando su libro “Restitutio christianismi”,(La Restauración del cristianismo) fruto de su profundo estudio, y prefirió ser quemando en solemne y ritual hoguera en la bella ciudad de Ginebra!

_ Miguel Servet y Antonio del Corro sufrieron la tortura prolongada de no sentirse libres para pensar y hasta dudar, -añadía Arnaud que hablaba en vasco, pero prefería el Béarnés- pero mucho peor fue ser obligados a pensar de una sola manera y aceptar los dogmas eclesiásticos.

_ La libertad y la duda tejen un fino hilo donde se sostiene la verdad de los hombres de fe, -exponía Francisco con minuciosidad-. Para esta clase de hombres, la lógica y el silogismo pueden falsear la verdad y por tanto no pueden ser impuestas con la autoridad de los credos. Las verdades espirituales no son axiomáticas y es posible concebir a Dios de diferentes maneras sin tener que asentir a la tradición.

_ Por eso creo que ser tolerante no significa que aplaudamos o aprobemos costumbres o ideas que nos resultan incómodas. Se trata de ser sensible a los sentimientos de los demás con respecto a lo que tú dices. Cuando se impone al otro una cosmovisión extraña se está cometiendo un terrible crimen contra la conciencia ajena, -reflexionaba Arnaud ante la admiración de Francisco-.

_ Creo firmemente, -afianzó Francisco- que la libertad no es un lujo sino una imperiosa necesidad de la conciencia. Cuando nos obligan a fingir, cuando nos imponen dogmas, conductas e ideas contrarias a nuestras verdaderas creencias personales, la conciencia sufre una disonancia y una angustiosa sensación de falsedad.

_ Si, esa es también mi percepción. Y es entonces cuando el mundo se convierte en una gran farsa y lentamente se transforma en un hondo malestar psicológico, cuyas neurosis terminan en la más absoluta intolerancia.

_ Por eso el diferente siempre ha sido extirpado violentamente del seno de la sociedad. Siempre hay un rechazo a la diversidad.

Los pensamientos de estos dos hombres en nada se parecían al calvinismo que profesaban. Sin embargo, se sentían libres con estas “extrañas ideas” ante el control inquisitorial de

ambos bandos. Ahora Francisco de Atondo estaba al lado de acá de la frontera. Aquella libertad de pensamiento en Béarn era solo un espejismo, una utopía, una ilusión. En la otra frontera la libertad seguía siendo un lujo y las verdades espirituales eran incuestionables.

Aquella noche en la prisión, Francisco de Atondo convirtió también su pensamiento en nostalgia ante una Navarra dividida. Recordó que a los pocos días de haber vuelto del Béarn y organizar el paso de los libros preparados en Ginebra se habían hecho planes para un ataque de moriscos aragoneses y hugonotes del Béarn. El joven Enrique de Navarra quería ponerse al frente para reconquistar la Navarra española. Se hicieron planes para un ataque combinado de los moriscos aragoneses y hugonotes del Béarn, que atacarían por Aragón, siendo ayudados por el rey de Argel y el imperio Otomano.

Sin embargo, estos proyectos se habían ido a pique con la llegada de Juan de Austria a Aragón, quien desarmó a los moriscos. No hacía cuatro años que lo habían vuelto a intentar. Fue enviada una flota de Constantinopla con el propósito de desembarcar entre Murcia y Valencia y penetrar por el sur. Mientras, desde el norte, los hugonotes franceses invadirían Navarra, una vez logrado el levantamiento de los moriscos. Una vez más el fracaso fue rotundo. La flota otomana nunca llegó.

## VISITA DEL INQUISIDOR.

La clase social de los hijosdalgo tenía sus propios y diferenciados tribunales. El Alcalde de los Hijosdalgo oía los pleitos de la aristocracia y determinaba en la Corte contra esta clase de nobleza. Sin embargo, la Inquisición no hacía distingos entre clases. Ni los nobles ni las autoridades más prominentes estaban libres de la potestad represora del Santo Oficio. La Inquisición se había convertido en la policía mundial, donde casi todos los asuntos humanos se conformaban a sus intereses. Por eso Francisco de Atondo se encontraba en prisión como un vulgar delincuente. Aunque estaba en cárcel separada de otros reclusos, no estaba en mejor estado que ellos. No valían tampoco los derechos adquiridos de la realeza por sus antepasados. Podía recibir tortura y podía ser quemado como cualquier hereje.

Evocaba ahora Francisco la larga conversación con Antonio del Corro cuando se conocieron en Nerac. Le había dibujado con rigor las *Artes de la Inquisición* y el sentido de la tortura que le había sido expuesto por su tío el inquisidor, llamado también, Antonio del Corro.

_ Para los torturadores inquisitoriales los dolores físicos no son producidos solamente para obtener información o exhibir su poder. Lo hacen para turbar la razón y extinguir la memoria, -precisaba el reformador Antonio del Corro-

_ ¿Quieres decir que el obtener información o cambiar de opinión no es el principal objetivo de la tortura?, -preguntó con curiosidad Francisco que siempre había estado contra la violencia y hasta el castigo carcelario-.

_ Las impresiones violentas que producen terror y sobresalto, embargan el uso del pensamiento hasta llegar a aniquilarlo -agregó Antonio del Corro. Después aportó algunos casos concretos tan terribles que ni se atrevía a recordarlos de nuevo Francisco. Decía que había leído el *Malleus Maleficorum*, libro sobre las brujas y sobre todo la manera de torturar para descubrir el mal-.

_ Creo que estás indicando que la tortura y violencia aplicada hasta conseguir el terror no deja pensar.

_ Los inquisidores saben muy bien que el cuerpo depende del alma y cuando ven en los torturados palidez, desmayos y temblores, entienden que pueden entonces lavar su cerebro y atacar su alma.

_ Pero eso es una tremenda monstruosidad. El espíritu solo pertenece a Dios.

_ Cuando desnudan a los encarcelados saben que el pudor enciende el rostro, el miedo debilita los miembros, la cólera acelera el movimiento de la sangre y es entonces cuando asaltan la conciencia, los sentimientos y pasiones.

_ Yo me iré preparando para este momento – había confesado con intranquilidad Francisco a Antonio del Corro.

Se estremecieron al comentar de nuevo la bula de Inocencio VIII que aparecía en el *Malleus Malefficarum.* No entendían que la ignorancia y la superstición hubiesen hecho decir a este Papa aquellas barbaridades. Se sorprendía Antonio del Corro que calificaran a estos demonios brujeriles en íncubos y súcubos.

Demonios masculinos y femeninos que buscan unirse sexualmente a mujeres y hombres para procrear el anticristo. Con su poder los brujos y brujas hacían sus encantamientos, hechizos y conjuros. La bula aseguraba que con sus embrujos mataban a niños en el seno materno, lo mismo que hacían con las crías de los animales. Que arruinaban los productos de las tierras, de los viñedos, de los árboles, animales de carga, huertos, praderas, trigo y cebada.

Señalaba que estos brujos desdichados acosaban con terribles dolores a hombres y mujeres, rebaños y animales de todas clases. Que les provocaban penosas enfermedades internas y externas. Que impedían a los hombres realizar el acto sexual y a las mujeres concebir, por lo cual los esposos no podían conocer a sus mujeres, ni estas recibirlos. Decía la bula papal que, por añadidura, en forma blasfema, renuncian a la Fe que les pertenece por el sacramento del Bautismo, y, a instigación del Enemigo de la Humanidad, no se resguardan de cometer y perpetrar las más espantosas abominaciones y los más asquerosos excesos, con peligro moral para su alma, con lo cual ultrajan a la Divina Majestad y son causa de escándalo y de peligro para muchos.

Después de siglos permitiendo la superstición y hasta fomentándola, la iglesia de Roma no sabía cómo parar tanto demonio suelto. El *Malleus Maleficarun* era una locura de libro que aparentaba ciencia o, dicho de otra manera, coleccionaba toda la superstición acumulada en tantos siglos. Preguntas y respuestas acerca de brujas que copulaban con demonios, resultaban ridículas. Se señalaba a las mujeres como las principales adictas a las supersticiones malignas, que no dejaban de ser el resultado de siglos de subordinación de la

mujer al hombre. A las mujeres brujas se les concedía a sus encantamientos un poder destructor. Se creía que provocaban el granizo, las tempestades y los rayos. Eran las causantes de la esterilidad de hombres y animales. Cuando nadie estaba presente arrojaban al agua a los niños que caminaban junto a ella y los caballos enloquecidos se hundían con sus jinetes. Podían trasportarse de un lugar a otro por el aire, en cuerpo o en imaginación. Lograban hacer que ellas mismas y otros guarden silencio bajo tortura. Conseguían provocar un gran temblor en las manos y horror en la mente de quienes quisieran arrestarlas; sabían mostrar a otros cosas ocultas y ciertos acontecimientos futuros, por información de los demonios.

_ Aquellas pobres mujeres de pasados siglos, por una simple mirada, - mal de ojo, llamaban-, podían sufrir las más horrendas torturas jamás descritas en libro alguno, -aseguraba Francisco -.

_ La caza de brujas, no ha sido nunca un problema ideológico, ni religioso, sino que denota la persecución de un enemigo que se percibe de forma extremadamente sesgada e independiente de su inocencia o culpabilidad. Es un pánico moral y la creencia en la brujería es un viejo fenómeno universal, -reflexionaba Antonio del Corro-.

_ Pero ha sido la acción eclesiástica contra la herejía, la que ha creado un fenómeno de histeria colectiva, como ha ocurrido con los protestantes en los últimos años, -indicó Francisco que llevaba tantos años burlando la inquisición-.

_ Sin duda ellos han sido los que convirtieron cualquier hecho extraordinario en algo mágico y brujeril. Las consecuencias son devastadoras: recriminaciones, denuncias, procesos

públicos en masa con hogueras por todas partes, -añadió Antonio del Corro.

_ Creo que nuestro siglo es uno de los más sangrientos de la historia de Europa.

_ Estoy muy de acuerdo contigo, ya que coinciden además de la caza de brujas, el comercio de esclavos y la colonización del Nuevo Mundo, los procesos contra moros, judíos y protestantes españoles -añadió del Corro al tener que despedirse y cumplir son sus obligaciones-.

Era evidente que Francisco vivía en el siglo de las luces, pero también en el siglo del dolor, la esclavitud y la tortura. ¿Intentarían torturarle hasta perder el juicio? ¿Estaba preparado para eso? Creía que sí. Durante treinta años Francisco de Atondo había ido guardando su corazón y afirmado su fe cuando arremetían contra él. Recordaba siempre vivas las estancias de los inquisidores en su palacio que fueron momentos de su estudiada astucia y sagacidad. La condición de noble, Licenciado en leyes y procurador en Cortes le había dado la suficiente riqueza para vivir sin trabajar, que era la aspiración de la nobleza, y también ciertos privilegios e impunidad. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no buscaba honores ni riquezas. No pertenecía a ninguna Orden de Caballería, no buscaba función militar de nobleza, ni había sido hechizado por el color púrpura del señorío, sino que se dedicó al ejercicio profesional y a sus actividades secretas.

Esta forma de vida metódica y organizada fue vista tan pronto como el primero de visitadores del Santo Oficio, el Inquisidor de Valladolid, Blanco Salcedo, pisó el palacio de los Atondo. Francisco de Atondo era frugal, reservado, prevenido.

Mostraba solicitud y encanto, pero no excedía de lo supuestamente correcto.

_ Con un hombre tan peligroso como el Inquisidor en casa, confianzas las justas, -había advertido Francisco a todo su servicio-.

En realidad, toda aquella parafernalia y liturgia protocolaria promovida por el visitante Inquisidor le resultaba excesiva. Pudiera parecer normal y oportuna la actitud de Blanco Salcedo, acostumbrado a los honores, pero no para una Tudela siempre rebelde con los inquisidores que no estaba dispuesta a tanta sumisión. Sin embargo, tras el protocolo, había un mar de intenciones veladas en Blanco Salcedo como luchas fratricidas, envidias y ambición, dinero y poder, ocultos tras aquellos santos edictos y condenas contrarias a la piedad cristiana.

Blanco Salcedo comenzaba su carrera como Inquisidor del Tribunal de Valladolid y era una persona preparada, con estudios universitarios, que ambicionaba vanidades y mayor gloria. Para conseguir el éxito en sus visitas a otros tribunales como el de Logroño, solo necesitaba paciencia y añadir una vasta experiencia en procesos con matices teológicos para llegar a la Suprema o a mejores puestos eclesiásticos. Por eso necesitaba diplomacia. Lo de vigilar la pureza de la doctrina católica era un mero pretexto para controlar y manejar otros intereses.

Blanco Salcedo comunicó su llegada al obispo de Logroño con todo el protocolo oficial y agradeció la acogida que le habían dado en Tudela. Nombró muy especialmente a Francisco de Atondo que le había preparado el primer piso del palacio para él y sus sirvientes. El obispo había mandado a dos canónigos representando a la ciudad, un corregidor y un deán

acompañado de otros caballeros de la ciudad agradeciendo su visita. El Inquisidor Blanco Salcedo de nuevo agradeció al obispo tales deferencias. También el deán y el corregidor, recibieron las notas de gratitud por tener en tan alta estima la Institución del Santo Oficio. Todo dentro de los manejos políticos habituales.

Siete días después de su llegada el Inquisidor Salcedo comenzó su estudiado espectáculo del pregón del edicto.

_ Quiero que pidan al cabildo de Tudela, que empiecen a sonar las chirimías, las cajas y tambores por toda la ciudad para pregonar el edicto, -había indicado el inquisidor con pose de mando, a su secretario.

_ Lo que Vuestra Ilustrísima ordene, -manifestó complacido el secretario que también quería ser protagonista.

_ Me gustaría salieses a caballo, acompañado de los familiares inquisitoriales de esta ciudad y cuando estéis en la plaza, frente al Consistorio, proclames el primer pregón, -indicó el visitante Inquisidor, exigiendo un máximo interés en la publicación-.

_ Así lo haremos frente al Consistorio y si Vuestra Ilustrísima lo ordena, lo haremos también por las partes más comunes de la ciudad, -añadió el secretario en tono servicial y oficioso-.

Al día siguiente el Inquisidor, dio aviso de su presencia al Corregidor de Tudela. Facultó el encargo al comisario inquisitorial, el Licenciado La Torre, llegado desde Jaca, para traer al Corregidor tudelano a su presencia e indicarle sus disposiciones.

_ Como es preceptivo, a las ocho de la mañana estaréis en este palacio de los Atondo, para que, con los regidores y

otros caballeros, me acompañéis hasta la iglesia y asistáis a la publicación del Edicto, -había indicado Blanco Salcedo con aparente respeto-.

_ De muy buena gana haré lo que se me pide, -respondió el Corregidor fingiendo simpatías-.

_ Además de Vuestra Excelencia, estarán el deán y el cabildo, que saldrán a recibirnos a la puerta de la iglesia.

El inquisidor visitante Blanco Salcedo obraba como un dios. Manejaba las autoridades civiles y eclesiásticas como si fueran sus lacayos que se sometían y hasta le adulaban. En conversación privada, había confesado el Corregidor que ningún Inquisidor había hecho tal cortesía, pues en Tudela siempre habían recibido demandas y algún rechazo a que los inquisidores saliesen acompañados de canónigos y dignidades. Esto no preocupó a Blanco Salcedo, sintiéndose autoritario en su posición.

_ Haga que el cabildo mande tocar las campanas a las ocho de la mañana, para que vengan a escuchar el sermón. Lo predicará el prior del convento de Santo Tomás de la Orden de Santo Domingo, -indicó a su secretario-

El Inquisidor parecía controlarlo todo. Era verano y el sol calentaba sin molestar. A las ocho de la mañana del día siguiente, a las puertas del palacio de los Atondo, una comitiva de hombres vestidos de colores pardos y oscuros, hacía resaltar los penachos, las medallas y los pendones multicolores. Solo el inquisidor vestía sotana y manto de escarlata con bordes de armiño. El martillear de los cascos de los caballos sobre el pavimento se oyó por toda la ciudad.

Un crucifijo se adelantaba a la procesión a la que se le había añadido un calificador del Santo Oficio. El Inquisidor bajo palio color escarlata, era acompañado del Corregidor, Regidores, Caballeros y Familiares del santo Oficio de Tudela. Entre los caballeros estaba Francisco de Atondo, que al llegar a la iglesia lo pusieron entre unas dignidades menores que eran el chantre, el tesorero y los canónigos. Ellos le acompañaron hasta el asiento que el cabildo había reservado y todos se inclinaron cuando el Inquisidor subió a lo alto de las gradas del altar mayor al lado del Evangelio.

## 1

Allí, sobre una alfombra islámica de Casasimarro, se alzaba el inquisidor en una silla, profusamente tallada con ornamentaciones animales y almohada de terciopelo carmesí. Al lado de la silla, dos bancos cubiertos con alfombras, para los oficiales y demás ministros. Al "ofertorio" de la misa, leyó el Edicto el secretario y después predicó el prior de Santo Tomás.

El prior era un hombre mayor, pero con suficiente voz para ser oído en toda la iglesia y enseñar con autoridad. Hombre de profunda ciencia y espiritualidad destacaba por su sencillez aún más profunda. No tenía nada de esa sapiencia que hincha, tenía mucho de la tolerancia que edifica. Si le conocías un poco, veías en él delicadeza, inocencia, bondad, todo ello junto a una consumada ciencia que parecía infundida del cielo y que superaba las posibilidades humanas. Llevaba gobernando el monasterio durante mucho tiempo con tanta prudencia que su recuerdo se agrandó cuando fue destituido.

Fue un estudiado sermón sobre la continua mudanza de las cosas terrenas. Al principio muy erudito, lleno de citas y figuras retóricas. Sorprendía a medio sermón que no hubiese arremetido contra los herejes, ni hubiese entrado en asuntos de doctrinas. Quizás temiera una mala interpretación que pudiera perjudicarle.

Exponía con potente voz fray Gracián:

_ David dio por título a un salmo: Pro his qui mutabuntur. Y San Basilio declarando este título dice que se entiende de los hombres, cuya vida es una perpetua mudanza; la traslación de Aquila dice *pro foliis*, la de Símaco *pro floribus*; de suerte que a quien nuestra Vulgata llama *mudables*, llaman estos dos intérpretes *flores* y *hojas*, las cuales entran en el número de cosas mudables: la flor con el frío se hiela, con el calor se marchita, y, como dice Job, dura muy poco en un ser. Y las hojas las lleva el aire.

_ Cristo nuestro Señor curó a un ciego, y preguntándole si veía, dijo: Veo hombres que andan como árboles. Glosó este lugar San Pedro Crisólogo: "No ve, dice, a los hombres como columnas quedas y firmes; porque aquellos a quienes Dios da ojos y los toca con los rayos de su luz miran con tal desengaño, que ven que los hombres no son pilares ni columnas firmes, sino árboles que con cualquier viento se menean".

_ Este mundo es semejante al juego de la pelota, donde por momentos pasa de unas manos a otras sin detenerse en ninguna, como pasan los Reinos, los Imperios, las haciendas y todos los bienes de esta vida.

El prior, en ese instante del discurso, paró a respirar porque se ahogaba. Carraspeó. Estiró el alzacuello. Se secó el sudor y continuó en un tono más suave.

_ Y danos a entender con esto, la brevedad y mudanza de la vida, de lo cual está dicho mucho y declarado con diferentes comparaciones para que se entienda mejor. Homero comparó nuestra vida a las hojas del árbol, que, cuando mucho, dura un verano. A Eurípides le pareció mucho, y dijo que la felicidad humana bastaba que tuviese nombre de un día; reprendiéndole esto Demetrio Falareo, pareciéndole que bastaba dar el nombre de instante. Platón la llamó sueño de gente despierta. A Juan Crisóstomo le pareció demasía y la llamó sueño y borrachera de hombre tomado de vino; porque como éstos, entre sueños, se imaginan reyes y señores. Así hay hombres que se desvanecen en esta vida y se imaginan o sueñan lo que no son.

No parecía un discurso propio de un Edicto de gracia. No había despertado la conveniencia de producir arrepentimiento, ni dolor de haber ofendido a Dios y al Santo Oficio. El Inquisidor no veía en el orador aquellos efectos dramáticos que hacían golpearse el pecho a la gente y salir gimiendo de la iglesia por sus pecados. Sin embargo, parecía un discurso aseado y docto para alguno de los más cultivados como Francisco de Atondo. Este lo escuchaba con devoción y sin duda le parecía una buena enseñanza. Continuaba el predicador:

_ A otro Filósofo pareció que llamar sueño a la vida era ser algo y la llamó sombra de cosa soñada. Esquilo la llamó *umbra fumi*, sombra de humo, que siendo el humo poco más que sombra, no será más que ser sombra de una

sombra. Plutarco: *Punctum temporis est vita hominis:* es un punto y, no sabe la Filosofía, cosa que menos pueda dividirse. Y en el libro de la Sabiduría se compara la vida a la sombra, al correo que pasa corriendo, a la nave que corta el mar con viento próspero sin dejar huella, al ave que pasa volando y hace con las alas algún ruido.

El fraile prior se fue perdiendo en disgregaciones y comentarios diversos. No se sabía que quería decir cuando citó a San Ambrosio. Decía:

_ La palma de la gloria no se da a quien en vano se jacta de grandeza sino a quien, humilde, acordándose de que es tierra, se envuelve en polvo y se humilla hasta la nada.

Parecía el discurso de la gloria de los humildes y de los mártires. ¿por qué no citaba al Santo Oficio y le daba a la Inquisición la palma de la gloria por ser la defensora de la fe? – se preguntaba enojado por dentro el Inquisidor Blanco Salcedo- ¿Por qué no exaltaba el orden y la unidad que propiciaba la Iglesia? ¿Por qué no urgía y denunciaba el daño que los herejes infringían a la unidad y la paz del Reino? ¿Sería este prior un hereje como lo había sido el arzobispo Carranza?

Rumiaba venganza el Inquisidor. Le cansaban los sermones sobre la Escritura Sagrada. Prefería la teología del poder. Dios había hecho al hombre para que dominara la tierra y la iglesia debía de ser la triunfadora en el mundo. La iglesia enseñaba ser la única Maestra y nadie podía interpretar, como lo había hecho el prior.

Francisco de Atondo estaba rebosando de gozo por aquel sermón de fray Gracián, a quien conocía personalmente. Pero también estaba preocupado por las consecuencias. ¿Cómo se había atrevido a predicar sin antes haber exaltado la nobleza, la

realeza y autoridades eclesiásticas aunque no mereciesen ese honor? El Inquisidor no se lo perdonaría. Quizás fray Gracián lo hiciera al final del discurso. Pero no fue así. El prior habló de la necesidad de cultivarse y leer. Se había arrojado a tocar otro de los temas prohibidos. La lectura suponía un peligro para las mentes más despiertas y libres. Entonces, casi todos los libros estaban prohibidos.

_ No he abandonado la lectura, – prolongó un silencio y continuó el fraile prior- creo que me es necesario leer. En primer lugar, para no confiar enteramente en mis opiniones y, además, para que, en vista de lo que los demás han encontrado, pueda juzgar y descubrir algo a mi vez. [...] No conviene escribir siempre, ni leer siempre; lo primero sería fatigoso y agotaría nuestras fuerzas, y lo último las aflojaría. Necesario es hacerlo alternativamente, templar lo uno con lo otro, de manera que la pluma forme un cuerpo de lo que la lectura ha recogido en diferentes parajes.

_ Debemos imitar en esto a las abejas, que vuelan por todas partes para libar en las flores lo que es conveniente para hacer la miel; enseguida lo llevan a las colmenas y lo depositan en los panales y, como dice nuestro Virgilio: «Liban la miel / y depositan el dulce néctar en celdillas». [...] Debemos imitar a las abejas y poner por separado lo que hemos recogido en diferentes lecturas. De esta manera se conservará mejor después, cuando los diferentes jugos den por nuestro trabajo un sabor compuesto de todo ello.

¿Era herejía lo que predicaba el prior o llamaba a escoger las lecturas? El Inquisidor estaba convencido de que las abejas como los hombres, no debían volar por todas partes, ni libar de flor en flor. Debían sujetarse a lo que la madre iglesia y maestra

de la vida enseñase. Si así no fuese, ellos sobraban. Los Tribunales dejarían de existir. La religión quedaría en manos de los libros y su libre interpretación; sin doctores, sin obispos, sin Papa, sin jerarquía, sin colores púrpura y escarlata. La Biblia tenía toda la verdad, pero la verdad solo debería dictarla y proclamarla la iglesia. Solo la iglesia era la poseedora del misterio, de lo sagrado, de lo sobrenatural. Por eso al final del acto solemne de proclamación del Edicto, el Inquisidor quiso que dos canónigos y un capellán diesen la paz.

La paz para el Inquisidor significaba la comunión de ideas o de fe. Por eso fueron a darla a un obispo que se había sentado en el Coro y también a otro Inquisidor que acudió a la ceremonia. Ambas autoridades salieron de la iglesia con el Inquisidor visitador Blanco Salcedo. Tras ellos el Corregidor, los Regidores, Caballeros y Familiares del Santo Oficio que le acompañaron de vuelta hasta el palacio de los Atondo.

El domingo siguiente, se volvió a leer y publicar el edicto de anatema en la iglesia mayor, por el secretario. Desde uno de los púlpitos se oyeron aquellas duras palabras a los culpables de herejía que, en el plazo de quince días, se presentasen ante el Inquisidor. Eran tan horribles que ni denunciándote a ti mismo como hereje, bastaba para beneficiarse de las condiciones del Edicto de anatema: *"Nos los inquisidores contra la herética Pravedad y Apostasía en esta ciudad…".* Después venía una larga lista de herejías atribuidas a los moros y judíos, moriscos y marranos, luteranos o reformados principalmente. Era también una larga lista de maldiciones contra la vida y la eternidad de los hombres, deseándoles lo peor, dejándolos en manos del diablo. ¿Hasta dónde iban a llegar los inquisidores blasfemando

contra los hombres y contra Dios? ¿No entendían que también Dios era misericordioso?

Francisco de Atondo, aquella noche en la prisión, se había vuelto a acordar del Comisario la Torre, porque aquel día del Edicto lo había saludado. Sí, ahora sabía quién era aquel feroz perseguidor. En Jaca había entregado a las autoridades al maestro Juan Esteban. Este maestro –señalaban- representaba "un verdadero peligro" para los niños, porque enseñaba la doctrina cristiana. Decían que les leía los Evangelios. Lo habían quemado en Logroño por luterano.

Francisco volvía a recordar al Comisario La Torre, pero estaba seguro que nunca había entregado regalos a ninguno de sus espías, para que hiciesen la vista gorda. Recordaba que el Comisario era muy asiduo de la noche. Hacía sus guardias dando el alto a todo el que se asomaba por la frontera, pero Francisco casi siempre actuó de día, pasando a mucha gente en su confortable coche flamenco. Ese era su secreto de supervivencia. Nunca arriesgó sin estar bien informado.

## 2

Era evidente que Fray Gracián había dulcificado la historia. No parecían los herejes moralmente tan malos ni parecían exaltadas las bondades del Santo Oficio. Como expositor había hecho gala de rigor exegético, pero no había sido objetivo proclamando la verdad de la Iglesia. Una verdad que estaba en posesión de los vencedores y una moral que estaba por encima de las acciones humanas, cuyo valor en estos días estaba a merced del malévolo malsín. El inquisidor Blanco Salcedo hizo pasar a su despacho a un denunciador secreto llamado fray

Jerónimo de Moreruela que venía a informar de algunos secretos de fray Gracián. Más que delitos secretos eran malas intenciones e intereses propios del malsín con el fin de promocionarse. Había tenido envidia de fray Gracián por predicar ante gente tan importante, nada habitual en Tudela. Era un mentiroso soplón que en estos tiempos de despotismo y terror resolvía de inmediato el problema de aquel inquisidor indolente y presuroso por condenar al fraile prior.

Blanco Salcedo había aprendido a usar a los malsines en forma menos recatada aún que los tribunales griegos y romanos. Usaba a los “garduños” de manera que dijesen lo que él les insinuaba o incitaba a decir. La gente envidiosa y alcahueta era usada sin rubor por Salcedo para atacar a sus enemigos con denuncias infundadas y extrañas.

_ Creo que quiere declarar sobre fray Gracián que tiene familia morisca y condenada por hereje o apóstata. – se apresuró a predecir Blanco Salcedo en tono amable y consentidor-

_ Sí Excelencia; fray Gracián tiene confesado tener parientes de sangre mora- contestó fray Jerónimo como queriendo descargar su conciencia-

_ Es evidente que se lo ha confesado a vuestra merced en secreto, -indicó el inquisidor ayudando en la respuesta-.

_ Creo que, aunque está bautizado siempre ha sido un hombre sin adoctrinar, -se atrevió a decir fray Jerónimo ante los gestos consentidores y de empatía del inquisidor-

_ ¿Cree vuestra merced que fray Gracián ha llegado a ser prior sin merecimiento? –insinuó el inquisidor-

_ Creo que nos dejamos llevar por su fuerte poder en la gobernanza del convento y nos acomodamos a él.

_ No dudaría, entonces, en decir vuestra merced que fray Gracián profesa la religión de sus mayores secretamente, -afirmó Blanco Salcedo-. Contésteme con un sí o un no.

_ Si.

Blanco Salcedo había planteado el problema de descargar la conciencia ajena con una tosquedad que rayaba en la brutalidad y desvergüenza. Se había dado cuenta de inmediato que la envidia corroía a aquel fraile esquelético con hambres del espíritu. No necesitaba meterse en honduras teológicas. Le bastaban las insinuaciones de fray Jerónimo para encarcelarlo y dar un escarmiento al viejo prior Fray Gracián. No tenía que preocuparse por la violencia del populacho ni por ordenanzas del rey o la Suprema. Fray Gracián era demasiado insignificante y fácil de aplastar.

El maquiavélico Blanco Salcedo no estaba para sermones moralizadores en medio de tanta deshonestidad y rivalidades en que se había convertido la Inquisición. Él era la verdad absoluta y fray Gracián era un grosero error, lleno de malos argumentos para subsistir y estaba sobrado de beatería intelectual. ¿Por qué no había hecho un discurso contra los errores de los herejes? Debería haber callado sus opiniones sobre la lectura que estaba prohibida en la mayoría de los casos. Si no estaba conforme, no debía haber parecido un enemigo beligerante escondido entre la exégesis de las Escrituras.

Fray Gracián pagaría las consecuencias de contrariar al poder, pero el fraile había demostrado que no había sido aún envenenado por el silencio, por el callar encubridor. Era enemigo de aquellos hábitos que se estaban infiltrando en la sangre a los españoles, lacras que perdurarían en los genes de

la españolidad: “Del rey y la Inquisición chitón”. Pero sobre todo no había acudido a las conductas de soplonería malsina, denuncia secreta, ventajismo oficial o fanatismo. ¡Cuántos españoles pertenecieron a la casta de los denunciantes públicos, del odio a grupos raciales o ideológicos! ¡Cuántas veces el pueblo guiado por hombres religiosos y violentos, irrumpía en las aljamas y juderías, haciendo grandes matanzas y saqueos!

Fray Gracián predicaba para los que se creían cristianos y no lo eran. En estos su conducta no resplandecía el glorioso ejemplo del profeta de Nazaret, ni por su boca hablaba el Espíritu de Verdad. Predicaba solo para los alejados de la fama y no habían sido seducidos por el color púrpura, de cuantos vivieron y murieron ignorados del mundo y conocidos tan sólo de sus amigos íntimos y bendecidos únicamente por quienes de sus manos recibieron beneficio. Cristianos que con su virtud glorificaron la religión y hubieran también sido, de seguro, ornamento de cualquiera otra fe que hubiesen profesado, porque su espiritualidad prevalecía sobre sus creencias.

_ Los cristianos verdaderos siempre fueron exigua minoría entre los millones que nominalmente ostentaban ese título, -señalaba muchas veces fray Gracián en sus conversaciones-.

Sin embargo, todavía se podían descubrir cristianos en los púlpitos, como lo había hecho fray Gracián y también en los bancos de la iglesia como Francisco de Atondo.

_ Aunque su número decrezca de día en día, aún seguirán apareciendo cristianos verdaderos en los palacios y en las chabolas, en las casas y en los monasterios, sin importarle

la pujanza del materialismo, los intereses mundanos y la hipocresía social, -repetía constantemente fray Gracián-.

_ Cuando una sociedad llega a convencerse a sí misma de que es dueña absoluta de la verdad, corre el peligro de creer que es justa la mayor injusticia de todas: el desconocimiento de la dignidad ajena –*summa iniuria-,* -había escrito fray Gracián en un *Tratado de Moral*, con sabor a jansenismo francés y un toque de nacionalismo navarro-.

Consideraba este viejo prior en este *Tratado de Moral*, que, por encima de las torturas y la muerte para arrancar la herejía, debería permanecer inalterable el deber humano hacia esa esencia del hombre mismo que es su religión. Muchos cristianos se veían arrastrándose por los caminos, desdichados, desnudos, descalzos y llenos de piojos, muertos de hambre. Pero, en el dolor de su alma, pensaban: "ved qué desventuras, qué plagas, qué deshonras ... vinieron del pecado de creerse en la verdad". Crímenes y persecuciones que padecieron los israelitas y moros en tierra de infieles y también los protestantes españoles en su misma tierra. ¿Por qué no había escuchado Dios, el Señor de las misericordias, aquellos ruegos inflamados de piedad? ¿Qué pecados escondidos no conseguían clemencia a sus aflicciones? ¿Cuándo Dios, en gracia a los que sufrieron, iba a decir: ¡basta ya!?

El inquisidor Blanco Salcedo emprendió su marcha por otros lugares de Navarra después del Edicto de Gracia y de Anatema. Tras de sí fue dejando un reguero de desolación. Buscaba como un hurón casos de luteranismo que le hiciesen ascender con prontitud puestos en su escala clerical y le distinguiesen como

teólogo. La zona estaba prevenida para esta visita, pero, aun así, encontró suficientes faltas y herejías que condenar.

En Nájera encontró varios luteranos y moriscos que fueron quemados. Fernán Sánchez de Uruñuela, cura de Uruñuela, vecino de Nájera, también pereció en la hoguera. En Anguiano, Salinas, Alesón, Orduña y Agreda varias personas habían sido quemadas y condenadas a cárcel perpetua. En Labastida, Cornago y Castañares varios moros habían sido condenados por cantar zambras y leilas. En Treviño, Yanguas, Enciso y los Arcos aparecieron libros prohibidos e islamismo. En Calahorra llegó a quemar al clérigo Luis Gómez, clérigo beneficiado de la iglesia de Santiago en esta ciudad. Sobre todo, pagaron las máximas penas los judaizantes Martín Pérez y Pedro Morales. En Jubera, Exea, Argüera, Ozana, Carratón, Redecilla del Camino, Fuenmayor y Navarrete, en todos estos lugares encontró gentes que relajar y encarcelar. En muy poco tiempo tenía amontonadas más de quinientas causas, que añadía al tribunal de Logroño.

Antes de marchar definitivamente de Navarra, Blanco Salcedo, quiso hablar con fray Gracián y saber qué argumentos aportaba a su defensa. Le producía una insana curiosidad ver defender su inocencia. Sospechaba que se escudaría en pruebas morales, ya que, por la torpeza expresada en su sermón en Tudela, no le hacía parecer hábil, brillante, inteligente, ni muy exitoso. Fray Gracián había quedado casi indefenso y era muy difícil salir fortalecido del trance y las artimañas del inquisidor.

_ Ha sido acusado de andar en la secta de Mahoma y tener parientes moros ¿Qué tiene que decir? –preguntó Blanco

Salcedo, sabedor de aquella acusación zafia, maliciosa y maligna-.

_ Es una denuncia falsa, que no se sostiene por ninguna de las partes. Ni conozco nada de Mahoma, ni he tenido parientes moros. No se puede hacer más fuerte el argumento más débil, diciendo que soy hábil al hablar y he convencido a todo el claustro del convento. No me reconozco en esa acusación, porque siempre digo la verdad.

_ ¿Piensa que han urdido contra vuestra merced esos engaños? –volvió a preguntar más benévolo el inquisidor-

_ Quien acusa tiene mucha más culpa que si yo tuviese familia de moros, pues ya he sufrido en mi persona un castigo que mis ideas y mis inquietudes no merecían, -afirmó rotundo fray Gracián-.

El inquisidor pudo percibir en el tono de las palabras que fray Gracián no iba a callar ni someterse tan fácilmente. Sin tiempo para una larga disputa, ni tampoco para dar un castigo ejemplar al fraile, dejó todo en manos de los de Logroño. Su ambición también le hizo ser prudente y como si fuese un consejo para que no volviera a ocurrir, le dijo como cortesía.

_ Los inquisidores solo hacemos el trabajo que se nos encarga, para impedir, disuadir y reprimir la herejía. Para ello hacemos lo que consideramos más apropiado en cada momento.

Blanco Salcedo abandonó Navarra, pero el dolor que dejó en tantas personas no se olvidó jamás. Fray Gracián pronto volvería al convento destituido de su cargo, pero sobre todo lleno de tristeza, mucha desesperanza y continuo dolor físico al sentir sus huesos descoyuntados cuando había sido torturado. Ahora consideraba la vida corta de días y hastiada de

sinsabores y por eso siempre seguiría predicando aquel sermón sobre la continua mudanza de las cosas terrenas.

## VALLADOLID 1558.

Valladolid en aquellos días era mucho más que una ciudad grande. Era como un conjunto de deseos, signos del lenguaje de los hombres libres, lugar de trueque de palabras, de imágenes, de magia y de religión. Las mercancías de todo el orbe llegaban a las plazas y los mercados para satisfacer deseos mundanos, pero también otras riquezas para el alma. Los conventos inmóviles y austeros, de fachadas de piedra blanquecina, usada por el tiempo, convertían los callejones y algunas avenidas en espacios de recogimiento. Solo las gárgolas y los dinteles de los antiguos palacios te asaltaban con las figuras de los demonios y basiliscos.

Todo el conjunto daba identidad a una época. Eran días impregnados en el aroma de la canela y en el agobiante repicar de campanas. El grito de los vendedores ambulantes, los olores a especias picantes, el almizcle de los perfumes o la grasienta fritura de las torrijas, desbordaban los sentidos de Francisco de Atondo. Le gustaba al hidalgo vivir en Valladolid. Le gustaba aquella liberalidad y generosidad, los valores y las formas con que se manifestaban la religiosidad o la rebelión, los prejuicios o aquellos piropos risueños y soeces.

Sin embargo, el mundo real de Francisco tenía muy poco en común con los demás mortales. Mientras las cosas del mundo se forman con nuestros propios delirios y ambiciones terrenales, Francisco miraba siempre hacia dentro, veía desde

lo más íntimo otras realidades menos tangibles. Para él como para el poeta, somos algo más de lo que vemos, algo menos de lo que inquirimos. ¿Era Francisco un visionario o un calculador?

_ Estoy convencido que en estos años cincuenta, triunfará la Reforma protestante en España, -decía Francisco en una de las conversaciones que había tenido con el Licenciado Herrezuelo cuando este venía a Valladolid desde Toro-.

_ Muchos de los nobles y gentes de letras se han unido a la nueva piedad, pero la represión inquisitorial es constante, -contestaba Herrezuelo-.

_ No siempre podrá encadenar las conciencias con la facilidad que lo hace con los pobres y sometidos. Hay clases de nobles que no se juntan con el vulgo. Tienen sus propios capellanes, sus propios predicadores, sus contactos con obispos y jerarquía. Es un mundo cerrado y difícil de ser controlado por la Inquisición, -entendía Francisco-.

_ Y esa separación de los nobles e intelectuales es lo que ha hecho crecer el movimiento reformador en España. Tienes bastante razón en lo que dices, -confesó Herrezuelo-.

_ Entonces también crees que no es un espejismo el triunfo de la Reforma. ¿Supones que tiene bases reales la nueva espiritualidad evangélica? ¿No son precisamente los nobles los que quieren mantener el mismo estado de las cosas, sin cambios, sin revoluciones? –volvió a dudar Francisco-.

_ Desconfío que pueda triunfar una Reforma sin que el pueblo oprimido, vigilado y explotado la apoye. Pero sigo pensado que en algún momento el pueblo se emancipará del control clerical, -indicó Herrezuelo que cortó la conversación ante una extraña llamada a la puerta-.

Recostado sobre el camastro de la lúgubre mazmorra inquisitorial, recordaba con nostalgia Francisco, aquellos años esperanzados y felices. Allí dentro de la cárcel perdía la sensación del tiempo, y degustaba sus pequeñas batallas y su papel de protagonista. Eran años de enorme trajín por los bacheados caminos de herradura castellanos. Entonces trabajaba en combinación con Julián Hernández "Julianillo". Era el mensajero de infinidad de cartas secretas llegadas desde Europa con proyectos evangelizadores. También desde España se demandaban libros de todas las clases que se imprimían en Europa. Era un correo ambulante al que se esperaba con ansiedad.

Cuando llegaba Francisco de Atondo a Valladolid y visitaba el convento cisterciense de las monjas de Belén, sentían aquellas mujeres una alegría desbordada. No era solo la presencia de un amigo que traía novedades, era la jubilosa sensación de nuevas victorias. Eufrasina de Mendoza, monja de Santa Clara, también solía tener cartas. Los dos conventos eran favorables a la reforma evangélica. Allí predicaba Carlos de Seso y algunos días también Agustín de Cazalla. Sobre todo, eran habituales del convento fray Domingo de Rojas y Juan Sánchez que ejercían de pastores luteranos.

En aquellos claustros, parcialmente abrazados a la Reforma, la actividad era intensa. Se podía comunicar con el mundo exterior. Eran muchas de aquellas monjas, gente noble y adinerada. Seguían teniendo los privilegios de la nobleza, aunque al ser espacios para la piedad, el Santo Oficio podía juzgar delitos relacionados con la fe. Varias veces habían visitado para interrogar a Eufrasina de Mendoza por ser italiana y haber conocido al reformador Juan de Valdés. Eufrasina era

una mujer atractiva, pero era su nobleza natural el encanto que duplicaba los atractivos de su belleza.

La Inquisición había magnificado el hecho de que Eufrasina conociese a Juan de Valdés, pero se alarmó más por sus escandalosas dudas sobre la presencia de Cristo en la eucaristía.

Decían que había tratado de quemar un crucifijo, después de haberlo escupido y maltratado. Sin embargo, no había sido ella, sino otra monja medio loca. Era innegable que leía constantemente la Biblia y rechazaba a las religiosas que decían tener visiones o sostener ostentosos ayunos. Reprendía a quienes se habían lanzado a la necedad de vomitar sangre y presentar llagas en el rostro, acompañadas de paroxismos y gritos. Llamaba a aquellas monjas "iluminadas", pero siempre con dulzura y por su bien. Temía que se hicieran daño a sí mismas.

El confesor y capellán había ido reuniendo información de los desahogos de algunas monjas reacias y preocupadas por las nuevas directrices en la piedad del convento. Se cantaban los salmos en latín, pero después se comentaba el contenido de aquellas lecturas. Se había perdido la piedad a las imágenes de la Virgen. Sor Trinidad se había quejado constantemente de las nuevas formas de piedad en el Coro y manifestaba diariamente sus escrupulosas tentaciones. Creía que se estaba volviendo loca.

_ Confieso no poder vencer las sugestiones del demonio, -revelaba en confesión al capellán-

_ ¿Cuáles son tus dudas, hija mía?

_ Principalmente contra los artículos de nuestra Santa Fe.

_ ¿A cuáles te refieres?

_ Principalmente contra los de Dios y de Cristo nuestro Señor y los que pertenecen a la Virgen.

El capellán había sido sorprendido por semejante confesión. Aquellas frases parecían oler a apostasía. ¿De qué herejía se estaba acusando? Estaba acostumbrado y hasta había reído las ridículas confesiones escrupulosas de muchas de las monjas. También sufría en confesión aquellas escenas curiosas que asaltaban a sus monjas. Sabía de los demonios que entraban en sus cuerpos para seducirlas y hasta violarlas.

_ No te asustes al notar el lastre del pobre cuerpo y de las humanas pasiones: sería tonto e ingenuamente pueril que te enterases ahora de que "eso" existe...- indicaba repetidamente el capellán en confesión, conociendo a cada una y sabiendo de sus visiones-

Sonreía con disimulo aquellos tics de cabeza como indicando “fuera” “fuera” porque decían ver al cura desnudo en la misa. ¡Le habían confesado tantas fantasías! Eran pensamientos que iban y venían, aparecían y desaparecían fugaces. Otros eran persistentes. Las ideas que fluían en la red compleja de ramificaciones de sus cabezas, eran un misterio irracional de seres atormentados. Aquellas mujeres eran únicas e irrepetibles. Veían las cosas más normales como algo turbio que las afrentaba. Sin embargo, lo confesado hoy al capellán era otro asunto.

_ ¿A que artículos de la Fe te refieres concretamente, hija mía?

_ El maligno me incita a quitarme el rosario, arrojar las reliquias, azotar un Santo Cristo, comulgar sin confesar, sacar la sagrada forma, darla de puñaladas y freírla en aceite.

_ ¿Porque sientes estas cosas? ¿Quién te ha sembrado tanta duda?, preguntó el asustado confesor.

_ Sor Eufrasina dice que solo debemos confiar en Cristo. Él es el único que perdona nuestros pecados. Todo lo demás son ritos y ceremonias sin valor.

El capellán calló. No volvió a insistir en sus pesquisas de conciencia. Entendió que eran algo más que escrúpulos aquellas extrañas formas de pensar y actuar. Debía de ser precavido. En un instante se convenció de que el convento de las monjas de Belén y las de Santa Clara eran un conventículo donde se predicaba un Evangelio distinto al de la santa iglesia católica. Habían aparecido congregaciones luteranas formadas por franceses, holandeses, ingleses o alemanes, pero estos conventículos eran de españoles. Esto era lo extraño. El capellán se dio cuenta que tantos días de caza y pesca o preocupado por administrar sus "beneficios", habían contribuido al abandonado de sus conventos. Sor Eufrasina había hecho un buen trabajo entre sus religiosas.

Sor Eufrasina pertenecía al último de los contingentes de reformados que entraron en España. Muchos de los italianos venían huyendo de las persecuciones del Santo Oficio en Toscana, Lombardía, Cerdeña o Venecia. Eufrasina venía del Sur. Concretamente de Palermo. Había escapado de manos de la Inquisición italiana milagrosamente y tuvo el deseo de venirse a España a manifestar su fe. Conocía a personajes emblemáticos como Bernardino Ochino o Pedro Mártir Vermeglio. Sin embargo, era el circulo de Juan de Valdés, en Nápoles, el que le había impactado. La había seducido a la evangelización. Por eso era parte activa en aquel conventículo de monjas formado tras los muros de Santa Clara.

La visitaba con frecuencia Carlos de Seso, natural de Verona, cuando era corregidor de Toro. Era un personaje atractivo don Carlos. Sonreía con facilidad, irradiaba encanto en su figura estirada y noble y sus palabras eran bálsamo para corazones heridos. Siempre tenía un verso o un proverbio de consuelo. Ambos habían conocido a Juan de Valdés, pero habían ido creciendo en conocimiento de la Escritura y leído en otros autores. Ahora las cosas se habían complicado con aquella confesión de sor Trinidad que había atraído a la Inquisición como la miel a las moscas.

Decían que otra mujer, la de un platero de Valladolid, había descubierto la congregación que se reunía en casa de los Vibero-Cazalla. Comentaban que Carlos de Seso y fray Domingo de Rojas habían huido. Circularon rumores en aquel convento de Santa Clara que otra mujer de Zamora, por escrúpulos de conciencia había confesado que el caballero Cristóbal de Padilla era el predicador. La Corte de la marquesa de Alcañices en Zamora había sido reprimida duramente. Nunca se había visto un despliegue de fuerzas reales e inquisitoriales tan poderoso. Prendieron gentes de Toro, la Mota, Hormigos, Pedrosa, Palencia, Salamanca y de otras partes de Castilla. Se llenaron todas las cárceles inquisitoriales y otras más contratadas o confiscadas para tales fines. El terror había llegado a Valladolid en silencio, como la peste negra, como el castigo divino por los pecados de los mortales.

## 1

Francisco de Atondo llegó a Valladolid los días más revueltos. Casi nadie sabía, en aquella primavera de 1558, que

más de ciento cincuenta personas ilustres aguardaban sentencia en los calabozos de la Inquisición. Cuando visitó a doña Juana de Silva, que ahora era vecina de Valladolid, se enteró de la aterradora situación de aquella congregación. Doña Juana era hija ilegítima del marqués de Montemayor. Había nacido y vivido en Toledo. Pertenecía a la nobleza y por eso la Inquisición aún no la había prendido. No tardaría en hacerlo.

El mismo Inquisidor general Fernando de Valdés, a manera del canto del cisne, comunicaba por carta a Felipe II que las presas estaban a buen recaudo, pero una de ellas, doña Juana de Silva llevaba sobre sus hombros el dolor, la desazón y la angustia de toda una casa noble. Francisco de Atondo había conocido a su esposo Juan de Vivero en Sevilla y se habían hecho íntimos. Doña Juana le contaba la manera en que el marqués de Montemayor la había reconocido como hija ilegítima y Francisco le confesaba los problemas que le había causado el reconocer a su hijo ilegítimo Carlos de Atondo.

Se enteraba ahora Francisco que el doctor Cazalla y dos hermanos suyos, clérigos, y dos hermanas suyas y Juan de Vivero, también hermano suyo, habían sido prendidos y encarcelados. Juan Sánchez, criado del cura Pedro de Cazalla también había huido. Se enteró, días después, que había embarcado en una zafra que tenía fletada un mercader flamenco y escapó de los que iban en su seguimiento. Sin embargo, a Francisco le habían dado infinidad de nombres al navío, como que era una coca, otros una burcia y dieron casi todos los nombres de embarcaciones y galeazas, sin poder saber de su destino.

Se enteraría después que había embarcado en Castro Urdiales y se dirigía a Flandes. Se habían encontrado unas cartas dirigidas a Catalina de Ortega cuando fue presa y en ellas se indicaba que se hospedaría en casa del arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, o de fray Juan de Villagarcía, su secretario, que ahora estaban en Flandes, seguro de que lo recibirían con agrado. Indicaban estas cartas, su nuevo nombre, Juan de Vibar, pues se lo había cambiado para no ser reconocido por la Inquisición.

Francisco de Atondo se alegró por su amigo Juan Sánchez que también lo era de su fiel mayordomo Ferrán. Había hecho caso de sus consejos y había seguido una dirección distinta a la de Carlos de Seso y fray Domingo de Rojas que los habían atrapado en la frontera. No tardó en saber Francisco de Atondo que Juan Sánchez, por causa de aquella indiscreción de las cartas, sería apresado en la ciudad de Tubinga. Habían enviado al rey, que se encontraba en Bruselas, sendos avisos de su paradero. Su Majestad había dado las providencias necesarias a don Francisco de Castilla, alcalde de Corte, quien lo prendió y lo condujo con mordaza constantemente hasta el quemadero de Valladolid. Juan Sánchez no quiso confesarse y prefirió ser quemado vivo. Pedía y gritaba a los guardias alabarderos que le aumentaran la leña mientras ardía como bola de fuego.

Los frailes y el jesuita Tabares, que querían reconvertirlo, le habían aconsejado insistentemente antes de quemarlo.

_ Debes decir que crees en la fe católica de la iglesia de Roma.

_ Creo en la santa iglesia católica y apostólica –había declarado Juan Sánchez al jesuita Tablares.

_ Debes decir “católica, apostólica y romana” –precisó el jesuita-

_ Si la iglesia Romana es la apostólica, yo creo en ella, -repitió cansado Juan Sánchez-

_ No habéis de poner esa condición, sino decid que la iglesia de Roma es la apostólica y creéis en ella, - chilló el jesuita comiéndose el grito para no parecer desesperado-

_ Dejadme ya y ponedme en el lugar donde he de estar, -protestó con voz imperceptible Juan Sánchez-

_ ¿No quieres aliviar tu conciencia? ¿No deseas que te demos la paz antes de morir?, -acudieron al rescate del jesuita unos frailes en tropel-

_ Aunque muera sin vuestras mercedes, esta vida presto acabará y nos veremos donde nos gozaremos para siempre, sin que el diablo tenga envidia, ni malicia.

Juan Sánchez, así como Ferrán, el fiel criado de Francisco de Atondo, no eran las personas que aparentaban ser. Eran gentes del renacimiento europeo, aunque hubiese llegado un siglo después a España. Su curiosidad infinita por aprender de la vida y de las letras, habían elevado su baja condición. No eran nobles, ni caballeros, ni hijosdalgo. Su suerte les había llevado por caminos de servidumbre. Sin embargo, Juan Sánchez, en su juventud, había estudiado nada menos que con el comendador griego Hernán Núñez, en cuya casa estuvo dos años. Al cabo de ese tiempo, cansado de las letras, determinó hacerse fraile. Sería su confesor fray Juan de Villagarcía, (al que acudiría tras escapar a Flandes), quien le persuadió de no meterse en convento. Se había ido a Italia al lado de Juan de Valdés, quien lo contrató como amanuense. Juan de Valdés entonces ya casi

no podía escribir. Demasiado tiempo con la pluma en la mano, le habían paralizado los tendones de sus dedos.

Trajo de Italia, Juan Sánchez, las *Consideraciones* manuscritas de Juan de Valdés, en italiano y en español algunas de ellas. Después de traducidas al español todas las *Ciento diez Consideraciones*, las entregó al convento de Belén en Valladolid. Juan Sánchez no era un simple sacristán de un cura de pueblo. Estaba preparado para explicarse con corrección y buena cortesía, mostrar delicadeza de sentimientos y dejar entrever su esmerada educación.

Francisco de Atondo quiso salir pronto de aquel avispero enloquecido de Valladolid. Los familiares de la Inquisición entraban y salían de las casas y palacios como fantasmas. Golpeaban y destruían. Habían llenado las prisiones de lamentos y desdicha, pero seguían amenazando, forzando las delaciones, incomunicando familias enteras, encerrándolas como ganado en sus secretas prisiones. En nombre de Dios y la santa Inquisición se torturaba, se aplastaba a los herejes como víboras venenosas. Así lo había ordenado Inocencio IV en su decreto *Ad Exstirpanda*.

_ Resulta doloroso vivir con miedo, escondiendo y fingiendo adorar vírgenes y santos, sin libertad para proclamar un Dios que no sea de madera, -iba siempre rezando estos deseos Francisco con Ferrán-.

_ Y estar siempre bajo la mirada siniestra de personas que han usurpado el nombre de Cristo. Sin libertad para refutar el más mínimo de esos decretos pontificios, -añadía Ferrán-. Creen que están haciendo un servicio a Dios, -citaba don Francisco las palabras de Cristo en el Evangelio-. No les importa a estos gobernadores de conciencias que seamos

obligados a recitar sus palabras, seguir su culto y sus preferencias. Que vivamos oscilando entre la traición y el miedo, entre la muerte y la vida, víctimas de la tortura por pensar diferente.

_ ¡Cuántas mujeres por el simple hecho de pintarse la cara o vestir de negro las han quemado por brujas! ¿Cuándo se acabará esta larga tragedia?

Francisco de Atondo, siempre entre los colmillos de la voraz Inquisición, después de treinta años de luchas por una nación libre, no se había acostumbrado a la oscuridad intelectual y sobre todo a la aterradora perversión religiosa. Millares de personas habían sido condenadas a muerte por herejes y por el solo hecho de no creer en el sistema de Roma. Esta época se había llenado de incertidumbre e ignorancia, porque las muchas letras te podían llevar a la hoguera. Reyes y plebeyos, pobres o ricos se habían convertido en una generación de torturadores y denunciadores. Eran las persecuciones más sangrientas de la historia. Un holocausto que nunca se podrá borrar del libro de Dios y de los hombres.

El papa en su Decreto para extirpar a los herejes, *Ad Exstirpanda*, prometía a los perseguidores entregarles alguna propiedad confiscada a quien prendiera o asesinara a uno de ellos. Así fue eliminado el gran teólogo luterano Juan Díaz, por su propio hermano, Alfonso, que no hacía mucho tiempo lo había acuchillado. Lo infernal de esta promulgación era que aseguraba el cielo, sin pasar por el Purgatorio. Se oficializaba la tortura contra los infieles al Papa y se inventaban los más sofisticados y crueles instrumentos para martirizar y matar. Desde las alturas de su superioridad moral, todos se sintieron

autorizados a juzgar y se convirtieron en monstruosos verdugos.

El Estado monárquico también usó la Inquisición para saquear los palacios de los nobles luteranos y las propiedades de judíos y musulmanes. Entre la Iglesia y el Estado se repartían los bienes y se culpaban de tanta violencia legal. Cuando acabaron con todos sus enemigos "herejes", persiguieron a las brujas y los demonios encarnados en algún supersticioso e ignorante. Era la tercera ola de santos asesinatos. ¿Por qué el pueblo no se rebeló ante tanta arbitrariedad y falta de lógica? ¿Por qué el mundo intelectual dejó que se quemaran los libros y la Biblia? ¿Por qué se paralizó el progreso? ¿Por qué hasta la misma teología oficial de la iglesia se exponía a la mala interpretación del Santo Oficio? Nadie se levantó en contra de aquel rio de destrucción y muerte que salía de las cloacas del poder. ¡Pobre arzobispo Carranza! Después de diecisiete años de proceso, al navarro Carranza lo habían hecho luterano.

El carruaje de Francisco de Atondo no llevaba un día de camino, en dirección a Tudela, cuando fue interceptado por un comisario de la Inquisición. Dos jinetes vestidos de negro y caballos azabache, escondidos en uno de los cruces de caminos, galoparon hasta adelantarse al elegante coche construido en Flandes. Ferrán, que llevaba las riendas sentado en el pescante, estaba seguro que iba a ser interceptado. Los sucesos de Valladolid, metiendo en las prisiones secretas a tantos nobles y gente importante, provocarían una estampida que llenaría los caminos de fugitivos y también de inquisidores. Le dieron el alto preceptivo en nombre del Santo Oficio y preguntaron al pasajero Francisco de Atondo:

_ ¿Dónde se dirigen vuestras mercedes?

_ Vamos camino de Tudela. Allí residimos – respondió escueto el Licenciado-.

_ ¿De dónde vienen y cuál fue el motivo de su viaje? – interrogaron de nuevo con voz imperiosa para amedrentar-.

_ Como pueden ver llevo el escudo de Navarra en el coche y como Licenciado vengo de representarla en la Corte.

Los familiares inquisitoriales, dieron varias vueltas para comprobar el escudo en el carruaje y observaron el ademán tranquilo de Ferrán y Francisco. No parecían sospechosos y les dieron paso. Con gente noble y relacionados con la Corte solían hacer la vista gorda. Siempre los poderosos tienen mejor salida. Sin embargo, Francisco de Atondo había aprendido que en estos tiempos también los que se creen poderosos, tienen siempre la muerte a sus espaldas. Pero en esta ocasión nadie les volvió a perturbar, hasta llegar a Tudela.

## 2

El proceso inquisitorial contra fray Juan de Villagarcía, había llamado mucho la atención de Francisco de Atondo. En realidad, se dio cuenta que aquella brutalidad empleada en hombres tan relevantes como el arzobispo Carranza y su secretario fray Juan de Villagarcía, solo indicaba que la Inquisición había descubierto la amenaza del protestantismo. Le extrañaba a Francisco de Atondo que en aquella congregación luterana de Valladolid se hubiesen cometido tantas indiscreciones y temeridades. ¿Cómo era posible que dos personas discretas y dignas de confianza como el Licenciado Baeza y fray Juan de Villagarcía proclamasen a los cuatro vientos aquellos comentarios? No solo decían que el

arzobispo Carranza pensaba como ellos, sino que en Valladolid se valía de un libro de Lutero sobre los Profetas. En realidad, tampoco era de Lutero sino de Ecolampadio. ¿No se daban cuenta que el arzobispo tenía muchas excusas y licencias para predicar alguna novedad? ¿No había salido a perseguir herejes? ¿No había estado en el Concilio de Trento defendiendo la justificación por la fe?

Francisco de Atondo temía mucho lo que pudiesen conseguir los inquisidores en los interrogatorios de fray Juan de Villagarcía. Era un personaje menor, pero con mucha información. Le tenía confianza, pero había soltado la lengua con imperdonables referencias a doctrinas luteranas en muchos lugares de Valladolid y también de Navarra y Aragón. Ante los inquisidores Vaca, Riego y Guigelmo tampoco había tenido mucha habilidad con las palabras.

_ ¿Cuál es su nombre? – le habían preguntado al fraile, muy de mañana.

_ Mi nombre es fray Juan de Villagarcía.

_ ¿Qué edad tiene?

_ Treinta años próximos a cumplir- confesó el confiado fraile-

_ Como vemos por su hábito, es fraile profeso de la Orden de santo Domingo.

_ Ciertamente, Ilustrísima. Profeso en san Pablo en esta villa de Valladolid.

Una vez serenado y confiado el preso con estas elementales preguntas, los tres inquisidores comenzaron su cacería de emociones, sentimientos, doctrinas. Acudieron a su conciencia para que descargase sus errores, sus dichos, sus lecturas, sus amistades, sus andanzas por el extranjero. Le advirtieron, le sugirieron con razones piadosas y le señalaron un triste final si

no decía la verdad. Minuciosamente aquellos tres inquisidores fueron componiendo el rompecabezas sobre el arzobispo Carranza y los luteranos de Valladolid.

_ Debe decir la verdad, bajo el juramento que tiene hecho. ¿Cuándo se comunicó o tuvo noticia de los herejes que se han descubierto en estos reinos?

_ No he tenido comunicación de ninguna doctrina. Solo he mantenido platicas con alguno de ellos, sobre un sermón del arzobispo de Toledo tratando de la justicia de Cristo.

El fraile había caído en la trampa mucho antes de lo que esperaban. Era precisamente el arzobispo Carranza de quien querían información.

_ ¿Se refiere, vuestra merced, a la pasión de Cristo y sus azotes?

_ Creo que usaba ese lenguaje a propósito de consolar a los pecadores. Pero además ese sermón del arzobispo fue en Santa Catalina hace más de ocho años.

Dos días después, en la audiencia de la mañana siguiente, el fiscal tenía un pliego de acusaciones. Se le acusaba entre otras cosas de que sabía que cierta persona tenía el libro del profeta Isaías de Lutero, que leía y enseñaba a otros. Que sabiendo que era de un hereje, no lo había manifestado al santo oficio, percibiendo que contenía errores y cismas contra la santa iglesia católica. Fray Juan de Villagarcía salió bien de esta acusación diciendo que el libro donde leía el arzobispo Carranza era de Ecolampadio y suponía que, como entendido en cosas de Inquisición, tenía licencia para ello.

El fiscal también le acusaba de haber repartido unas obras escritas sobre el Salmo "De profundis" y sobre los "Artículos de la fe" que contenían errores y opiniones luteranas contra la

santa iglesia católica. Esta acusación indicaba que el luteranismo de estas obras arrancaba del mismo arzobispo. Se acordaba Villagarcía que los "Artículos" se los había pedido a una monja de santa Catalina, María de Rojas y lo había estado leyendo por unos días. Entendió que el estilo y manera de decir era del arzobispo Carranza.

Fueron sonsacándole con toda paciencia asuntos relativos al *Catecismo Cristiano* de Carranza. Le confesó que lo había comenzado a escribir antes de ir a Inglaterra, pues algunos principios los había expuesto en san Gregorio. Confesó que él había estado con el arzobispo durante un año en Inglaterra y nunca se había enterado de su contenido si era bueno o malo. Una vez que el cardenal Pole le había visitado, le leyó un capítulo sobre la Confirmación y le rogó que quitase algunas palabras que allí ponía. Casi sin darse cuenta el fraile Villagarcía le fue detallando las personas que habían leído el Catecismo: Gutierre López de Padilla, el Regente Figueroa, el Conde de Feria.

Los inquisidores, férreos guardianes de la fe, temían encontrarse con un nuevo nido de herejes mayor que el de Valladolid. ¿Cómo había sido posible que, con todas prevenciones contra la herejía de Lutero desde el primer día, se hubiese contaminado tanta gente? Ahora no podían decir que solo eran herejes extranjeros los que traían las nuevas ideas. Todos eran españoles y en gran número. Además, gran parte de ellos eran gentes nobles y de la alta aristocracia. Entre ellos aparecía el mismo arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza. ¿Qué había sucedido, si con tanto celo habían desplegado todas sus fuerzas por la defensa de le Fe? ¿Por qué no se había doblegado aquella generación con la fuerza y el miedo al

infierno y a las hogueras del quemadero? ¿Por qué la persecución desplegada, no tenía efectos inmediatos, si se justificaban con un poderoso arsenal de ideas? Era demasiado evidente para el pueblo que la iglesia de Roma usó su poder para disfrazar de celo religioso, lo que era vulgar sed de riqueza.

Cuando volvió a Valladolid, Francisco de Atondo, a finales de octubre de 1559, solo encontró miedo y desolación. No se había conformado la Inquisición con quemar a Agustín de Cazalla y toda su familia, que quería acabar con su memoria. Habían derribado sus casas y echado sal en el solar. Habían erigido una gran lápida proclamando su herejía y su castigo. Era un solar maldito, por donde se santiguaban las gentes al pasar. Al transitar por la plaza mayor, todavía se veían sin desmontar las altas tribunas donde el rey Felipe II y su hijo Carlos presenciaran el largo ceremonial del auto de Fe. Los tres pisos de los tablados, separados por columnas doradas, dividían las clases sociales según su rango. La Iglesia y el Estado estaban a la misma altura, en lo más alto. El pueblo, separado por altas murallas de madera ocupaba el suelo de aquella plaza engalanada.

Francisco de Atondo también pasó por delante del quemadero extramuros, el humilladero, puerta del Campo Grande. Simulaba casualidad, como si fuese de camino. Arreaba los caballos de su coche, gritando y llorando barbaridades que no se entendían. Las cenizas de las hogueras de los ajusticiados se expandían en remolinos por el viento frio del norte. Unos días antes, los llantos de los vivos y el olor a vísceras quemadas de los reos, habían amedrentado a todo el pueblo de Valladolid. Francisco de Atondo se ahogaba en angustia y en

sus gestos no ocultaba la aversión ante todos los que se toman la libertad de querer matar la memoria de los hombres. Se inclinaba dolorosamente ante los recuerdos de aquellos hombres que murieron mártires. No quería conocer la amargura de un futuro sin memoria, sin esperanza. Habían matado y quemado a seres humanos indefensos, pero aún no habían inmolado sus sueños y su fe. Aún quedaba un profeta verdadero que tenía suficiente valor para enfrentarse a los miles de tahúres de Baal.

El quemadero reflejaba la agobiante tragedia de unos personajes libres pero complejos para una sociedad simple e ignorante. Reflejaba un campo de batalla que advertía a los hombres la permanente amenaza física en la que viven y sucumben los disidentes. ¿Por qué tenían que terminar convirtiéndose en una antorcha humana los hombres más preclaros? ¿Cómo evitar la violencia en la carne? Seres humanos golpeados hasta la extenuación, humillado su orgullo, violada su conciencia, amenazados todos sus seres queridos por una estirpe sobradamente intelectual y aristocrática, que era cómplice de los peores arrebatos del poder.

_ No, no habían sido las mujeres las delatoras y causantes de la tragedia, -pensaba Francisco de Atondo-. No eran las mujeres seres débiles, aborrecibles y prescindibles. No eran ellas las detestables, ni las representantes del pecado y la perdición. Ellas eran solo las victimas primeras de la barbarie del poder, de la perdida de la razón de los soberbios. Tampoco habían sido los libros prohibidos los causantes de la desdicha. Como mucho, la culpa la tenía una insignificante palabra: “Sola”. Sola Fide, Sola Scriptura, sola gratia, solus Cristus, soli Deo gloria. Por esta sola

palabra "torturaban" a los libros con notas y ensoñaciones enfermizas, como lo hacían con los hombres.

El arzobispo Carranza, que había sido torturador de libros y hombres, después de memorables disputas, pereció en manos de esta sola palabra. Se había llegado a la exaltación de lo grotesco, a la sorna e ironía de lo sagrado para imponer el silencio. Se había perdido el equilibrio en una época que se prometía gloriosa. Así lo escribía aquellos días Miguel de Cervantes: "¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*!

Francisco de Atondo también entendía que aquellos tiempos habían pasado porque los hombres estaban hechizados por el poder. Solo veía, capturaba y condensaba la vida como un mundo agobiado y deshecho, un mundo en llamas como se había visto en el quemadero vallisoletano. Un mundo enmascarado de verdades y valores, pero extenuado, lleno de seres marginales, miradas retraídas y rostros desfigurados por tanto fingir.

Francisco, que se había instalado en casa de un hidalgo llamado Sebastián Vargas-Zuñiga, -calvinista prudente que ayudaba en muchas labores de importación de libros -, comprendió mejor los trágicos sucesos relatados por su boca. Sebastián siempre supo estar fuera del circulo luterano de Valladolid por razones de enemistad insuperable con uno de sus miembros. Sin embargo, había hecho suyo aquel desastre, se había dolido y estaba espantosamente conmocionado.

_ Herrezuelo No puedo olvidar al bachiller Herrezuelo, porfiando con los inquisidores. Creo que como letrados que erais los dos, también erais buenos amigos.

_ No puedo ni imaginar su ausencia –confesó dolorido Francisco- proclamó su fe en Cristo, le pusieron una mordaza y se dejó quemar vivo, - Sebastián hilvanaba palabras y pensamientos sueltos, mientras limpiaba sus disimuladas lágrimas-.

_ ¿Por qué le pusieron la mordaza? - preguntó con cierta simpleza Francisco. -

_ Porque había venido cantando por las calles Salmos y repitiendo en voz alta algunos pasajes de la Biblia –indicaba con orgullo Sebastián-.

_ Era un buen Licenciado en leyes y un buen hermano, -susurró emocionado Francisco.

_ Herrezuelo, con su valentía ha dado valor a otros. Nadie podía concebir que, después de tanto terror y amenazas, se hayan repartido por las iglesias de toda la ciudad y en cinco capillas de la catedral, folletos de tono exaltado, anticlerical y antipapista.

_ Posiblemente otra cosa no podamos hacer. El poder está contra nosotros y no somos una revolución.

Sebastián le informó de las condenas a las monjas de Belén y Santa Clara y de tanta gente inocente metida en las cárceles, amontonados como bestias. Francisco se reprochaba no haber estado en Tudela cuando Carlos de Seso y Fray Domingo de Rojas escapaban por la frontera de Jaca. Si él hubiese estado allí cerca, les hubiese aconsejado otro lugar de paso.

_ Domingo de Rojas no era un hombre cualquiera. Era un joven talentoso. Su padre era el marqués de Poza y estaba

emparentado con los grandes de España, -le indico Francisco en tono de admiración-

_ Creo además que estaba muy unido al arzobispo Carranza, -añadió Sebastián-

_ Así es. Había sido educado con Bartolomé de Carranza, quien le había inculcado opiniones más liberales. Creo que él no fue tan tímido en su manera de proceder como su maestro.

_ Te refieres a que abrazó la Reforma protestante desde el primer momento.

_ Sí, porque Carranza usaba el mismo lenguaje que los reformadores respecto a la justificación, pero no tomó partido. Siempre usó Carranza en sus explicaciones demasiada cautela para no ser acusado de heterodoxia.

_ Todo lo contrario de Domingo de Rojas, que en su escrito "*Explicación de los artículos de la fe*" defendía las nuevas opiniones. Por sus celosos esfuerzos muchos fueron inducidos a unirse a la iglesia evangélica de Valladolid.

_ Creo que por su testimonio varios familiares y hasta el mismo marqués de Alcañices y otras nobles casas de Castilla fueron añadidos a la iglesia de Cristo.

Pasaron largas y tristes horas recordando aquel holocausto. La valentía de Carlos de Seso y Herrezuelo les había emocionado. Entendieron que la servidumbre que tuvo Domingo de Rojas hacia el arzobispo Carranza, era muy semejante a los servicios que hicieron Francisco de Enzinas y Juan Díaz al cardenal Du Bellay sobre los asuntos de Alemania. En realidad, el cardenal Du Bellay sostenía la doctrina evangélica como ellos, llegando a abandonar el romanismo.

Sin embargo, esta inmolación de personas notables y distinguidas, no podía ocultar el que mucha gente, esparcida ahora por todas partes, hubiese escuchado el evangelio por boca de aquellos activos instructores de la Reforma. Algunos se habían escapado de la quema al haber tenido sus precauciones, manifestando sus creencias donde procedía. Otros, más imprudentes, habían huido temiendo ser procesados. Francisco de Atondo no los abandonaría. Seguiría comunicándolos unos con otros, haciendo ver que aún no los habían derrotado. La obra seguiría, aunque estuviesen dispersos y asustados.

Aquella noche rondaron el carruaje del tudelano dos frailes delatores. Solo informarían a un "familiar" de la Inquisición de Valladolid, que el caballero tenía el escudo de Navarra y parecía tener prisa por marchar aquella misma noche. El "familiar" no dejaría de comunicarlo a los señores inquisidores que anotaron la visita de Francisco al hidalgo Sebastián y con buen olfato supusieron que el navarro era el Licenciado tudelano. Era un habitual en la Corte, según sus informantes.

El miedo comenzó a producir seres preocupados por la muerte. El vértigo a la muerte se acrecentaba cuando aquella época se convertía en menos libre y emancipada. Sin embargo, la libertad anterior, también se había convertido en preocupación en los poderosos. El miedo a la libertad se había convertido en algo más vigoroso que el deseo de ser independiente. ¿Qué tendría la libertad que tanto se deseaba y tanto se temía? El miedo a poder y a saber utilizar la libertad, había acercado la muerte hasta ser una sombra peligrosa. ¡Qué sociedad y que siglo más afligido! Como pajarillos que habían vivido en jaula de oro, apenas remontar el vuelo, habían

sentido pánico de ser libres y preferían volver a su jaula y morir encerrados en ella.

## SEVILLA. 1560

Francisco de Atondo había visitado la explanada de la muerte en que se había convertido Valladolid y no dejaba de pensar en Sevilla. Esperaba llegar a tiempo para prevenirles y ofrecer su ayuda para la huida si fuera necesario. Tenía además que llevar algunas cartas procedentes de Flandes y Ginebra, casi todas para Sevilla, y eso le obligaba a dirigirse con urgencia a Andalucía por la ruta romana. Era la más segura.

Ferrán su criado estaba tan preocupado como él por los acontecimientos. Presentía, como sus caballos, las necromonas de la muerte. Advertía situaciones comprometidas y alertaba de los peligros a primera vista irracionales. Veía, sin pánico, el abismo y la traición detrás de las miradas. No era pues un escudero, fatalista, rudo y cobarde, ávido de ínsulas y gobernanzas al lado del caballero andante Francisco de Atondo. Sus intereses eran nobles. Un romántico sin apego a valores terrenales. No le movía la codicia ni lo inminente.

Se caracterizaba Ferrán por ser un hombre práctico. Tenía creencias sencillas. Ejercitaba un cristianismo de obras, aunque don Francisco le hubiese explicado con detalle que nuestra justificación delante de Dios comenzaba por creer, por la fe. En estos días, se había preocupado más aún por estas cosas que podían llevarle a la hoguera. Él pensaba sobre Dios de la misma manera que don Francisco, pero sin teologías, sin formulas religiosas. Procuraba ser un buen samaritano y no meterse a levita. Se inclinaba por las personas con más pobreza y más abandono para prestarles sus servicios y su cooperación.

Sobre el pescante del coche, tirado por dos lucidos caballos negros, Ferrán arreaba con delicadeza. Vestido con pantalón ceñido y polainas, blusón abombado y casaca entallada, enarbolaba un sombrero alado con brillante pluma de faisán. Ceñía, como adorno, una espada ropera, pero también la sabía usar como defensa personal. Aprendió los lances de estoque y florete con don Francisco, pero él prefería la capa gruesa para protegerse y envolver al atacante. Francisco de Atondo en el interior del coche, sobre un asiento aterciopelado en malva, tuvo tiempo durante los días del viaje, de llorar en secreto tantos amigos y hermanos torturados y ejecutados en Valladolid.

Ahora temía que su amigo Julián Hernández declarase algo improcedente ante la Inquisición de Sevilla. Esta le había descubierto con cartas y libros en 1557 y, tortura tras tortura, por tres años llevaba queriendo saber el paradero de todos los protestantes en España. Julián, -Julián le petit le llamaban los franceses-, ya estaba en los huesos, desgarrados sus tendones, magulladas todas sus carnes, enfermo y dolorido, aunque seguía estando firme en sus creencias. Sin embargo, ya había filtrado intencionadamente algunos nombres que estaban en el extranjero: Fadrique Furio Ceriol, Felipe de la Torre, Sebastián Fox Morcillo y fray Julián de Tudela. Intentaba le dejasen de torturar, para no morir en prisión. No lo había hecho por cobardía. Alguien había dicho que los cobardes no originan ninguna leyenda, sino el olvido y desprecio. Julián era ya una leyenda. A su personalidad y su trabajo añadía su desbordante simpatía.

Francisco de Atondo prefería no ser leyenda. Optaba por el silencio y hasta el despreció si con ello podía continuar la obra

de Dios encomendada y tan necesaria en estos momentos de persecución. Mordía sus labios viendo aquella caza sin piedad contra comunidades indefensas y confiadas. La gente huía por todas partes, sobresaltados y desorientados. Llenos de miedo se escondían en sus casas esperando la muerte. No eran peligros imaginarios. Cada instante se sentían los gritos de gentes sacadas a la fuerza de sus casas. Un escalofrió inundaba entonces el alma de los perseguidos. Sudaban. Se estremecían. Se asfixiaban por el miedo. Los ojos de sus hijos titilaban como estrellas esperando una salida. Enfebrecidos, angustiados, asustados, nerviosos, tiritando de ansiedad, las pobres criaturas no entendían que por amar a Dios se fuese a la hoguera. Incomprensible paradoja. ¡Triste historia la de aquel tiempo que se prometía venturoso!

Era más necesario el equilibrio entre prudencia y audacia cuanto más poderosos eran los enemigos. Por eso había considerado imprudente que su amigo Julián fuese personalmente quien distribuyera aquellos libros prohibidos que le llevaron a prisión. Ahora sin embargo Julián afrontaba los tormentos con valentía y humor. Les cantaba a los torturadores aquella copla:

*Vencidos van los frailes,*
*vencidos van:*
*corridos van los lobos,*
*corridos van.*

Desde el extranjero habían enviado una *"Epístola Consolatoria*" para resistir y endulzar aquellos momentos penosos. La escribía el sevillano Juan Pérez de Pineda, que conocía de primera mano la situación de desamparo. Señalaba que estaban las congregaciones de España como ovejas al

alcance de la boca del lobo, abandonados de los amigos y conocidos, aborrecidos y negados de los parientes. Nadie les podía ayudar porque eran los desechados de la nación. Estaban así porque se lo merecían, -decían todos-. Las sentencias condenatorias se aprobaban como si salieran de la misma boca de Dios. ¿Quién podía templar su ánimo en medio de estas angustias y congojas? Parecía que el cielo y la tierra se hubiesen aliado contra ellos. Parecía que Dios y sus criaturas peleaban para destruirlos. Los reyes y príncipes, en vez de defenderlos, se levantaban contra aquella manada pequeña y fiel al Evangelio, como si ellos fueran los mayores enemigos de sus reinos. ¡Mueran, mueran los traidores enemigos de Dios! –gritaban los hombres armados de una furia infernal, que venían juntos en tropel para matar-.

Pero cuando no mataban, atormentaban a los fieles con métodos refinados. Eran expuestos ante amigos y enemigos a la vergueta, la infamia, la vergüenza y la confusión. La triste y espantable cara de la muerte se asomaba en el rostro del verdugo, preparado para encender el fuego o torcer el garrote. ¿Quién consuela en esos momentos, en tales apreturas, cuando exhortan a renegar y blasfemar de Cristo y amar a sus clérigos y organización del Santo Oficio?

Después comienzan los peores momentos, las mayores angustias, las peores quejas. ¿Acaso está Dios durmiendo y a sus hijos tiene olvidados? Son los momentos en que todos los demonios se acercan para que desmayes, para que aborrezcas a Dios que deja que a sus hijos los traten de esa manera. Dios no les enviará ningún socorro. Y esta angustia es peor que la misma muerte.

# 1

La Giralda de Sevilla saludaba a lo lejos al coche de Francisco de Atondo, teñida de grana por los últimos rayos de sol. Hablaron largo tiempo de la bella Sevilla. La Híspalis del famoso reino de Andalucía era una ciudad grande y que parecía más extensa al asentarse sobre una hermosa planicie llena de viñas y olivos. Al pie de sus murallas corría el Guadalquivir, antiguo Betis, rio caudaloso y navegable, que desprendía aromas de mar. Un acueducto de trescientos noventa arcos, metía la vida y el frescor en sus murallas. Por sus conductos se prestaba servicio a los jardines, calles y viviendas y también a los monasterios de franciscanos, agustinos, dominicos y conventos de monjas.

Eran sus gentes, para los extranjeros que la visitaban, de carácter sobrio y soberbios. Con su puerto fluvial abierto al Nuevo Mundo, se creían superiores a nación cristiana alguna. Desde allí salían grandes armadas para defender el mar y galeones hacia las Indias Occidentales llenos de mercaderías. Alemanes, flamencos, franceses, italianos y otras muchas naciones hacían tratos y negocios en Sevilla. Algunos comentaban que los sevillanos estimaban vergonzoso el comercio. Muchos consideraban que la gran pobreza del país no se debía a las cualidades del mismo sino a la vagancia de sus habitantes. No era verdad, sino que el clima creaba hábitos distintos al de otras naciones. Ridiculizaban que, en vez de montar manufacturas, mandaran fuera las materias primas para industrializarlas. Señalaban la miseria de sus casas, mientras se gastaban todo en ellos mismos si algo ahorraban.

Sin embargo, Francisco de Atondo siempre consideró Sevilla algo especial. Sevilla era la ciudad que siempre miraba al cielo. Una ciudad con alma propia. Hasta la gente de mal vivir subsistía con una sonrisa, con una palabra novelesca, con un gesto de galanura. Los picaros los consideraba Francisco delincuentes por necesidad. Solo robaban lo necesario para subsistir. Eran peor los del hampa, hombres desalmados, espadachines y matadores, forajidos y gentes peligrosas que ni las justicias de la ciudad se atrevían con ellos.

La calle de los Abades o de los clérigos era el contrapunto de la ciudad. Dios ocupaba en cada rincón de la calle todas las horas de los hombres. Desde la iglesia Mayor, donde comenzaba la calle, la religión se asomaba de muchas formas y maneras. Dios estaba en todas partes. En las capillas y alcobas de los palacios, entre los pucheros de las cocinas, en las encrucijadas de los caminos y en los altares de los templos, allí estaba Dios. También en las medallas y joyas de las mujeres y en las blasfemias de los hombres, en los sermones de los sacerdotes y en el "Jesusito de mi vida" de los niños al acostarse. Dios aparecía al final de los testamentos en los que se asignaban las misas por su alma o en las sentencias de los jueces. Cuando nacías, cuando estudiabas, en las promesas de matrimonio o en la profesión de votos del convento, en la cabecera de la cama de un hospital o entre las sábanas de un moribundo estaba representado Dios. Todo se hacía en su nombre y su voluntad. Para Dios nada de lo humano le era ajeno y para el hombre nada de lo divino le era extraño. Sevilla respiraba sucesos y pensamientos religiosos.

Francisco de Atondo se movía bien entre la clerecía y la nobleza. El elegante coche flamenco, tapizado de terciopelo

malva y el escudo de Navarra abría las puertas de los grandes de la ciudad. Tenía conocidos como el hermano del conde Bailén y primo del duque de Arcos, Juan Ponce de León. Había hablado varias veces con la condesa de Niebla, el conde de Olivares y un contador del duque de Medina Sidonia. Eran gentes muy populares y familiares. Habitaban entre el vecindario y la villanía, aunque en magníficos palacios, distinguiéndose de la nobleza del resto de España por su cercanía. Ahora la nobleza se estaba mezclando demasiado con los mercaderes ricos. Muchos de la nobleza, por codicia o necesidad de dinero, emparentaban con tratantes. Los mercaderes hacían lo mismo. Con su dinero establecían buenos mayorazgos y emparentaban con la nobleza e hidalguía.

Pero Sevilla era algo más que clérigos y clases altas. En el diario de la ciudad se añadían los comerciantes y funcionarios, financieros y profesionales que formaban la burguesía. Tras ellos los artesanos y trabajadores de varios oficios. Por las mañanas en las plazas y mercados se llenaban de campesinos vendiendo sus frutos, para desaparecer por la tarde a sus casas rurales.

Era Sevilla una ciudad diferente, porque por sus calles encontrabas gentes heterogéneas. Esclavos negros, moriscos, gitanos, judíos conversos, prostitutas y homosexuales, cofrades e inquisidores se mezclaban en multicolor mestizaje. Las calles de los moriscos, llenas de textos aljaminados, escritos en castellano con la complicada y exótica grafía árabe, desprendían aromas a especias y olor a pan. Los moriscos fingían humildad silenciando sus cantos y gritos vibrando la lengua, ocultando su idioma, sus vestidos talares y sus propias costumbres. Usaban de algunas buenas costumbres morales en

sus tratos, pero en lo interior aborrecían el yugo de la religión cristiana.

Un grupo numeroso lo componían los esclavos. Una infinita multitud de negras y negros, de todas las partes de Etiopía y Guinea, servían en Sevilla. Eran traídos de Portugal. Las pobres gentes se vendían y se alquilaban, se hacían trueques y redenciones, se pregonaban sus fugas y sus castigos. Sevilla era un universo de esclavos africanos, moros y negros, canarios y americanos traídos de allende los mares.

_ No se olvide, don Francisco de los gitanos sevillanos que parecen haber nacido para robar, -indicó Ferrán-

_ No los culpes de ser así, Ferrán. Nacen de padres ladrones, estudian para ladrones y mueren siendo ladrones corrientes. Es su instinto hurtar hasta la muerte.

_ Dicen que vienen a Sevilla, atraídos por la riqueza de los campos andaluces. Se instalan cerca de las grandes y selváticas extensiones de limoneros y olivos, de palmas datileras y riquísimas viñas. No hay duda que aquellos lugares son para ellos el paraíso.

_ Son más ladronas aún las gitanas que dicen ser de Egipto. Andan siempre vagando, sin domicilio fijo, buscando algún incauto a quien engañar. Les leen el destino, dan la buenaventura por las rayas de la mano o las arrugas del rostro, y les hacen creer mil patrañas y embustes.

_ Hay que reconocer que estos cíngaros hurtan con gran arte y sutileza. Recuerdo haber visto vender un borrico viejo que apenas andaba y hacerlo trotar con gran fuego. ¿Qué sería de Sevilla sin los gitanos, los pícaros y mendigos? Le faltaría el ingenio del cíngaro y la picardía del hambriento.

También conversaron sobre los conversos de judíos. Casi todos eran mercaderes y vendedores ambulantes. Se encargaban de arrendar alcábalas o impuestos para la corona, de cobrar rentas de señores, pero ninguno era labrador, ni carpintero, ni albañil. Todos buscaban oficios holgados, de poco trabajo. Eran, sin embargo, muchos de ellos sastres, zapateros, herreros o curtidores. Otros eran tejedores, especieros, sederos, plateros y oficios semejantes. Nunca habían querido tomar oficio de cavar o de arar, ni criar ganado, ni enseñar estos oficios a sus hijos. Solo enseñaban oficios urbanos de estar sentado, de ganar mucho y trabajar poco. Se hacían prestamistas, banqueros, cambiadores, médicos o boticarios, antes que colocar una piedra sobre otra, ni nada hecho con sus manos. Muchos judeoconversos también fueron religiosos que buscaban los beneficios y capellanías.

Sevilla era la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres. Si estaba llena de frailes, monjas y clérigos, de aristocracia y de Inquisición, también estaba repleta de violadores, amancebados, testigos falsos, jugadores, rufianes y vagabundos. Se jugaba y robaba en las casas de juego y en las mancebías, tabernas y bodegones. Las tres mil prostitutas, acompañadas de rufianes y gente de mal vivir, llenaban las calles de escándalos y riñas. La epidemia de la sífilis, producida por la poca higiene y la promiscuidad, había azotado varias veces la ciudad. Por eso cantaba Torres Naharro en aquellos versos:

"Sálveos Dios, la gran Sevilla
mar de todos los placeres,
refugio de mercaderes,
joya del rey de Castilla..."

Cuando llegó Francisco de Atondo a Sevilla la Inquisición había creado una tela de araña, tan bien urdida, que cualquier gesto o indiscreción podría comprometerte. Eso lo sabía el Licenciado Francisco que venía prevenido y alertado. Debía tener cuidado con uno de los inquisidores que había conocido en Tudela, ahora en Sevilla, y a toda una estirpe de fiscales, jueces de bienes confiscados, los seis consultores y teólogos, clérigos y frailes para calificar las proposiciones. Consultores juristas, los cuatro secretarios, un receptor, un alguacil, un Licenciado en leyes del fisco, un alcaide las cárceles secretas, un notario del secreto, un contador, un escribano del juzgado de bienes, un nuncio, un portero, un alcaide de cárcel perpetua, dos capellanes, un médico, un cirujano, un barbero, un despensero y más de cincuenta familiares del Santo Oficio en toda la ciudad. ¿Quién podía respirar sin percibir su aliento?

_ Si algún día tienes que declarar ante cualquier personaje de esta Institución, deberías antes tener plantado el pie en el estribo –indicaba Francisco de Atondo a su amigo y confidente Ferrán.

_ ¿Quiere decirme que el hombre que desea estar tranquilo en Sevilla ha de ser sordo, ciego y mudo, o que debemos echar a correr a la primera? -preguntó Ferrán-.

_ Tú mismo me lo has enseñado. Es necesario ver la tragedia antes de que ocurra.

En realidad, no sabían que decirse. Percibían el peligro, pero no sabían cómo enfrentarlo. Ambos llegaban a Sevilla aleccionados, preparados para cualquier imprevisto. Se metían en la boca del lobo y para no ser mordidos necesitaban de audacia y valor, pero sobre todo astucia y habilidad con las palabras y los gestos. Eran tiempos difíciles para callar o hablar

sin riesgo. Querían hacer pronto sus gestiones, entregando cartas e informando sobre los Autos de Fe de Valladolid y volverse sigilosamente para Tudela. Habían comenzado a meter en prisiones a mucha gente y en cualquier descuido, podrían ser ellos mismos los encarcelados.

_ Sevilla es la ciudad más importante del mundo, pero también la más peligrosa. Tenemos que salir pronto, -insistía don Francisco a Ferrán, pero sin saber el momento de vuelta a casa-

_ ¿No tiene que visitar a los familiares de Agustín Cabeza de Vaca? Creí que tenía una carta para ellos, -comentó enseguida Ferrán pendiente de todos sus asuntos-

_ Lo haremos lo más pronto posible, porque me cansa la picaresca, el vicio y la corrupción, aunque Sevilla sea la ciudad más bonita. Tampoco nos libraremos de algún espadachín brabucón y pendenciero.

_ Creo que tiene otras cartas, para la familia de Diego Guillén, clérigo que conocimos en Dos hermanas, -insistió Ferrán mostrando sus obligaciones-.

_ Por eso mismo urge ser diligentes. Recuerdo la historia de su muerte que fue por una pelea en la cárcel inquisitorial, -confesó con tristeza don Francisco-.

_ Ahora no recuerdo los hechos. ¿Qué pasó? –preguntó intrigado Ferrán-.

_ Hernán Ruiz Cabeza de Vaca y Diego Guillén eran clérigos, nacidos en Jerez los dos. Estando en la cárcel se pelearon y en la refriega murió Diego. Lo más triste del asunto es que mantenían una intensa espiritualidad en la cárcel. Ambos fueron reconciliados por herejes luteranos con confiscación de bienes.

_ ¿Cómo llegaron a esa situación tan odiosa?

_ Todo por defender el honor. Diego le había dicho que mentía. Hernán bajó de la cama, le dio un puñetazo en la cara y le tiró de las barbas. Diego, que era un hombre joven y recio se abrazó a él y le empujó contra el cabecero de la cama. Hernán, que era ya viejo y antes de que lo matase, cogió un casco de tinaja y le dio tres golpes en la cabeza para que lo soltase. Pero aquellos golpes lo mataron.

_ Triste historia que solo podía ocurrir en Sevilla.

_ Pues Hernán Ruiz Cabeza de Vaca estaba emparentado con uno de los primeros luteranos de Sevilla, Rodrigo de Valer. Dicen que Hernán escapó de la cárcel y en sus andanzas fue llevado cautivo a Argel, teniendo que pagar un gran rescate la familia.

Casi habían llegado a su destino cuando tuvieron un intento de asalto. Era el espadachín de turno que no les cogía por sorpresa. Con la cara cortada, barba desaliñada y sucia, escupía nervioso y blandía la espada como si fuera un florete. En su porte evidenciaba las maneras de un viejo soldado de los Tercios españoles. Brabucón y soberbio, amenazante y guerrero quitó el sombrero y se inclinó exageradamente hacia delante en señal de mentira. Alrededor de él fueron arremolinándose unas mujeres muertas de hambre y un par de atracadores que vestían viejos uniformes de soldado. Ferrán hizo ademán de sacar la espada, pero don Francisco le hizo señal de que no lo hiciera. Llamó al pendenciero espadachín y mencionó unos asuntos de rivalidades cortesanas, como si pretendiera dialogar con él.

_ ¿Cuánto pides si te contrato a ti y estos borrachos que traes al lado? No olvides los derechos que tenemos la nobleza y las penas que podías sufrir si nos atacáis.

_ Nosotros somos gente honorable, pero de armas tomar y mala economía, -respondió el espadachín salteador entrando en escena-

_ ¿Por qué no tienes una pensión? O acaso ¿ya gastaste la recompensa?

_ Son las deudas las que me persiguen y quiero de una vez por todas dejar de alquilar la espada para resolver rivalidades.

_ Eso me parece mejor. Tu solo necesitas dinero -respondió don Francisco que fue sacando unas monedas y poniéndolas en la sucia mano del soldado espadachín. –

_ Su excelencia puede seguir, que nadie le molestará más hasta el centro de Sevilla.

Francisco de Atondo y Ferrán se entendían a la perfección en estos asuntos de atracadores y estafadores. Ferrán hacía de malo, con su aspecto tosco y agresivo, siendo don Francisco el que hacía de buen conciliador en el conflicto.

## 2

Un año después regresó a Sevilla, Francisco de Atondo. Habían sido inmoladas muchas personas en el auto de Fe del año anterior y quería consolar y apoyar algunas amistades. Tenía noticias de la probada exterminación de los protestantes. Habían descubierto la "iglesia chiquitita que vivía de la grande" en el centro del mundo, en Sevilla. No podían consentir tal

profanación y pocos pudieron escapar. Metidos en las cárceles indiscriminadamente, los que no fueron quemados o agarrotados, murieron de enfermedades y desamparo en las cárceles secretas. Si habían podido exterminar tanta gente en Sevilla, no sería difícil aniquilar y aplastar cualquier intento de manifestar las creencias evangélicas en el resto de España.

La campiña repleta de olivos y limoneros languidecía aquel día. Las alondras dejaban de cantar y el viento adormecido envolvía de calma a los hombres y las bestias. Moría la tarde en Sevilla y Francisco de Atondo entraba con su coche al patio de caballos del palacio de los condes de Foix. Había desenganchado los cansados caballos y Ferrán les había puesto las cebaderas y unos calderos de agua que calmasen su sed. El olor a establo no ocultaba los tufillos del asado de pollo que salía por la ventana de la cocina. Varios criados habían subido el baúl con la ropa y enseres de los invitados, a quienes esperaban desde hacía tres días.

Francisco de Atondo había entrado en contacto con esta familia cuando, años atrás, les entregó una carta de Lovaina, para su hijo Francisco Fox Morcillo. Se la enviaba su hermano Sebastián. Ahora solo quería darles el pésame por la muerte del ilustre humanista Sebastián que había muerto en un naufragio. Eso le habían dicho. También quería urgir a su otro hermano Francisco para que huyera de la Inquisición antes de que fuese tarde. Algunos del convento jerónimo de san Isidoro del Campo habían huido hacía dos años y temía que aquellos padres murieran de pena si el hijo que les quedaba fuera quemado.

El padre de los dos humanistas, el platero Morcillo, era un hombre afable pero siempre preocupado por crear sus obras de arte. La madre, Violante de Foix, era más enérgica y

administradora. Siempre refinada, pero con el gracejo andaluz en cada opinión o gesto. Sin embargo, les había encontrado Francisco de Atondo en la más profunda depresión. No entendían que su hijo mayor, un humanista famoso, a tempranísima edad, hubiese muerto en aquel naufragio. Nunca sabrían que sucedió. Ni siquiera podían enterrar su cuerpo. Ahora que el rey Felipe II le había nombrado tutor de su hijo Carlos, había muerto sin llegar a ejercer su encargo.

Esta familia de los Fox–Morcillo provenían de conversos judíos venidos de Cataluña a Sevilla en tiempos de los reyes Católicos. Otros decían que provenían de Aquitania o de Navarra Baja. Cuando fue introducida la Inquisición en Aragón, Cataluña y Valencia, ellos emigraron hacia Sevilla. Estaban bien establecidos y conservaban el título nobiliario. Sin embargo, la muerte de su hijo les había arrancado el alma. ¡Que doloroso es que te roben el ánimo y mueras de tanto amor a un hijo! ¿Cómo se arranca ese dolor? ¿Se puede disfrazar el dolor con otras alegrías? ¿Cómo olvidar la ternura que diste a tu hijo cuando te sonreía o cuando te desobedecía? Desorientados, afligidos, sintiendo un dolor tan profundo que les enloquecía, procuraban aferrarse a la vida. Hubiesen cambiado mil vidas por la de su hijo de treinta y cinco años, pero a ellos les tocaba continuar, aunque fuese arrastrando su vida.

_ Solo tengo referencias de su hijo como un hombre excepcional, pese a su juventud, -procuraba animar, Francisco de Atondo el profundo pesar del platero Morcillo.-

_ Como primogénito, siempre lo tuvimos en primer lugar, siempre le dimos lo mejor y creo que lo quisimos más, -comentó el platero cansado y pesaroso-

_ Yo tuve referencias de él en París, por Julián Hernández. Su magna obra, pese a su juventud, les hará recordarlo para siempre –añadió Francisco sin saber que decir-

_ Algo de razón tienes Francisco, su obra ya está reconocida por todo el mundo, a pesar de ser disciplinas diferentes como la Filosofía, la Retórica o la Historia.

El platero Morcillo sabía de la dificultad de la obra humanista de su hijo Sebastián, que le había colocado entre las cabezas pensantes más importantes del siglo. Sin embargo, Francisco de Atondo quiso cambiar de tema para no afligir más a aquellos dos seres sin vida y sin carnes.

_ Tienen que pensar en su hijo Francisco, que, aunque esté bien en el convento, tiene sus ambiciones personales, -comentó el Licenciado Francisco-

_ Creo que quiere estar en el convento, -confesó la madre, Violante, esperando que la contradijesen-

_ Pienso que debería volver a Lovaina a terminar sus estudios.

_ ¿Igual que otros frailes de su convento que huyeron a Ginebra? –preguntó escéptica Violante-

_ El convento resulta actualmente más peligroso que estar expatriado en Flandes.

_ Nosotros nos quedaríamos sin hijo, cuando tanta falta nos hace. Francisco nos visita frecuentemente y nos dice que no quiere irse a ninguna parte.

_ Sin embargo, al haber estado en Lovaina estudiando Derecho, está calificado por el Santo Oficio como presunto luterano, -persistió el Licenciado Francisco, que apuntaba a mayores peligros-

_ ¿Es que acaso la Inquisición ya sabe que los frailes huidos de san Isidoro llegaron a Ginebra para ser protegidos por Calvino? – volvió a preguntar inquieta Violante-

_ Sabemos lo que nos quiere decir, Francisco –interrumpió de pronto el platero para no añadir más palabras a aquella conversación que alguien podía estar escuchando-

_ Debemos de convencer a fray Francisco, porque los tiempos son difíciles para quien ya tiene su nombre proscrito en los libros del Santo Oficio, -urgía el Licenciado como prevención y única medicina para no morir en la hoguera. -

Habían llegado los consejos demasiado tarde. Ya habían metido en prisión a Francisco Fox Morcillo el día anterior. La Inquisición le había relacionado con el grupo de Lovaina que se reunía en casa de Pedro Jiménez, donde los más sabios humanistas del momento debatían sobre las doctrinas de la Reforma. Fadrique Furio Ceriol, uno de ellos, imprimía aquellos días el libro, *"Bononia…"* sobre la necesidad de difundir la Biblia en castellano. Fue un convencido de la utilidad de las versiones vernáculas de la Biblia y hasta las dialectales. Al abrirle proceso a Carranza, los que allí se reunían fueron considerados heterodoxos. Entre otros estaban los Fox Morcillo, Páez de Castro, Felipe de la Torre, Doctor Morillo o fray Julián de Tudela. Todos hombres doctos. Todos perseguidos por fray Baltasar Pérez por ser "amigos de novedades". Todos sospechosos de simpatizar con los protestantes de los Países Bajos.

Sevilla comenzaba a sentir los ahogos constrictores de la Inquisición y, de nuevo, como en torrente inesperado se habían llenado las cárceles de seguidores de la Reforma. Francisco de Atondo otra vez había llegado tarde. Ahora le desgarraba por

dentro el dolor silencioso y presentido. Las más terribles situaciones, tenía que tomarlas en soledad. El riesgo del error o del triunfo lo ponía en las manos de Dios, pero procuraba no ser un mártir antes de tiempo. La grandeza o la miseria del hombre no estaba en el arrojo y el valor, en ser protagonista o héroe en el mundo, sino en el propósito de Dios. No que la acción humana careciera de sentido, sino que el triunfo no fuese de un héroe de tragedia, obligado a inmolarse.

Francisco visitó algunos conventos y monasterios. Entregó pequeñas ayudas y pudo comprobar el miedo a hablar. Casi todos los conventos estaban en entredicho de haber sido influenciados por Egidio que les había inducido a una vuelta al Evangelio. En realidad, tenía el propósito de visitar la comunidad de santa Paula, porque tenía entre sus monjas a las hermanas Luisa y María Manuel, de una familia de alto linaje sevillano. Estaba a punto de salir su sentencia y procuraría animarlas. Estaba seguro que las condenarían por errores luteranos, por su amistad con Egidio que decían predicaba muy bien, y porque confesaban con Gaspar Baptista que había huido.

Peor lo tenía Francisca Chaves, monja de santa Isabel, que llevaba muchos años procesada y acusada de haberse alejado de la santa madre iglesia católica y apostólica de Roma siguiendo nuevas doctrinas y errores luteranos. Francisca Chaves tenía mucho carácter. Llamaba generación de víboras a los inquisidores, hizo confesión de fe enteramente protestante y confesó que Egidio y Constantino le habían enseñado la doctrina de los de Alemania.

Francisco de Atondo volvió a ver cómo se instalaba un nuevo tablado en la plaza de San Francisco para celebrar otro Auto de

Fe. La "iglesia chiquita" de Sevilla sería sometida al espectáculo de los azotes, al garrote, al sambenito, al encarcelamiento perpetuo, las galeras y la ejecución en la hoguera. Hombres y mujeres, esposos y esposas, jóvenes y viejos morirían sin retractarse, agarrándose a Dios como su única esperanza. Don Francisco había comentado con Ferrán, como declamando y echando fuera el dolor.

_ "¡Infelices esposos, iguales en el amor, iguales en las doctrinas e iguales en la muerte! ¿Quién negará una lágrima a vuestra memoria y un sentimiento de horror y de desprecio a unos jueces que, en vez de encadenar los entendimientos con la dulzura de la Palabra divina, usaron como armas de raciocinio, los potros y las hogueras?"

Era conocida la casta de aquella generación de mártires. El General de los jesuitas tenía al Licenciado Francisco Gómez para atormentar más que convencer a los creyentes "herejes" a los que llamaba "malditas bestias".

_ Ponga seso y cordura a su locura Licenciado Gómez. Quebrante fuertemente su orgullo para que se rindan a la fe todas esas malas bestias, -había encargado Diego Laínez al Licenciado -.

_ Haremos que confiesen su ignorancia y se convenzan de la verdad, -confesó agradecido el Licenciado Gómez de la confianza del General de los jesuitas-

_ Piense en la desvergüenza y porfía de cada uno de los herejes, que ni dando voces hará buena su causa. A veces ni sintiéndose atajados por las razones de la enseñanza católica, ellos sabrán dar respuesta a todo, -prevenía el General-

_ Es verdad que muchos aún en la hoguera, disputan en presencia de mucha gente grave y docta, como ante el innumerable vulgo, -reconoció el Licenciado Gómez-

_ Ese es el momento en que debe apretar con tanta fuerza y eficacia de razones y argumentos, para que con evidencia les convenza y enmudezcan, -precisó el General Laínez-

_ Ese será el extraordinario triunfo de la fe católica y del Santo Oficio que antes de la muerte de la víctima, en el último momento de su vida, sienta confusión y vergüenza, -añadió el entusiasmado y agradecido Licenciado-

_ Sin embargo, piense que muchos mueren en su porfía, -añadió Laínez que sabía más por viejo que por inquisidor-

Esto era para Laínez lo que sucedía con los que morían profesando la doctrina de toda su vida. Morían porfiando, defendiendo su fe, su esperanza. ¿Es que acaso podría ser de otra manera? ¿Alguien tenía más poder que Dios para convencer o confundir? ¿Es que acaso pensaban tener otro resultado que no fuese la confesión de fe en Cristo y no en los clérigos, que, rodeados de potros, caballetes, mordazas y hogueras encendidas, eran los únicos argumentos de su doctrina ortodoxa?

Aquella plaza de San Francisco enviaba aromas invisibles con capacidad para el recuerdo. Se percibía un viento diferente, un estremecimiento, una vibración sutil que anunciaba, al pasar por aquel lugar, momentos de la historia más truculenta. En realidad, toda Sevilla se convertía en escenario de crueles estampas, de reprimidas venganzas, cuando se levantaban aquellos enormes cadalsos. Por aquellas escaleras subirían los herejes reformados que habían sido descubiertos en conventos de monjas, también en el monasterio de san Isidoro del Campo

y la congregación reunida en casa de Isabel de Baena. Podías ver a las gentes paseando por la Plaza de san Francisco y verlas asistir fascinadas a la macabra ceremonia. Hoy, al pasar Francisco de Atondo por aquel lugar, podía percibir el olor a pan caliente salido de las tahonas y tenderetes que se abrían en los Autos. Se apreciaba la fumarada de tocino frito de aquellas cazuelas que salían de las tabernas. Distinguirías el olor a ajos y vino caliente. El hedor a manteca rancia y estiércol de los buhoneros que dejaban sin respiración. Acostumbrados al olor de azahar, al embriagador jazmín, a los tilos en flor, al salitre de la marinería, estos buhoneros convertían el espacio público en una peste.

Francisco de Atondo dirigió su carroza hacia la bocana del puerto. Pocas veces había llorado y aquellos recuerdos buscaban un desahogo mirando los barcos. Ferrán comenzó una conversación intrascendente.

_ Sevilla se ha convertido en una ventana para ver el Nuevo Mundo, -indicó su asistente-. Mire don Francisco, llegan a puerto unas galeras de las Indias, entre salvas y cañonazos-.

_ Seguro que vendrán cargadas de plata, ya que cada día hay menos oro, -añadió distraído don Francisco-.

_ No solo plata y oro. También traen descubrimientos botánicos, nuevos mapas marítimos y geográficos, -indicó Ferrán siempre atento a las novedades y curiosidades-

_ Tienes mucha razón. –Francisco de Atondo había dejado sus turbados pensamientos y comenzaba a salir de su sufrimiento. - Hoy están en auge los cosmógrafos. Se habla de cartas de mar, almanaques lunares, de astrolabios y ballestillas como si todo el mundo supiera lo que son.

_ He leído que están buscando el centro del mundo.

_ Parecía un siglo de progreso y de cuestionar las doctrinas del viejo mundo, pero todo se ha parado. Aquellos hombres atrevidos comenzaron a desaparecer cuando las gentes más granadas y brillantes se hacían brasas y cenizas en el quemadero de Tablada.

Francisco y Ferrán volvían a tocar el tema que querían evitar. No se podían quitar de la cabeza el espectáculo que el año anterior habían celebrado en la Plaza san Francisco en aquel auto de Fe. Podían ver aquella cruz verde, con el emblema del Santo Oficio, en andas bajo palio de tela carmesí. Después la tapaban con un velo negro en señal de luto de la iglesia por la pérdida de cristianos, y la colocaban bajo el baldaquín carmesí con varas de plata. Esta cruz se había izado en medio del tablado del auto de fe. Otra cruz blanca saldría con más sigilo hacia el quemadero. Cruces por todas partes, pero ninguna libertad, ninguna compasión entre los hombres. ¡Triste cristianismo, perseguidor y cruel, que mataba a sus hijos más ilustres, ignorando que sus víctimas coronarían la eternidad!

Recordaron sin pretenderlo, la procesión con los reos pasando por la puerta de Triana. En la plaza san Francisco se leían las sentencias ante las autoridades y después eran conducidos al quemadero del Prado. Sin embargo, no podían imaginar el dolor y la tragedia allí ocurridos. Se podían leer y recordar escenas, pero no se podía estimar el horroroso pavor de aquellos inocentes.

Era el dolor y la desesperación lo que hicieron que Francisco regresara dos días después para Tudela. No podía dejar ver su propia fragilidad interior. Le resultaba difícil decir adiós a quienes habían pasado por aquellas matanzas y le resultaban tan queridos. Aquel entorno le recordaba toda la epopeya de la

degradación humana y no quería ningún tiempo de duelo y adaptación a su ausencia. Le parecía una profanación romper el silencio con su presencia.

Se arrodilló dentro del coche al regresar por la Plaza de san Francisco. Se rodeó la cara con sus manos. Se apretó sus mejillas. Acarició sus ojos limpiando sus lágrimas. Entonces comenzó a llorar ronco como en agonía y asfixia. Era atroz todo lo ocurrido. Habían sido sacrificados como mártires. Habían luchado por largo tiempo contra la opresión y los habían hecho víctimas para tormento sempiterno de la iglesia de Roma.

Media España, de Valladolid hasta Sevilla, había cambiado de generación en dos o tres años. Una nueva época de opresión, había cambiado las luces de la modernidad. Nuevos linajes de seres tenebrosos vigilaban los pensamientos y voluntades para convertir al resto en seres predecibles, amansados, derrotados. Media nación ya estaba en manos de los colonizadores y el resto se iba perdiendo con cada conquista que se anunciaba cada año en los autos de Fe.

Sin embargo, estos nuevos reyezuelos no daban cuenta de los macabros acontecimientos. Todo se hacía con sigilo, con la mordaza del silencio, dejando a los hombres incapacitados para la protesta. Poco a poco convertirían la religión en superstición, en epítomes inventados de falsos santos y héroes que nunca habían existido y tampoco volverían a existir. Leyendas y manuscritos misteriosos que guardaban las abadías pero que la popular creencia reía de ellos cuando eran leídos en los púlpitos de las iglesias o los refectorios de los conventos. Por eso Francisco de Atondo volvió a su arcadia dorada de Tudela. Nunca más volvería a Sevilla o Valladolid, si no resultaba

necesario. Procuraría salvar Navarra del holocausto exterminador mientras le quedasen fuerzas.

El carcelero no tenía que vigilar ni estar preocupado con Francisco de Atondo, al no escuchar ninguna queja. Por el contrario, Francisco le daba las gracias cuando le servía la comida o le renovaba el agua. Le había regalado un espejo de plata que gustaba mucho a su mujer. Le había orientado en un pleito que acarreaba por varios años con el vecino de la finca de al lado. Sin embargo, la estancia donde se hallaba, hubiese hecho repugnar y lamentarse a cualquiera acostumbrado a lujos y habitual servidumbre. Pero nunca salió de su boca demanda alguna. Adormecido, con la barba sin cuidar, sin alimentarse en condiciones, Francisco no tenía ganas de pasear ni hacer ejercicio en su celda. En medio de la perplejidad de su encierro, regresaban y se agolpaban los recuerdos inoportunos, como si admitiese que se había olvidado de aquella parte de su vida que no quería conservar y recordar. Nunca creyó que los recuerdos fueran su gran riqueza, sino instrumentos para elegir mejor y progresar sin ellos. Las evocaciones de la vida casi siempre añadían tristeza por tantos errores, por los placeres perdidos, por los fracasos. Los recuerdos eran el único paraíso donde no podías ser expulsado, pero donde no podías vivir eternamente.

Ahora, sin embargo, volvía a traer a la memoria dormida, los veinte últimos años en Navarra. Hechos que se enlazaban y afloraban inconscientes en su soledad para analizarlos. Encogido sobre su manta, apoyado tras el baúl, Francisco había colocado el colchón con paja nueva esperando dormir mejor

aquella noche. Después de los autos de Fe de Valladolid y Sevilla, se había dedicado a trabajar más tiempo en el norte de España. Había encontrado un disimulado refugio en su profesión de Licenciado en Leyes y oidor en la Cámara. En Navarra los últimos veinte años el Evangelio había sido predicado de muchas maneras y había crecido la obra. Había encontrado aliados para sus transacciones e infiltración de libros y biblias, especialmente desde que Antonio de Borbón de Navarra se adhirió a la Reforma en 1559.

Recordaba la cena de Navidad del año siguiente cuando la reina de Navarra, Juana III de Albret, abjuró en Pau de la religión romana. Después de haber hecho confesión pública de fe evangélica, celebraron la Santa Cena según la fe reformada. Se había emocionado Francisco al ver tanta gente. No hacía muchos días que había comentado con Ferrán toda la actividad desplegada por esta reina de Navarra la Baja.

_ ¿Cómo esta reina ha podido organizar la iglesia reformada en el Béarn en tan poco tiempo y nosotros no podamos organizar la nuestra? – había expuesto Francisco a Ferrán buscando alguna respuesta-.

_ Indudablemente el Béarn, en la zona francesa, no es España. Allí la Inquisición ya no puede entrar, -indicó Ferrán sin titubeos-

_ Eso lo entiendo. Sin embargo ¿cómo se pueden preparar ochenta y un pastores, entre vascos y Béarneses, en tan poco tiempo? ,- se preguntaba Francisco.

_ La reina Juana es una mujer severa y estricta con las obligaciones, -indicó Ferrán

_ Si. Recuerdo que en alguna ocasión puso multas en Olorón a quienes no asistiesen los domingos al culto reformado, -asintió don Francisco con una leve sonrisa-.

_ Sin embargo, la oposición católica ha sido constante. Ha visto cerrar iglesias, destruir templos y perseguir a mucha gente que ha tenido que ocultarse en las montañas. Hasta los Licenciados en Leyes reformados, con títulos de la universidad protestante de Ortez, han sido acosados, -recordaba Ferrán estas noticias que recibía de muchos franceses que huían por un tiempo de las persecuciones-.

Francisco de Atondo navegó con la mente perdida por años distintos, recordando la vida como teñida de rigor y de tristeza. El amargor había enturbiado pronto su vida. Desde muy joven había sentido que le habían arrancado los afectos y la ternura. Cuando sintió la llamada del amor no le habían faltado ganas de exprimir aquellos bellos y deleitables momentos, pero la tradición familiar le estranguló sus sueños. Había tenido un hijo ilegítimo y no pudo hacer proyectos ni con él ni con su madre. Vivió muchos años desencantado y sin ilusiones. Como si le hubiesen arrancado las emociones y los sueños.

Cuando comenzó a ver despreciados y perseguidos a los hombres más destacados de España sintió temblar todo su mundo. Aquellas muertes tan horribles, aquellos gritos, los llantos de los niños, las angustias de las madres, las cadenas, las enfermedades, la mugre de la sinrazón pegada a la piel de tantos amigos… se le habían metido en el corazón y le martillaban la mente. ¡Qué días más dolorosos y amargos!

Solo le alegraban los recuerdos de los días en que asistieron en Pau, como invitados, al Sínodo de 1567. Allí escuchó alabar el trabajo realizado por él en España.

_ Es vuestra merced, un hombre escogido por Dios, un hombre único puesto en una misión difícil y peligrosa – había dicho el intelectual de la universidad de Orthez Nicolás Gallard que conocía bien a Francisco y lo presentó en la reunión del Sínodo -

_ Soy un simple cristiano comprometido con la sangre de los mártires españoles, - se apresuró a decir Francisco algo sorprendido-.

_ ¿Quién, sino vos, podría meter en su misma casa a los inquisidores, sin que sospechasen de sus creencias? ¿Quién tendría un fraile como contador y capellán en su casa? ¿Quién poseería el suficiente valor de pasar carretas de libros prohibidos en la misma presencia de los familiares de la Inquisición?, -reconocía Gallard-

_ Veo que hasta lo más secreto de España se conoce en este Sínodo de la iglesia reformada. Lo importante es que no se den nombres por causa de las indiscreciones y los infiltrados que siempre tiene la iglesia de Roma.

Le hicieron dar testimonio en el Sínodo sobre la manera en que atravesaban la frontera de noche, haciéndose pasar por Béarneses que hablaban francés y vasco. Les despejó la curiosidad que tenían sobre las precauciones necesarias ante los controles del Santo Oficio. Se sintió aquellos días en Pau como si fuese el hombre más importante del movimiento protestante en España.

Fueron informados Ferrán y él, que la reina Juana tenía planes para todo. Se había propuesto extender la Reforma en el Béarne y en España, proponiéndose editar en vasco el *Catecismo* de Calvino y otros libros reformados. Sobre todo, quiso promover la traducción al euskera del *Nuevo Testamento*.

Juan de Lizarraga sería su traductor. Francisco había oído hablar de él, pero no le conocía. La misma reina los presentó. Le saludó con mucha simpatía y Lizarraga comenzó a explicarle algunas cuestiones del vasco que tuvo que solventar.

_ Como bien sabes –dijo Lizarraga con familiaridad- hay tres modalidades de vascuence: el suletino, el labortano y el bajo-navarro que es el que yo domino. Para el suletino y el labortano tengo colaboradores.

_ ¿Quieres decirme que intentas normalizar el idioma vasco?, -preguntó admirado Francisco-.

_ Estoy poniendo mi empeño en encontrar una lengua común por encima de las divergencias dialectales, -indicó Lizarraga entusiasmado como un chiquillo, aunque se veía un hombre mayor-

_ Creo que tú serás para el euskera como Olivetan para el Francés, como Shakespeare para el Inglés, como San Jerónimo para el Latín, como Salette para el Béarnés y como Lutero para el Alemán. Todos habéis convertido las variaciones dialectales en idiomas ricos y cultos, -confesó admirado Francisco-.

_ Es una labor que trata de fijar el idioma vascuence principalmente, pero también un deseo de proclamar lo vasco para los vascos, -indicó Lizarraga-

_ ¿Cómo se va a titular?, -preguntó Francisco acercándose, como si fuese a sacarle un secreto-.

_ *El Iesvs Christ gvre iavnaren Testamentv Berria*. Y debajo el texto de san Mateo XVII.

_ ¿Cuándo tenéis previsto publicarlo?

_ Para dentro de cuatro años. No solamente tenemos el encargo del Sínodo de la iglesia Reformada, sino que esta

ha sufragado los gastos de la edición, como proyecto expreso de la reina de Navarra, doña Juana.

Juan de Lizarraga era un viejo sabio. Había profesado la fe evangélica en 1559 cuando supo de los autos de fe de Valladolid. La fe de aquellos mártires había transmitido y enviado a Dios a su corazón. Dominaba, además del euskera, el francés, el castellano, el griego y el latín. Había traducido el Nuevo Testamento directamente del griego y se había acompañado de la versión latina de Erasmo.

_ Veo que el calvinismo francés y Béarnés tiene arraigo sobre todo en las ciudades. En ellas predominan los burgueses, los artistas, los clérigos, los eruditos y los hombres de letras. Confieso que es igual que en España; es una Reforma culta y aristocrática, - confesó Francisco a Juan de Lizarraga.

_ Se olvida de las mujeres, que también son protagonistas principales en este progreso de la Reforma calvinista, -añadió el viejo Lizarraga-

_ La diferencia con España es que los nobles franceses han permitido a los hugonotes tener poder político. Cada hugonote se afilia a un noble protestante como herencia de la tradición feudal.

_ Indudablemente en España los nobles al final se inclinan por el católico rey.

_ Por eso el progreso de la Reforma en Francia es espectacular. En pocos años se han construido más de seiscientos setenta templos.

_ Eso en España es imposible por la terrible persecución. Pero no impide que haya congregaciones por todos los lugares. Yo personalmente conozco la mayoría, aunque sean secretas sus reuniones.

Esta confesión a Lizarraga indicando algunas congregaciones secretas en España, no era habitual en Francisco. Se repetía siempre así mismo:

_ Una simple indiscreción puede llevar a muchos al garrote y la hoguera-.

Después de estas confidencias se despidieron, con la esperanza de verse algún día. Francisco y Ferrán, días después, serían recibidos por la reina Juana en Nerac.

_ Este palacio, desde la reina Margarita de Navarra, lleva dentro de sí el ambiente humanista del Renacimiento, -comentaba don Francisco por al camino con su inseparable Ferrán-.

_ Siempre la Corte de Nérac ha sido un importante centro de siembra y difusión de ideas innovadoras de la época, -añadió Ferrán como si contestase su otro yo-.

_ Brillan tanto las artes literarias como la reforma de la religión. Sin embargo, parece un espacio sobrio. Se parece más a una fortaleza o un castillo que a un palacio renacentista, -indicaba Francisco cuando se acercaban a aquellas moles de piedra-

_ Estas cuatro torres redondas en las esquinas del castillo, sin ventanas, parecen indicar su rigidez interior. Solo los jardines del rey y el pequeño lago dan un toque de romanticismo al paraje, -confesó Ferrán que no le resultaba tan frio aquel lugar como lo dibujaba don Francisco-

_ Enrique IV de Navarra ha sido educado entre estas frías paredes de piedra. Sin embargo, aquí se escribió la leyenda del “verde galante” entre los arbustos y flores de los jardines.

_ ¿A qué leyenda se refiere?- preguntó con curiosidad Ferrán-

_ La hija del jardinero, Fleurette, se había ahogado en las aguas del Baise, por amor y angustia al gentil Enrique.

Terminó de contar Francisco de Atondo toda la historia, pues la leyenda decía que Fleurette había sido seducida por el "pícaro galante" y cuando su amado Enrique IV marchó a París se arrojó al agua y trágicamente murió ahogada.

Media hora después llegaban a palacio Francisco y Ferrán. La reina Juana había convertido Nerac en poco tiempo en bastión del protestantismo. Impondría la doctrina calvinista y sería refugio de intelectuales de la Reforma. Podías encontrarte con la gente más insospechada. Españoles que nunca habías oído de su profesión de fe, pero que sentían como hugonotes. Hombres transformados por el Evangelio y dispuestos a morir en la hoguera si fuera necesario. Todos tenían historias de persecución y de torturas. Todos habían derramado sus lágrimas sobre aquella reina de nariz aguileña y ojos azules. Todos habían hallado consuelo en sus pocas palabras y sus muchas gestas.

La reina se apoyaba en aquel principio alemán de "a tal príncipe, tal religión". Por eso se había atrevido a quitar las imágenes de los templos y cerrar iglesias católico-romanas. Había prohibido las procesiones y toda manifestación pública de fe. Las ordenanzas que había publicado hacían del protestantismo la religión oficial en el Béarn. Por eso prohibió el culto católico y expulsó a los sacerdotes y obispos. ¿No eran peores las leyes en la Navarra española?

Las guerras de los católicos no tardarían. Guerras de sangre y espada. Interminable violencia que también penetró en este trozo de la antigua Navarra. El mismo hijo de la reina, Enrique de Navarra, con catorce años fue puesto al frente de la tropa

para someter a la población hostil. Era su bautismo de fuego. Pero sintió desde entonces, este pequeño y futuro rey, los métodos intolerantes y autoritarios de la soberana. ¿Qué se puede hacer cuando las minorías no se respetan y siempre dominan los poderosos? Un cristianismo que habiendo sido martirizado en los circos romanos ahora se había convertido en cruel perseguidor de sus propios hermanos. Nadie supo la respuesta para la paz durante treinta años. Los intereses políticos de los Borbón y los Guisa, las ocho guerras de los hugonotes defendiéndose de los católicos, los incumplidos Edictos de conciliación, se habían olvidado de las demandas de libertad de conciencia, de una justica parcial que acabase con las guerras. Al menos que se permitiese un espacio de tolerancia.

Enrique IV rey de Francia y Navarra tenía delante de si, después de tantos años de guerras una situación económica desastrosa. Sin embargo, había aprendido bien de su madre Juana de Navarra y del reformador español Antonio del Corro su tutor, logrando en diez años levantar la nación francesa. Construyó caminos, canales, puentes, mejoró el comercio y la industria. Impulsó la creación de manufacturas de lujo para que Francia pudiera exportar sin competencia los paños de Reims, los tapices de gobelinos, cristalería, objetos de oro y plata y armas.

Francisco de Atondo y Ferrán se habían encontrado en los jardines de Nerac con un médico, judío converso. Había nacido en San Juan a Pie del Puerto (Navarra de ultrapuertos) y había correteado de niño por aquellos lugares de la Corte de Nerac con su padre. Se llamaba Juan Huarte de san Juan. Se notaba en su porte la hidalguía y en su conversación las muchas letras.

Había estudiado humanidades en Huesca y Medicina en Alcalá. Había sido regidor en Huesca, médico en Granada y le había hecho médico vitalicio Felipe II en Baeza. En realidad, lo habían contratado para que contuviese la peste.

Estaba escribiendo un libro que titularía "*Examen de ingenios para las ciencias*". Era un libro científico, pero dejaba traslucir que no aceptaba de buena fe los "consejos de la Inquisición". Negaba el libre albedrío y entendía que el entendimiento era algo corpóreo y no espiritual. Parecía una lectura calvinista. Sin embargo, la lectura se refería a las diferencias que existen en los hombres, bien por su carácter, su aspecto o ingenio. El mismo Cervantes escribía una obra que al leer este libro titularía como el "*Ingenioso* Hidalgo don Quijote". Estaba preocupado Huarte porque en el Tribunal de la Inquisición de Logroño habían metido preso a Juan de Aymar de Grenoble, un sirviente que había tenido en Pamplona. Le había hablado de la salvación y el sentido último de la vida que daba la Reforma. Estaba seguro que habrían conseguido saber que estuvo al servicio del doctor Huarte.

_ Voy a salir pronto para Linares donde tengo una casa, una mujer y siete hijos que me esperan. Estos Pirineos son hermosos y recuerdan mi niñez, pero ya no puedo demorar más mi estancia, -indicó el doctor Huarte a su admirador Francisco-

_ Nadie puede negar que estos paisajes de los puertos cautivan los sentidos, pero para la Inquisición es tierra de calvinistas herejes, -advirtió Francisco-

_ Por haber nacido en esta parte de la Navarra Baja, cuando escribo, lo hago con la camisa de fuerza de ser vigilado por la censura inquisitorial.

_ Especialmente cuando es un libro científico y toda novedad ya es herejía.

_ No solo por eso, sino porque mi abuelo paterno, Juan de Huarte era Alcalde Mayor del reino de Navarra, estaba muy relacionado con la Corte de Margarita y Juana.

_ Sin duda que ya tendrá anotada la Inquisición su descendencia. Los jesuitas e inquisidores también están percibidos que Calvino estuvo refugiado en el Béarn y amparado por la Corte.

_ Los jesuitas, sobre todo, son la máxima oposición a la reina Juana por no haberlos dejado entrar en sus dominios.

_ A lo que no se oponen los jesuitas es al dinero. –Rieron ambos-. Para eso quieren señalar la medida, los límites y capacidad del infierno, donde las entumecidas almas cuelgan en la tenebrosa mazmorra como jamones de Westfalia o lenguas de vaca, en espera de misas y responsos que las rediman.

Volvieron a reír unos momentos las historias jesuíticas que venían a cuento. Estuvieron hablando del libro un largo tiempo por la originalidad del tema. Leyó el doctor unos legajos sumamente ordenados y pidió la opinión del Licenciado. Quería saber que efecto producían sus escritos en gente con formación universitaria y liberal.

_ Es un libro escrito con sutileza, -le había confesado Francisco de Atondo- y creo que estará entre los más doctos de este siglo.

_ ¿Te refieres al contenido?

_ En principio es el más excelente entre los escritos que yo conozco. Seguro que el público también tributará la máxima estimación, pues será un libro copiado por todos.

_ No me has hablado del tema central, si es interesante o demasiado serio.
_ Yo nunca había oído ni hablar de tres ciencias que tocas, la psicología diferencial, la orientación profesional y la eugenesia o mejora de los rasgos hereditarios humanos.
_ Ciertamente has estado bien atento a la lectura. Te mandaré el libro cuando lo publique.

Se desearon paz y salud y cada cual a la mañana siguiente tomó su camino. Sin embargo, Francisco nunca olvidó la cara afilada del médico, con los ojos saltones, grandes lóbulos en las orejas y andar ligero. Cuando recordaba alguna bondad de las personas aparecía la figura de Juan de Huarte. No tenía una profunda fe en el corazón humano, pero se sentía orgulloso de haber conocido a aquel calvinista escondido entre la ciencia y la medicina.

## 1

Navarra comenzaba a recibir toda la presión de la Suprema Inquisición. El tribunal de Logroño recibía constantes órdenes de vigilar los Pirineos, desde Navarra hasta Aragón para evitar la entrada de libros heréticos. Estaban sorprendidos que los traficantes de libros no solo fuesen audaces para pasar las fronteras, sino que hubiese personas con deseo de leerlos. ¿Acaso no había suficiente terror y miedo a morir hecho brasas por cualquier lectura prohibida? ¿Deberían emplear tormentos más aterradores? ¿Acaso el ir a galeras no significaba la muerte segura? Si ya no se temía el ser despellejados a latigazos, ahogarse con la toca, ser descuartizados en el potro ¿qué nuevas maneras de tortura habría que inventar? Los autos de

Fe que se celebraban todos los años en cada ciudad, una o dos veces, como en Valladolid y Sevilla ¿no dejaban una memoria de cenizas y dolor?

_ Nada parece ser suficiente –exponía el censor Verástegui con innegable cólera-, que por el puerto de San Sebastián lleguen procedentes de Francia navíos y más navíos cargados de libros prohibidos. Se hace necesario un cordón sanitario.

_ Son libros normales y ninguno está en el índice de libros prohibidos, -había respondido el Comisario La Torre con cierto fastidio ante la encubierta acusación a su trabajo -

_ Aunque sean normales, si vienen de Francia o Flandes, debemos atribuirles al menos la facultad de corromper la virtud del lector, -añadió puntilloso el censor Verástegui-

_ ¿Es que acaso debemos considerar un peligro cualquier libro? –precisó La Torre algo sorprendido por el censor-

_ Hay peligros, no siempre visibles, que hacen parecer a los libros un veneno con un enorme poder de seducción, -certificó el censor sin más ganas de alargar la conversación con el Comisario-

Los inquisidores volvían por enésima vez a cargar contra los libros. ¿Qué tenían estos libros que podían intoxicar y embelesar el alma del lector? ¿Qué incitaba a los adolescentes a ingerir el veneno de la letra? ¿Qué simbiosis producían aquellas lecturas para que afectaran al cuerpo y al alma? El censor Verástegui decía que el veneno intelectual afectaba igualmente a la "fábrica corporis" y las lesiones corporales se traducen en daños del alma. Consideraban que la naturaleza humana es proclive al vicio y que el mal libro potencia esa inclinación nefasta. Sin embargo, aquellos libros eran palabras

de Dios, que calmaban la sed de los hombres y les hacían remontar los cielos como las águilas.

Uno de los capitanes de navío era un francés de Toulouse, llamado Juan de Peruso, que Francisco conoció durante su estancia de estudiante. Le había puesto en contacto con un librero flamenco afincado en Alcalá de Henares, llamado Bartolomé Robles. Francisco estaba seguro que el librero era un hombre de confianza y sabría vender bien aquellos libros reformados a los estudiantes y profesores de Alcalá. Muchos ya le tenían hechas reservas. Sin embargo, aunque los habían trasvasado a una "pinaca" a vela de un vecino de San Sebastián les habían sorprendido y asaltado los inquisidores de aduanas.

_ Se están convirtiendo las inesperadas inspecciones en un verdadero problema, -confesaba el librero de Pamplona Bernardo de Vaquedamo a otro comerciante de libros de San Sebastián, llamado Miguel de Beroiz-

_ Sobre todo, desde que encontraron un baúl lleno de libros propiedad del señor Durán, secretario de la Reina, -confesó Miguel Beroiz-.

_ Recuerdo ese caso. Fue en Bilbao. La Inquisición de Calahorra los confiscaría, habiendo encontrado entre los libros examinados un *Catecismo* de Calvino y otros libros reformados, -indicó Vaquedamo con una mueca de sonrisa por la aventura-.

_ Lo peor del caso es que yo salí advertido de vehementi, por haberme encontrado la Inquisición, varias veces, libros reprobados y además por negociar con herejes, -confesó Beroiz-

_ Pues yo no quedé en mejor lugar, que fui acusado de tratar con mercaderes extranjeros y luteranos. Se me multó con diez ducados, -dijo Vaquedamo-

_ Y yo multado con cien y desterrado por un tiempo, confesó Beroiz que no hacía mucho se había establecido de nuevo en San Sebastián-

Tanto Vaquedamo como Beroiz, sabían cómo se las gastaba la Inquisición de Calahorra. Pero los intereses comerciales de Bilbao y San Sebastián con Burdeos y La Rochelle con una buena colonia de comerciantes luteranos que deseaban introducir la Reforma en suelo español, no estaban dispuestos a perjudicarse económicamente. Durante años trajeron en jaque a los inquisidores de Calahorra que vigilaban con tesón.

Bilbao se había convertido en una villa activa y floreciente. Dentro de sus murallas cobijaba unos cuatro mil quinientos habitantes que atravesaban unos momentos de prosperidad. De día en día el consumo del hierro convertía a Bilbao en uno de los hogares siderúrgicos más importantes del viejo Continente. El "fierro viscayno" y las lanas castellanas pasaban hacia Europa por Bilbao y volvían convertidas en paños y otros textiles al no haber una industria propia castellana.

Lo verdaderamente hermoso de Bilbao, no estaba en el comercio, el trasporte o la construcción naval que cada día lo hacía más grande. Era su mirada y su sabor a mar. Muchas gentes surcaban los mares y llegaban a puerto cargados de aceite de ballena. Los vascos eran los mejores navegantes y constructores de barcos del mundo que cazaban las ballenas de América del Norte. Cuando llegaban a puerto disparaban los cañones de la bahía y las voces de júbilo se dejaban oír entre las montañas. Salían en junio y llegaban a Terranova a mitad de

agosto. Entonces interceptaban las ballenas que emigraban del Ártico hacia los mares del Sur. En Terranova preparaban las instalaciones y reparaban el muelle, las cocinas de reducción, las cabañas donde guardaban los toneles y las cabañas para vivir. La caza duraba hasta fin de año y en treinta o cuarenta días estaban en Bilbao si las corrientes les eran favorables y los piratas europeos no se cruzaban en su camino.

Cuando llegaban los barcos, Bilbao olía a aceite de ballena, el "spermaceti". Los comercios se llenaban de velas "spermaceti" que daban una llama nítida, constante y sin humo. Los elaborados candelabros se limpiaban y se reponían de decorativas velas. El otro secreto de las ballenas era el Ambergris, su producto más apreciable que valía su peso en oro. Se encontraba en los intestinos y muy pocas ballenas lo tenían. Se utilizaba en perfumes muy caros.

Otros barcos llegaban de Terranova cargados de bacalao en salazón. Los bilbaínos sabían el arte de pescarlo y cocinarlo, pero también habían convertido el puerto de Bilbao en una de las principales plazas del "bacallao". La ría bilbaína se había convertido en pocos años en una zona industriosa. Los astilleros de barcos para la pesca fueron agrandándose para construir grandes naos al servicio del comercio y transporte marítimo.

Muchos de los libros prohibidos que pasó a España Francisco de Atondo, vinieron en toneles que se suponían de aceite de ballena y partidas de bacalao en salazón. El incendio que había asolado la mayor parte del casco de Bilbao, había destruido también un depósito de libros y biblias que Francisco escondía en una buhardilla. Se lo había confirmado Ferrán cuando le visitó en la cárcel. No se hablaba de otra cosa esos días.

Algunos decían que preferían la peste a encontrarse sin viviendas. Había sido una gran tragedia para la villa.

Francisco y Ferrán tenían numerosos conocidos en Bilbao que temieron por sus vidas y haciendas. Sin embargo, parecía que Dios les hubiese librado del incendio. Era verdad que muchas de aquellas casas estaban construidas de piedra y eran más altas que las demás por ser de gentes de la nobleza, pero además el fuego parecía que se había alejado de ellas.

La proximidad con Francia y de la Baja Navarra o reino libre de Navarra, también habían hecho de Bilbao una ciudad despierta a las nuevas corrientes protestantes.

_ Es cosa recia y de gran sospecha, que solo vengan a confesar quinientas personas al año en la villa de Bilbao, -manifestaba el inquisidor de Logroño, Ybarra al obispo de Calahorra-.

_ ¿Cómo ha llegado a esa conclusión, Su Eminencia? –preguntó el obispo-.

_ Son informes de los clérigos bilbaínos, -aseguró Ibarra-

_ Pues el asunto tiene visos de ser algo preocupante, si fuese cierto, -añadió el obispo-.

_ Si en alguna parte se puede encontrar alguna cosa de Lutero, ha de ser en esta villa, -aseguró Ybarra, sin titubeos-

_ Ante tanto rechazo a la confesión, será fácil imaginar el número de protestantes en esta villa. - agregó el obispo con una extraña turbación-

_ Lo peor es que va en aumento y se están encontrado implicadas personas de notoriedad.

El obispo de Calahorra, Bernal Díaz de Luco, calló. Se hizo el reflexivo. Era mejor no recordar que él era uno de los implicados cuando apresaron a Carlos de Seso y fray Domingo

de Rojas. Carlos de Seso había participado como intérprete suyo en el Concilio de Trento y su esposa, Isabel de Castilla, estaba emparentada con él. Pertenecía a la rama bastarda del rey don Pedro y él era bastardo de un cura del realengo. Decían que estaba en lo de la reforma de un catolicismo evangélico al estilo de Carranza. Sobre todo, consideraban que era una buena persona y justo en sus decisiones. Tampoco quería dar explicaciones sobre Villamediana en Logroño donde se había establecido Carlos de Seso y había trabajado en la extensión del luteranismo con impunidad. Con el apresamiento de Carranza todo quedaba claro y él no estaba dispuesto a ser otro nuevo mártir. Por eso cambió el pensamiento hacía algunos condenados por luteranismo, para darle razón al de Logroño.

_ Ciertamente desde el caso de los clérigos de Calahorra, Juan Abad de Vigala y el bachiller Agarduy, han aparecido demasiados casos de luteranismo, -confesó Bernal Díaz, asintiendo con la cabeza-

_ Más grave me pareció que entrase en la prisión de Arnedillo, como hereje, el obispo de Pamplona. Fue mucho más sonado que el luterano, vecino de Oyón, Francisco de Marañón, - recordó Ybarra como mascullando las palabras.

No pudieron, sin embargo, dejar de extrañarse con el caso del clérigo francés, Juan Rojas. ¿Cómo era posible que hubiese estado predicando las doctrinas de Calvino en sus mismas iglesias? ¿Cómo no había sido detectado en San Sebastián y luego en Pamplona? ¿Era tal la ignorancia en materia de religión que no distinguían una doctrina de otra?

_ No entendemos cómo un discípulo de Calvino, comisionado por el obispo protestante Luis de Albret, ha podido predicar en España. No solo ha traspasado la frontera, sino que en

Tudela se asentó en la iglesia mayor por nueve meses y en la iglesia mayor de Logroño estuvo predicando once meses las nuevas ideas.

_ Se ha descubierto que también entregó una carta del obispo de Lescar a otro ex dominico, el ministro protestante fray Arnaot, que llevaba predicando el Evangelio un año.

_ Y no solo a él sino a otro agustino llamado Juan de Pocona y dos carmelitas uno de Zaragoza y otro llamado Barbasta .

_ Lo mejor que ha hecho la Inquisición es haber acallado estos errores sin dar mucha publicidad. Solo consideró que Juan Rojas había confesado no ser necesaria la intercesión de los santos para con Dios. Mejor no airear las otras herejías.

_ Sí, porque nadie creería que un teólogo discípulo de Calvino, comisionado por un obispo para predicar las nuevas doctrinas, solo hubiese negado la intercesión de los santos.

_ Debemos poner manos a la obra de extirpar la herejía de raíz, como en Castilla y Andalucía. Hay demasiados casos de luteranismo en el Norte.

_ El mismo rey Felipe II ha recibido de la embajada de Francia un comunicado que existe una campaña, organizada desde Ginebra, para seguir introduciendo libros prohibidos.

_ También desde Inglaterra el embajador español ha avisado de que se están introduciendo libros prohibidos en toneles por Bayona.

_ Acabo de recibir carta de la Suprema para que se vigile toda Guipúzcoa. Al parecer están entrando muchos predicadores luteranos con hábitos de religiosos y pretenden hacer también labor misionera en toda Navarra.

No andaban desacertados el obispo y el inquisidor, porque dos años después, en 1567, estando establecido el Inquisidor Moral en San Sebastián, recibió una desesperada carta de la Suprema. Indicaba que era menester castigar todo trato, comercio y conversación de los de San Sebastián con los herejes de Francia. Había demasiada afición por los franceses. Algunos se casaban con españolas. Estas abandonaban el español y la religión católica. Estaban tan mal las cosas en el Norte, que habían acuchillado a un alguacil mayor de la Inquisición y proclamaban en sus juntas que no se consintiese la Inquisición.

Francisco de Atondo había hecho un buen trabajo en este sentido, haciendo ver que eran derechos adquiridos en toda Navarra y no podía entrar la Inquisición. Además, las dos navarras se habían seguido mezclando de manera que no había cincuenta casas sin que "el mal" de los extranjeros hubiese entrado. Cuando visitó el Inquisidor Moral toda la costa desde San Sebastián hasta Fuenterrabía, el Valle de Oyarzun y otros pueblos, terminó espantado de lo que vio. Llegó a enterarse que los luteranos de la Rochelle tenían ministros de culto en San Sebastián y predicaban cada noche. Por más que intentó descubrirlos no pudo. Los vascos y navarros todos eran uno. Por eso cambió a su notario y hombre de confianza. No quería que fuese natural, ni hablase vascuence.

Francisco de Atondo enterado de cómo marchaban las cosas con el inquisidor Moral, dio aviso para que huyesen por un tiempo los ministros más implicados y conocidos por su luteranismo o calvinismo. Algunos como Joanes de Labastida que asistía en Bayona a los cultos y sermones predicados por ministros hugonotes, ya lo habían apresado. Otros habían

tenido la fortuna de escapar, pero Moral era un hombre perseverante y sanguinario. Presenciaba las torturas y vengaba todo su odio en las pobres víctimas. Un año después Francisco de Atondo aconsejó activar de nuevo la campaña.

## 2

Eran momentos críticos para el amenazado protestantismo español. Había que recomponer las estrategias y reunir a los creyentes dispersos por España y por Europa. Francisco de Atondo cada vez con más frecuencia acudía al Béarn. Quería saber con las ayudas que contaba.

_ La reina Juana de Navarra y su hijo Enrique quieren hacer un intento de infiltrar ministros calvinistas, -confesó Francisco a su fiel guardián Ferrán.

_ Supongo que lo harán desde las zonas vascas y occitanas de los Pirineos.

_ Entiendo que esa es la mejor zona. De momento el Nuevo Testamento ya está traducido al euskera y preparados ministros con alguna experiencia en España.

_ No debemos subestimar la resistencia de los católicos.

_ Ellos ya están haciendo una campaña de desprestigio y miedo. Dicen que los hugonotes han entrado en las iglesias de Irisarri, Armendariz e Iholdi y les han prendido fuego. Además, propalan que a las imágenes de la Virgen María le han quitado la cabeza y los brazos, acuchillando a otras imágenes, echando al lodo y al fuego el Santo Sacramento y llevándose las custodias.

_ No puedo creer que digan eso y menos aún que lo hagan los hugonotes si antes no los han provocado.

_ Pues parece ser que han convertido las iglesias en caballerizas y usan las ropas de iglesia como mantas.

_ Esto puede traer graves consecuencias y la frontera se cerrará o se llenará de vigilancia.

_ Todo es posible. Cada día se acercan tiempos peores. Ya no se encuentra el amor en las palabras y solo hay traición y locura en los hechos.

Aquellos años setenta del quinientos, fue una continua guerra psicológica en Navarra. El comisario inquisitorial Ochagabia daba noticias alarmantes. Manifestaba que los hugonotes habían quemado la villa de Mauleon, arrasando pueblos y casas. Que a los frailes y clérigos les abrían la barriga por la mitad y los terminaban de matar dándoles fuego. El fiscal de Calahorra, Gregorio López, alarmaba aún más cuando insistía que en la frontera de la Alta Navarra con la Baja y desde Aragón a Fuenterrabía era necesario protegerla de los calvinistas. La pujanza de los hugonotes del Béarn, Albret, Baja Navarra y Ducado de Vendome hacía que huyesen los católicos de aquellos lugares hacia España. Sin embargo, también pasaban bastantes calvinistas infiltrados.

En Portugalete la vasca María Martínez de Artache se había casado con el inglés Joan Cortun. La acusaban de graves delitos de herejía, por haber alojado y reunido en su casa de Bilbao a muchos luteranos. Denegaron también el permiso a una madre y su hijo de visitar a su padre en Inglaterra, por ser este de origen inglés. Era tal la preocupación de contagio por estos extranjeros herejes, que hasta los tratos políticos eran sospechosos. Ahora la Inquisición no solo controlaba las conciencias y la fe, sino todas las actividades humanas.

Francisco de Atondo tenía razón: la Inquisición se había hecho dueña de todo el mundo.

Se comenzaron a controlar los mesones y las casas de Laredo y San Sebastián. Se pusieron nuevos comisarios en la frontera de Francia y los puertos de mar para que controlaran especialmente a los extranjeros. A estos se le vigilaban sus casas los domingos por la mañana por si se reunían en secreto y a puerta cerrada. Principalmente se señalaba a Bilbao como la ciudad donde había más lugares que trataban cosas de la secta de Lutero.

En pocos años aparecieron condenadas más de mil personas por luteranismo y proposiciones heréticas. Noventa y dos eran clérigos, seis médicos, dos cirujanos, una partera, cuatro boticarios, dos libreros, dos capitanes de barco, un notario, un licenciado, un piloto y una larga lista de profesiones. Sin embargo, el tribunal de Logroño quería parecer benigno y solo quemó a tres personas. Los autos de fe eran caros por el montaje y los gastos de tantas personalidades que los presenciaban. Por esta causa se había determinado la suspensión de estos autos de Fe. No era por clemencia o compasión sino por economía que dejaran de quemar o apretar el garrote.

También seguían siendo los navarros beligerantes con la Inquisición. Todos eran uno para hacerle frente. No querían que metiesen sus narices en sus Fueros y costumbres para regularles la vida social y religiosa. Además, los navarros serían defensores de aquellos fugitivos hugonotes franceses que estaban asentados y, con diferentes oficios, eran útiles al país. Francisco de Atondo había ayudado a establecerse a Mateo Bosulo, pero duró poco tiempo en Navarra porque él era un

intelectual de primera fila y estaba reñido con el trabajo manual. Se disfrazó de clérigo y dio clases en Valencia del Cid y escribió un libro de Retorica. Al poco tiempo volvería a París porque se moría de hambre.

Francisco también conoció a otro navarro, que por algún tiempo hizo de espía para la reina Juana. Tenía por nombre Lapidarius, para no ser identificada su familia. En la Navarra Baja lo habían hecho ministro calvinista. Le había regalado a Francisco un libro de controversia en el último Sínodo al que acudió. Se titulaba, *"Confessiones ministrorum Saxoniae: De Cena Domini"* Era una refutación de las doctrinas sacramentalistas luteranas de los ministros de Sajonia sobre la Cena del Señor.

En uno de los últimos discursos en la Cámara, Francisco de Atondo se había atrevido a decir, por primera vez, algo que precisaba Navarra por encima de todo.

_ Necesitamos ser nosotros mismos. Singulares a nivel social, político y religioso. Navarra cada día se siente más constreñida y acosada por las prepotentes Coronas y los adalides de la iglesia de Roma. Nosotros debemos ser el cenobio de las artes y las letras, refugio de las creencias, defensores de nuestros Fueros, sin que nadie nos imponga el orden y la organización de nuestra tierra. Necesitamos ver un horizonte de progreso frente a la indigencia en que nos mantienen las instituciones.

Francisco había dicho lo que nunca se había atrevido a denunciar. Cada día le importaba menos la prudencia y la sagacidad para presentar las cosas. Estaba harto de ver un modelo social que empobrecía y creaba miseria. Cuando llegaba a la Navarra Baja se daba cuenta enseguida de los

efectos de la Reforma en cuanto a la eficiencia del trabajo. No estaba muy de acuerdo en aquel sentido represivo que se daba al esparcimiento, pero había progreso y se gozaba de bienestar general entre las gentes. No había mendigos en la Baja Navarra porque las iglesias buscaban trabajo a los indigentes. La iglesia en España mantenía a la gente en el oscurantismo, dominados por la Inquisición y el absolutismo de las Cortes de la época.

Por primera vez el obispo de Pamplona tomó nota de Francisco de Atondo. Creía haber entendido claramente el ataque a la Iglesia, cuando en su discurso, arremetía contra las "prepotentes Coronas y adalides de la iglesia de Roma". También olía a herejía el estilo subversivo con que reclamaba un horizonte de progreso frente a la indigencia de las instituciones. ¿Acaso la iglesia católica no tenía fundaciones, hospitales y casas de acogida? ¿Cada convento no tenía la obligación de socorrer a los pobres, dándoles aposento y comida por un tiempo? Sin embargo, el obispo, no podía cerrar los ojos a la miseria de las pobres gentes, matadas de hambre con tantos diezmos para la iglesia, el rey y otras instituciones locales.

No tardó en notificar sus sospechas a la Inquisición de Logroño. Sin embargo, el inquisidor poseía documentación de lo contrario. Francisco de Atondo era un fiel servidor de la iglesia, atendiendo en su casa a los inquisidores, comisarios y aguaciles que visitaban Tudela. Francisco de Atondo, estos últimos años, también había sembrado media Navarra de cartas para que fuesen interceptadas por los comisarios inquisitoriales, haciéndose pasar por buen cristiano. En ellas adulaba a las autoridades, fomentaba prácticas devocionales, ayudaba a los necesitados y conocía a los miembros más

respetables de las parroquias. ¿De qué lo podían acusar, que no fuese cristiano y noble? Sin embargo, el obispo de Pamplona consideró tanta religiosidad una estratagema para ocultar su verdadero pensamiento. Pondría a dos frailes vigilando a Francisco y esperaría su caída.

## EL REBUSCO DE LAS VIÑAS DESPUÉS DE LA VENDIMIA.

Ya habían sido sustituidos los aduaneros de la frontera navarra por orden del rey Felipe II y habían puesto a vigilar al Comisario inquisitorial La Torre para poner fin al tráfico de caballos. Consideraba el rey que, en la frontera, la Inquisición era más eficiente y menos corrupta. Sin embargo, una partida de caballos había sido pasada al Béarn delante de las narices del Comisario por el mismo Francisco de Atondo y su hombre de confianza Ferrán. Francisco se los había vendido a unos hugonotes franceses en guerra religiosa con los papistas. Sabía que todo el que suministraba caballos al Béarn, o a cualquier hugonote, era sospechoso de herejía. Mucho más si se proveían armas, municiones u otros instrumentos de guerra a los herejes. Sin embargo, era una de tantas prohibiciones por motivos religiosos que no dudaba en trasgredir.

Ferrán sabía conducir manadas enteras de caballos durante la noche con el mayor sigilo. Durante muchos años se habían repetido aquellas escenas de introducir libros prohibidos y ahora Ferrán hacía caminar a los caballos, silenciosos y unidos, como fantasmas de la noche.  Por los senderos, a media ladera de valle, nadie sospechaba que pudieran pasar la frontera.

A pesar de los éxitos “comerciales”, Francisco de Atondo cada día estaba más preocupado y extraño en sus comentarios. Consideraba que la puerta abierta, que suponía para él la frontera pirenaica, se estaba cerrando.

_ El rey acaba de obtener una bula papal donde se prohíbe no solo la venta de caballos a los hugonotes, sino todo caballo que pase los Pirineos, - indicó Francisco a Ferrán con excesiva inquietud. -

_ Quiere decir que esta orden entorpecerá todo el comercio de la frontera, -precisó Ferrán-.

_ No solamente el rey añade prohibiciones, sino el Consejo de la Suprema Inquisición ha añadido un edicto de denunciación. Bajo pena de excomunión se obliga a descubrir a quienes compren o trasporten caballos para los protestantes franceses, -indicaba Francisco-.

_ Además de los caballos, la Inquisición ha condenado a azotes y galeras muchos pobres hombres que pasaban por la frontera salitre, azufre o pólvora. Todo es bastante sospechoso, -lamentaba Ferrán-.

_ Creo que comienza el rebusco de las viñas después de la vendimia. La Iglesia y el Estado están decididos a aplastar la religión reformada en España con mano dura, -aseguró Francisco de Atondo-.

_ Lo peor de esta situación es que la ayuda extranjera, ingleses y franceses en su mayoría, también son perseguidos, -añadía Ferrán. - El mismo embajador inglés en Madrid, Mann, tiene que ser protegido personalmente y su séquito es obligado a oír misa. Cuando él se atrevió a realizar un servicio religioso anglicano, le exigieron abandonar Madrid.

_ El comercio va a sufrir por estas cosas un grave deterioro. ¡Pobre España, arrodillada a los pies de sus opresores! – exclamaba asustado don Francisco-

_ Aunque el comercio fuese aceptado o no sea molestado por motivos religiosos, la Inquisición desde ahora ya no tendrá escrúpulos para trasgredir todas las ordenanzas y procederá contra los extranjeros con el pretexto de propagar herejías, -observaba Ferrán con innegable sutileza-.

_ España parece un cuerpo unido, pero ya no tiene alma ni voluntad.

No era agradable sentir el aliento de la represión. Percibir cada instante el odio fratricida al disidente. Personas que temían a Dios y ayudaban a los hombres, se tenían por apestados, sediciosos y el mal de la nación. Todos los días se excitaba los ánimos y el odio popular, con calumnias abominables. Habían logrado hacer creer al vulgo que en las reuniones de los protestantes se apagaba la luz y se entregaban a los vicios más viles. Indudablemente el espíritu caballeresco había huido de la nobleza española. ¿Dónde estaban los hidalgos, los defensores de causas justas que ahora permitían burlarse de la sangre de los inocentes? Aquellos caballeros facultados para conducir a los pueblos en su lucha por la opresión, cuyas doctrinas se sustentaban en los más honorables manuales, ¿dónde se habían escondido? ¿Acaso la nobleza y la hidalguía eran solo sueños novelados para los ociosos?

El incendio que asoló Bilbao también fue atribuido a una conspiración de hugonotes y luteranos. Eran seres que no merecían una patria, por pensar diferente. Hombres a quienes estaba reservado el infierno llameante dibujado en los sambenitos y cuya memoria sería sembrada de sal como malditos. Sin embargo, el tiempo de Dios no se había agotado y aún seguían llegando libros prohibidos.

_ Creo que llegará próximamente otra remesa de toneles de vino de Champaña y Borgoña, que contienen Biblias de Casiodoro de Reina y otros libros prohibidos- indicó Francisco.

_ Este envío debe ser el que contenga las biblias porque ya llevamos otras dos remesas con vino de verdad.

_ Suelen hacerlo así para no despertar sospechas.

_ También debe venir rotulado de diferente manera.

_ Acuérdate que si pone “Vino tinto de Borgoña” son libros y biblias. Si solo pone “Vino de Borgoña” es vino de verdad.

_ Siempre que llego al almacén, el vinatero ya me pregunta ¿Vino tinto de Borgoña? y yo le respondo “tinto”. Aparta los toneles y los lleva a nuestro almacén.

_ Debéis hacerlo a última hora de la tarde, que hay menos tráfico y menos curiosos.

_ Siempre se hace así.

Ferrán esta vez viajó solo. Francisco de Atondo se sentía cansado. La suerte de la Reforma parecía inclinarse a favor de la Inquisición y su extenuante lucha parecía infructuosa. La sangre de los mártires no parecía semilla de la iglesia reformada. Sin embargo, estaba sorprendido Francisco de Atondo que en Logroño y Zaragoza cada poco celebraban autos de fe tanto en la Audiencia como en la Plaza pública. En todos estos actos aparecían luteranos y calvinistas desconocidos para él. Todavía Dios seguía extendiendo su brazo salvador.

Se acordaba de Rodrigo Luengo que fue uno de los primeros condenados por el Tribunal inquisitorial de Logroño. Había sido esclavo de los moros en África del Norte y lo habían hecho abjurar de vehementi por ser “grande luterano” y vigoroso propagandista. Su oficio de calderero le obligaba a viajar y con

ello propagar por todas partes su fe. Francisco de Atondo lo había ido a recoger cuando salió de la cárcel, llevándole unas cuantas ropas y entregándole unas monedas para subsistir los primeros meses. Le había contado una parte de su azarosa vida y de su peripecia humana en Argel.

_ Viviendo en Navarra y siendo morisco ¿Cómo es que fuiste apresado por los moros? –preguntó por simple curiosidad Francisco. -

_ Barbarroja había muerto y Turgut Reis había reunido una flota de veinticuatro bergantines y saqueó el Mediterráneo para mostrar fortaleza y merecer su sucesión. En el asalto a la villa de Cullera, en Valencia, consiguió un importante botín y yo fui hecho cautivo cuando trabajaba allí como oficial de calderero.

_ Entonces lo habrás pasado muy mal en manos de esos piratas berberiscos.

_ Turgut era un hombre sediento de poder y sin piedad alguna. Se presentaron en Cullera, por sorpresa, un domingo por la mañana, cuando casi toda la villa estaba reunida en la iglesia. Torturaban y mataban a la gente y a los más jóvenes y fuertes nos llevaron cautivos.

_ Creo que eran atroces estos pillajes.

_ No se pueden describir. Violaban a las mujeres y a las niñas. Cortaban las cabezas de muchos hombres, sin piedad y sin medida. Solo querían que se le revelasen los lugares donde escondían sus tesoros y sus dineros. Cuanto más terror y miedo infundiesen, antes confesarían sus escondrijos secretos.

_ ¡Cuánta desgracia trae la ambición por el dinero!

_ Sobre todo, para mi mujer y mis hijos, que quedaron desamparados. Tuvieron que volver a Aguilar de Codés con los parientes. Al no poder pagar el rescate que pidieron por mí, me vendieron como esclavo a unos comerciantes flamencos en Argel. Aunque era joven solo pagaron por mí, cien escudos de oro de rescate.

_ Mala ciudad Argel para un cristiano, llena de corsarios y refugio de ladrones.

_ Como morisco y sabiendo árabe me defendía mucho mejor que los cristianos.

_ Sin embargo, tengo entendido, que estos flamencos no te trataron como esclavo sino como uno más de ellos.

_ Me rescataron y me consideraron un hermano. Me enseñaron sus creencias cristianas reformadas que yo desconocía y desde entonces comencé a proclamarlas a los demás.

_ Hasta que la Inquisición te metió en otra cárcel aún peor.

Rodrigo Luengo era un hombre hablador, con una sonrisa afable y moderada. Su corpulencia le daba aspecto bondadoso que resultaba muy conveniente para su oficio. Se granjeaba la simpatía con cuatro palabras graciosas y algunas coplas imitando a los ciegos. Cargaba sobre si un niño que ya no lo era, lleno de un dolor desgarrador.

Entre sus románticas cantinelas, les citaba frases del evangelio y algún disparate contra los frailes. Provenía de una familia de moriscos y siempre tenía el recuerdo de sus padres esperando que las tropas turcas del Norte de África viniesen a rescatarlos. Suplicaban estos padres a Alá que viniese el turco y llevase a todos los moriscos. Hasta se había atrevido a enseñar

árabe a todos sus hijos para que se salvaran cuando estos vinieran.

_ En esta tierra nos tratan mal y no nos dejan vivir a cada uno en la ley que queremos, sino solo en la suya. No deseo otra cosa que vengan los moros de Berbería para poder andar con ellos matando cristianos – decía su padre cada vez que se sentía discriminado-.

No estuvo mucho tiempo, Rodrigo Luengo, de esclavo en Argel. Sin embargo, pasó mucho miedo aquellos días. Le habían visitado unos frailes Trinitarios con el propósito de pagar rescate por él. En cuanto supieron que no tenía dinero ni hacienda lo dejaron a la indolencia de los tiranos en la ladronera de Argel. Olvidados de los poderosos reyes, muchos cautivos se desmoralizaban y enloquecían. Mientras, los reyes cristianísimos, con la sed, la embriaguez y la ambición de nuevos proyectos para avasallar nuevas tierras, no escucharon sus ayes, ni su gemir. El Emperador Carlos V ya había abandonado también a sus mismos soldados en Niza y en la guarnición de Castilnovo dejó degollar a cuatro mil soldados, todos viejos y valientes. Felipe II, ante los cincuenta mil españoles en Argel, también se había convertido en un rey duro, avaro y apocado. Era una ceguera tan espantosa que prefirió las procesiones de los autos de Fe a una procesión de cautivos que llegasen a España rescatados.

Fue una dura escuela de paciencia, de prolongado infortunio, la de los cautivos de Berbería. El reformador español Cipriano de Valera había escrito el "*Tratado para confirmar en la fe cristiana a los cautivos de Berbería*" para llevarles algo de consuelo. Valera conocía de primera mano la persecución religiosa y los renegados que, en su infeliz situación en las

mazmorras, no mantenían sus creencias y su esperanza. Fue un tratado que hizo mucho bien.

Sin embargo, para el calderero Rodrigo Luengo, las alabanzas dadas a los Padres Trinitarios eran inmerecidas porque habían hecho mucho mal. Estos reverendos Padres Redentores fomentaban la avaricia de los argelinos, pues con el cebo del valor de los esclavos alentaban a sus opresores a elevar los rescates. Los Trinitarios, que recibían donaciones y limosnas para rescatar cautivos, antes de rescatar a un cautivo empobrecían y arruinaban hasta la miseria a sus familiares. En muchos casos tampoco usaban el dinero para rescatarlos o liberarlos. Era ya un escándalo en Madrid las grandes sumas de dinero invertidas en construir el convento de los Trinitarios y los grandes pleitos entre Redentores Calzados y Descalzos. Todos estaban convencidos que los cautivos eran el asidero de fraudes y engaños. Por eso entendía Rodrigo Luengo que, si la obra pía se hacía con dinero propio era digna de Dios, pero si se hacía con dinero ajeno sería obra cruel e inmisericorde con los cautivos.

Nadie sabía los millones de dinero extraídos por aquellas nueve mil medallas para redimir cautivos, coleccionadas en la sacristía de Atocha, con unas tiradas millonarias de cada una. Ni se podrían contar los ingresos por los devocionarios, rosarios, pililIas, reliquias, guirnaldas mortuorias, objetos de oratorio y otras muchas zarandajas. Sin embargo, pocas veces llegó el dinero para los cautivos. La tenebrosa Plaza vaticana del Campidoglio se había llenado de dinero español traído de América y solo a cambio de bulas, gracias, concordatos, preces, reliquias, dispensas, beatificaciones, Breves, Convenios, secularizaciones, indultos, espolios, vacantes, subsidios,

atestados, votos, Cruzadas, derechos de Curia, Ordenes, Licencias, Jubileos, Donativos, limosnas, regalos, moratorias, fundaciones de Obras pías, Oratorios, capillas, ermitas, comunidades, congregaciones, cofradías, hermandades, Inquisiciones, excomuniones, Beneficios, Congruas, Colaciones, fueros, inmunidades, pensiones, consagraciones, canonizaciones, levantamientos de censuras, milagros, títulos, negociados de la Rota y otros papeles mojados y ungidos de santidad que forman la estafa continua a España.

La Roma vaticana era la religión del dinero para Rodrigo Luengo. Se toleraba y hasta se consentía en España, pero que no era útil para rescatar cautivos. Roma no solo era tolerada, sino que era aplaudida y fomentada. Roma siempre había sido para España como una enfermedad de origen invisible, impalpable, con apariencia de beneficio y bondad, pero siempre un carcoma roedor y destructivo. Cuando se pretende curar o extirpar, Roma se levanta con violencia, esgrime prohibiciones, decreta excomuniones y degüella con tajos mortales al disidente. Intolerante, incapaz de florecer sin el aura de la libertad religiosa, sin aclimatarse en ella la vid del cristianismo verdadero, Roma se alejaba más y más de la gracia del Evangelio, de la luz de una predicación libre. No. No podía hablar bien de la Roma vaticana, Rodrigo Luengo y menos aún de los Trinitarios.

También describía, Rodrigo Luengo a Francisco, como el tono de un tahúr bereber, que el gobernador, Hasan Bajá, para que no intentasen fugarse los esclavos, cada día ahorcaba algún cristiano. A otros los empalaba, los torturaba o les cortaba la cabeza. Era un hombre cruel. Su condición natural era ser homicida. Disfrutaba quitando la vida.  Solo sentía cierta

simpatía por la insobornable entereza de quienes defendían su libertad. Entendía y hasta admiraba el tirano Hasan Bajá a los hombres que no querían ser esclavos. Hasta parecía simpatizar con aquellos que tenían valor en la prueba. Pero con los renegados solo sentía un desprecio instintivo, que le rebajaba a categoría de bestia.

No paraba Rodrigo de hablar. Le explicaba a Francisco de Atondo que había sido puesto al principio para cobrar rescate por él. Le habían puesto una cadena y lo habían metido en unos baños con otros caballeros y gente principal. Pero al poco tiempo supieron que no tenía hacienda y era morisco sin tierras ni dineros. La mayoría del tiempo, aunque fatigado con el hambre y la desnudez, sentía mayor opresión al oír las crueldades que usaban con los cristianos. Había sentido la mano de Dios cuando lo rescataron los flamencos, pero conoció historias desgarradoras de moros y cristianos que ya andaban en versos de los ciegos.

_ El recuerdo que tengo de aquellos días –repetía Rodrigo Luengo una historia que andaba de boca en boca por Argel- fue la muerte de la hermosa Zahara.

_ ¿Qué sucedió?, -preguntó Francisco haciéndose el sorprendido-.

_ Se enamoró de un noble forastero y con él quería huir a España llevándose todas sus joyas.

_ Una historia muy apasionada. Pero ¿que hizo su padre cuando lo descubrió?

_ Su padre era un rico traficante de esclavos llamado Hajj Murad. No le extrañaba la locura de su hija de querer fugarse. Lo que le indignaba profundamente hasta hacerlo

enloquecer era que quisiera ir a tierra de cristianos para abrazar la fe de Jesucristo.

_ Era un asunto extraño en tierra de moros. ¿Cómo había llegado a conocer el cristianismo en aquellas tierras?

_ Cuando niña, había tenido una esclava de niñera, que le había enseñado la Zalá (oración cristiana) y muchas cosas de Lela Marien (virgen María). La niñera amaba a Zahara como a una hija. Cuando murió, pensaba que su niñera no estaba en los infiernos, sino con Alá. En una de sus visiones con Lela Marien, sintió que la llamaba a tierra de cristianos.

_ Sería una dura decepción para el padre conocer aquellos deseos de Zahara.

_ Por eso la encerró en un lugar de la casa escondido y secreto. Dicen que ambos murieron. La atractiva Zahara de soledad y tristeza y el padre, que la amaba intensamente, murió por la falta de cariño y afecto de la hija mora.

_ Son historias demasiado apasionadas y muy parecidas unas de otras.

_ Tragedias como esta y otras parecidas eran abundantes en Argel. Se dice que hay más de cincuenta mil esclavos europeos que son el “oro blanco de los piratas “ y cada uno tiene su leyenda de sufrimiento y desesperación.

Rodrigo Luengo hablaba y hablaba sin parar. Había sido colaborador ocasional de Francisco de Atondo varios años en Navarra. En realidad, eran encargos de distracción y disimulo ante la Inquisición. Solía mandarle algunos libros de misa a las monjas de Santa María de San Salvador de Cañas y otras veces algunas cartas al abad de Iranzu de agradecimiento por haber sido instructor de su hijo Carlos, añadiéndole algunos maravedíes. Con ello conseguía Francisco de Atondo que tanto

comisarios como familiares inquisitoriales, siempre al acecho de los procesados por herejía, encontrasen en aquellas cartas, sometimiento e incondicional devoción a la Iglesia y Santo Oficio. Sin embargo, el Comisario La Torre tenía suficientes sospechas de Francisco de Atondo. No era la primera vez que había visto en la oscuridad y por extraños lugares, los faroles encendidos en un coche flamenco. Pocos nobles poseían uno igual. Solo necesitaba tiempo y aquel desconocido fantasma caería en sus redes.

## 1

Logroño celebraba cinco autos de fe durante el año. Era uno de los tribunales más activos en estos tiempos, aunque los moros y judíos estaban controlados y convertidos. Los protestantes en cambio sentían un resurgir y debían ser aplastados con urgencia. Por los años de mil quinientos setenta y cinco, Francisco de Atondo sintió en Navarra y Aragón una represión más minuciosa y sofisticada que la de Valladolid y Sevilla.

El Inquisidor Jerónimo de Manrique estaba dispuesto a no dejar pasar la menor sospecha. Consideraba su oficio una ocupación superior, una especie de magistratura o sacerdocio, escogida entre todas las clases e instituciones eclesiásticas. Era un nuevo hechizado por los colores del triunfo, que aspiraba a un manto escarlata y sobrepelliz de armiño.  Quienes tenían el mandato de reprimir y arrancar la herejía, de cultivar los dogmas, de controlar las conciencias, debían ser considerados instrumentos de la Divinidad, intérpretes de la Naturaleza y bienhechores del mundo. Enloquecido en sus visiones,

contemplaba a los reyes asistir a sus lecciones y solicitar sus consejos. Veía a los pueblos alzándole estatuas, los políticos pidiéndole leyes y tributándole unos honores más sinceros y respetuosos que los arrancados en las victorias.

Estos propósitos de contener la herejía hasta no dejar memoria de nadie, los comunicaba el inquisidor a su Fiscal. Sus puntillosas apreciaciones siempre resultaban preocupantes.

_ Un vecino de Viana es testigo de una acusación demasiado sospechosa de herejía, -indicó el inquisidor Manrique con cierto amargor-.

_ Como el testigo es de este distrito, me haré cargo de la causa y de esta acusación. ¿Me podría adelantar en qué consiste? - preguntó impaciente el Fiscal-

_ Intentaré resumirlo, -indicó el inquisidor-. Un tal Martín López se encontró con Gabriel López. Ambos eran mercaderes que venían de Arguedas. Se encontraron con otro que hacía el camino de Viana a Logroño y los tres rezaron los salmos de David en casa del Bachiller Argaiz. ¿No le parece extraño?

_ ¿Acaso hay tantos luteranos por los caminos? Cierto que resulta sospechoso ese encuentro, -indicó el Fiscal-.

_ Yo había pedido la detención de Martín López y solicitado testigos, pero estos han resultado la gente más perdida y de mal vivir de Viana.

_ No me diga más. La declaración no habrá resultado una sorpresa para nadie, -indicó el Fiscal-.

_ Así es. Todos declararon que Martín López era cristiano que frecuentaba la Iglesia y daba limosna a los pobres. Como todos los comprados.

_ El apellido de los López suena mucho entre los herejes de Herce y Logroño.
_ Ciertamente han sido quemados varios vecinos de Herce como Fernán Martín, Joan López y Joan de Nieva.
_ La mayoría han sido reconciliados, especialmente los de Logroño. Recuerdo a los clérigos Alonso Rodríguez, Pero Martínez Manuel y Alonso de Plana, el bachiller García López, entre una larga lista de más de cien que fueron acusados de luteranismo.
_ Estoy convencido que todo este resurgir ha sido producto del dogmatizador pertinaz Carlos de Seso y su esposa Isabel de Castilla, vecinos de Logroño.
_ Sin duda su fortuna ha servido de propaganda de la herejía tanto para Valladolid y parte de Castilla, como también de Navarra y Aragón.

La conversación de Fiscal e Inquisidor derivó por otros derroteros menos espirituales. Comenzaron haciendo mención a la "carta de pago" que habían encontrado a don Carlos de Seso que ya llevaba quemado por luterano bastantes años, pero se hacía presente cada día en aquel Tribunal. La "Carta de pago" era un privilegio del emperador Carlos V y de su madre doña Juana. El protestante Carlos de Seso podía solicitar impuestos en Ocaña hasta cincuenta mil maravedíes. Podía imponer la alcabala en carnicerías hasta diez mil maravedíes. En paños y ropa cinco mil. Alcabala en tiendas, vinos y vinagres, harina y pan, leche y esparto, cueros, zapatería y calderería y hasta la alcabala del viento. Este impuesto del viento se refería al que pagaban los forasteros por los géneros que traían a la villa para vender o cambiar. ¿Cómo había conseguido este veronés tales privilegios? Indudablemente su mujer y quizás su

hermano, el obispo, le habrían proporcionado estos privilegios del emperador. La Carta de pago, del año mil quinientos cincuenta y siete, hacía mención a la renuncia que había hecho a favor de don Carlos de Seso el padre de su esposa Isabel, Juan de Castilla.

Aquella conversación derivó en varias quejas del inquisidor que consideraba insuficiente su salario y su fortuna a pesar de sus muchos desvelos y trabajos. Finalmente volvieron a considerar la necesidad de arrancar de raíz la Reforma luterana y calvinista.

_ Un hombre que recuerdo con mucha tristeza, -confesó con fingida compasión el inquisidor- era el fraile mercedario Juan de Salvatierra, vecino de Logroño que fue quemado por hereje.

_ Soy de la opinión que se obró con mucha piedad sobre Bernardo de Vaquedano que introducía libros prohibidos.

_ No solo él fue tratado compasivamente sino otros muchos. No puedo entender como fue penitenciado solamente a abjurar de vehementi, Martín de Jáuregui, sabiendo que sostenía la justificación por la fe sin las obras y hablaba mal del Papa y la Confesión.

_ ¿Cómo podemos explicar que a Catalina de Lesaga, nacida en Prexa en el Béarn, que asistía a los cultos y sostenía las doctrinas calvinistas, solo abjurase de vehementi, aunque salió con mordaza y hábito?

El relato de tantos hombres y mujeres relajados o penitenciados levemente se fue haciendo más extenso. Después de unos años habían logrado saber quién había preparado la huida de España a fray Domingo de Rojas y don Carlos de Seso. Se llamaba Juan de Ventrosa que residía en

Enciso. Era un calvinista muy hábil y escurridizo. Sin embargo, les había dicho a la cara que tanto fray Domingo de Rojas como don Carlos de Seso eran grandes defensores de la religión. Llegó a decirles que los errores luteranos tenidos por la iglesia como herejía, algunos de ellos estaban bien y que por pensar esto le habían condenado.

_ ¿No te parece que fue muy atrevido ante nosotros?, -indicó el Inquisidor malhumorado e inquieto-.

_ Yo como Fiscal, no tenía pruebas de que fuese él el inspirador intelectual. Aquello parecía preparado mucho tiempo antes.

_ Pero ¿acaso no defendía a los fugitivos como protectores de la religión?

_ Lo que me dejó más preocupado fue no haber podido destapar la red que ayudaba a los fugitivos y burlaba al mismo Comisario La Torre.

_ Yo considero que las penas han sido muy suaves y benevolentes. ¿Por qué no fue quemado el tal Juan de Ventrosa?

_ Porque algún inquisidor consideró que salir con capirote y amordazado producía más efecto ante el pueblo. Además, Juan de Ventrosa fue condenado a un año de destierro de Calahorra y Enciso.

_ Esto tiene que acabar. ¿Cómo es posible que hayan salido con velas y abjuración de levi estas mujeres de Sesma (Navarra), Juana Alonso y Gracia de Medina? ¿No habían hablado contra el Papa, las indulgencias y el jubileo?

_ Tiene su excelencia mucha razón y buena memoria. Conozco también tres casos de evidente herejía que fueron penitenciados con multas, reclusión en un monasterio y

velas y hábito de media asta. Me refiero a Diego de Carassa del Valle de Mena, el Licenciado en leyes residente en el Béarn el doctor Gallard de Olorón y Sebastián de Peralta.

_ Yo conozco muchos más en la misma situación de benevolencia en las sentencias. No podemos seguir con los brazos cruzados, si no queremos ver nuestra Navarra llena de herejes.

Francisco de Atondo también percibía que los tiempos constreñían y apretaban a los hombres de la Reforma evangélica en España. Él mismo percibía cada día las miradas sospechosas y su nombre en boca de los inquisidores. Un error, una indiscreción, una simple palabra lo llevaría a prisión. Por eso preparaba siempre su huida con meticulosidad, ensayaba discursos en su defensa, preparaba documentos que le hicieran presente en los lugares menos comunes. Últimamente los inquisidores navarros no levantaban piras para quemar a los herejes, porque sabían que los navarros eran gente muy unida. Temían cualquier alboroto y el sigilo producía mejores resultados.

Sin embargo, Francisco de Atondo y Ferrán sabían que el Pirineo era franqueable y por eso siempre trazaban su huida por aquellos lugares. No le asustaba el macizo de montañas ya que entre la población estable tenían muchos amigos. Sabían francés y vascuence y los Pirineos nunca habían sido un freno insuperable para sus trabajos. Podría decirse que era un periodo de prosperidad y buen entendimiento entre fronteras.

Había pactos de no agresión y socorro mutuo. Se vendían cereales y paños a España y lana y sal en sentido contrario. Aparentemente se traficaba con todo menos con caballos y armas que estaba prohibido y muy vigilado. Por estos motivos

comerciales Francisco de Atondo había dado consejos a los habitantes del valle pirenaico para que se sintiesen autónomos. No tenían necesidad de depender de nadie. En los fondos del valle se localizaban los núcleos de población y las principales zonas agrícolas. En las laderas tenían suficientes pastos, bosques y campos aterrazados. Lo improductivo estaba más allá de los pastos alpinos. Sus hogares constituían una institución familiar basada en un heredero único y ello contribuía al mantenimiento de un nivel poblacional estable. La trashumancia no suponía un rompimiento de la comunidad, porque la explotación agrícola y ganadera se mantenía en los poblados. Aunque era una autonomía de supervivencia lograron servicios y recursos que de manera individual no podrían.

Cuando en unos años se fueron creando estructuras políticas y relaciones económicas, Francisco de Atondo ya tenía también establecida y consolidada su red de infiltración de libros. Entre los sacos de trigo o en baúles, envueltos en mantas y telas, las biblias y libros, pasaban con facilidad. Aquellos hombres de la montaña, recios y valientes, sabían hacer bien su trabajo. Con su propio idioma, el euskera, que se extendía hasta la Cerdaña catalana, les hacía diferentes desde tiempo de los romanos y musulmanes. El Camino de Santiago que fundamentalmente se hacía por Roncesvalles, daba un toque festivo a los valles, que se llenaban de gentes extrañas y pintorescas. La villa de San Juan del Pie de Puerto era el lugar donde comenzaban a narrarse los milagros y misterios del camino. Historias interminables y leyendas de peregrinos llenos de superstición y cargados de remordimientos. Templarios en busca del santo grial y santos milagreros, vírgenes en romerías y diablos

haciendo de las suyas. Todos contaban en los atardeceres, agotados por el cansancio, aquellas historias que les daban fuerzas para continuar el camino y encontrar un poco de paz para sus atormentadas conciencias.

Ferrán, conocía muchas de estas narraciones misteriosas. Cuando atravesaban por aquellos valles, llenos de ermitas y cenobios, siempre sacaba alguna historia para enardecer a don Francisco. En realidad, siempre le hacía reír y le arrancaba alguna explicación.

_ ¿Conoce la leyenda del puente del diablo?

_ Ya sabes que no me gustan las leyendas, - respondió don Francisco como consintiendo-.

_ En un castillo a las afueras de Liédena vivía una bella doncella llamada Magdalena. Un día cayó enferma y ningún médico sabía curarla. Todos los habitantes del pueblo estaban tristes y preocupados. Una de sus criadas, llamada Criastela le contó a la enferma que las aguas del Liskar podrían curarla.

_ Le dieron el agua y se salvó, -añadió don Francisco con sorna, queriendo acabar la historia-.

_ No fue así. Se lo cuento mejor. Cogió el cántaro de oro, recorrió un largo camino y cuando llegó para tomar la barca, barca y barquero habían desaparecido por una riada. Entonces exclamó ¿cómo al Dios inmortal no se le habrá ocurrido hacer un puente? En ese momento apareció un hombre de negro que le ofreció hacer un puente para el día siguiente. Cliastela sorprendida exclamó: ¡Jesús! Al oír ese nombre, el hombre de negro desapareció.

_ Se supone que, al ir de negro, era el diablo, -dijo don Francisco que no perdía detalle-.

_ Cliastela lo supuso por el desagradable olor y se dio cuenta porque a cambio de reconstruir el puente, le había pedido su alma. Sin embargo, le puso una condición: que estuviese acabado a las seis en punto de la mañana.
_ Evidentemente Cliastela sería engañada por el diablo. ¿No es así?
_ Pues no termina la historia de esa manera. El diablo construyó el puente con la ayuda de todos los diablos del infierno durante la noche. Le pusieron el nombre de "El Puente del Diablo" y a las cinco y media estaba terminado todo, cuando llegó la criada Cliastela. En ese momento el diablo le pidió su alma, pero no se la dio.
_ ¿Qué pasó entonces? ¿No acaba aquí la historia?
_ Lo siento -dijo la criada - vuestro reloj funciona mal. ¡Mirad el reloj de la torre! ¡Marca las siete! No habéis cumplido vuestra parte del trato y eso rompe el pacto. El reloj del infierno estaba atrasado una hora. Desde hoy este puente se llamará el puente de Jesús. Al pronunciar "Jesús", todos los demonios se tiraron a las aguas del rio y no aparecieron más.

Ferrán tenía un encanto especial al contar estas historias al humor de la lumbre o cuando cabalgaban. Entonaba las admiraciones como un embaucador de feria. Había aprendido de don Francisco algunas oratorias floridas que daban encanto y brillo a la sencillez de la narración. La que más gustaba contar, cuando pasaban por aquellos lugares, eran historias de ermitas, pórticos gemelos, vírgenes en hornacinas, romerías, romances y leyendas, historias de brujas y de muchos santos.

Lo que más gracia le hacía a don Francisco era la del peregrino acusado falsamente. Como Licenciado en leyes era

consciente de los errores judiciales. Sin embargo, le gustaba aquella historia, contada mil veces por Ferrán, que obraba milagros con los inocentes. Ferrán solía ubicar sus historias en cualquier lugar de Navarra

_ Un día, en las festividades consagradas a San Felipe y Santiago de Estella, un hombre había sido acuchillado. Los del pueblo acusaron a un peregrino que estaba de visita en Estella. Decían que tenían testimonios de que el extraño visitante lo había matado.

_ ¿Qué testimonios le condenaban? – preguntó don Francisco como interesado letrado defensor-.

_ Simplemente los jueces lo declararon culpable; pero el peregrino dijo que tenía pruebas de su inocencia.

_ Entonces se obró un milagro, aunque en realidad no lo era, - afirmó con doblez y risa don Francisco-.

_ Les dijo que la Virgen de la Hornacina, cambiaría al niño, en ese mismo instante, del brazo izquierdo al brazo derecho.

_ En realidad, el niño siempre estuvo en el brazo derecho pero la gente nunca se había fijado, -adivinó bien don Francisco-.

_ La gente corrió rápidamente a ver si era cierto. Cuando llegaron se dieron cuenta de que el milagro era cierto. El niño Jesús estaba en el brazo derecho.

_ Y ante aquel juicio de Dios soltaron al peregrino para que siguiera su camino hacia Santiago de Compostela, -terminó la historia don Francisco, que pudo sonreír y animar su decaído espíritu.

## 2

Los días siguientes al verano de 1580 se llenaron de angustiosas noticias. Las miserias por hambre, torturas o de peste en las cárceles de Sevilla, Valladolid y otras ciudades, habían conducido a la muerte a mucha gente. Prácticamente el movimiento evangélico en España había sido exterminado en aquellas ciudades. Sobre todo, el goteo constante de autos de fe en todas las ciudades, demostraba que nadie escapaba a la bien trenzada maraña inquisitorial. El rebusco de las viñas después de la vendimia era también implacable. Ningún fruto de la Reforma luterana quedaba ya entre las hojas secas de la maltrecha España. También en Navarra y Aragón, que siempre se habían sentido más independientes y apoyados por las misiones y gentes del Béarn, sintieron la mano opresora.

Los inquisidores de Logroño comenzaron a desempolvar papeles de la Cámara del secreto y aquellos casos de luteranismo comenzaron a ser juzgados. Entendían que eran demasiados encausados para negar la infiltración del protestantismo en su demarcación. Habían cerrado los ojos demasiadas veces pensando que aquellas creencias por si solas se desvanecerían. Pero habían cobrado fuerza y entendían que deberían encontrar a los autores intelectuales de la infiltración de libros prohibidos y cartas de comunión y presentación de unas congregaciones a otras. Aunque parecía un movimiento disperso y con aparente invisibilidad, los casos acumulados evidenciaban una presencia social reconocible y activa.

Sentían en Logroño que, aunque una mayoría de encausados pertenecía a todas las clases sociales, los dirigentes intelectuales debían ser gente noble, como Francisco de

Atondo. De él se estaban recibiendo comunicaciones de estar en los principales lugares del luteranismo como Valladolid y Sevilla, pero nunca había sido confirmada su participación ni como heresiarca ni apóstata. Por el contrario, siempre había sido servicial y buen anfitrión con los inquisidores que visitaban Tudela.

El debate era agrio en aquella sala de la Audiencia entre los inquisidores. Llena de ventanas enrejadas y vidrieras de colores vivos, apenas recibía luz del patio y muy poca de la calle. Enmaderadas todas sus paredes y tallados en relieve sus muebles con maderas nobles, aparecían esculpidos en muchos de ellos unos personajes extraños de color nogal. Eran hombres con torsos descubiertos, con barbas o afeitados, como frailes a manera de mártires con los brazos atrás. Los escudos amenazadores del Santo Oficio en cada esquina, parecían esconder y guardar el misterio de todos los secretos escondidos entre aquellas paredes.

Francisco de Atondo también analizaba lo que ocurría a su alrededor, mientras veía la tragedia delante de sus ojos.

_ No se atrevieron a mandar a galeras al pobre viejo Juan Floristán, de La Guardia, pero lo han reconciliado por luterano con vela, hábito y cárcel perpetua, -confesó don Francisco agobiado por la tristeza-.

_ Sin embargo, este viejo tejedor, era de generación de judíos y sus primeras acusaciones fueron sobre cosas de la Ley de Moisés, porque esperaba al Mesías y había hecho ciertos improperios a un crucifijo, -replicó Ferrán que se acordaba del caso-.

_ Muchos de los marranos, pasaron por esa fase. Siendo judíos, se les acusó de seguir en la Ley de Moisés, pero

después conocieron la fe evangélica y murieron como luteranos. Llegué a conocer a este viejo tejedor. Era un hombre sabio y locuaz. Si alguien sacaba el tema del Purgatorio, de la confesión, los diezmos o las misas él se metía de lleno en la disputa, -indicaba don Francisco que destacaba su valentía-.

_ Mala cosa es en estos tiempos hablar o callar sin sentido, -protestaba Ferrán con esta frase tan repetida-.

_ No solo eran palabras o disputas. Eran también desprecios a los clérigos que decía comiesen de su sudor y trabajasen. Decía que la confesión vocal no valía nada, que había que recibir el perdón de Dios. Indicaba con absoluta autoridad que ni los sufragios ni oraciones podían sacar las almas del Purgatorio, -aclaraba don Francisco-.

_ Todo un comprobante de méritos para ser condenado, -comentó Ferrán-.

_ Por eso lo penaron a cárcel irremisible, le pusieron mordaza y le dieron cien azotes. El viejo tejedor murió a los pocos días de los golpes.

Aquellos días se mezclaban, atormentando la mente de Francisco de Atondo, todos aquellos procesos y muertes de algunos trotamundos como él procedentes de Navarra y alrededores. Los había conocido en diferentes momentos de su vida y le dolía verlos claudicar y abjurar ante los inquisidores. ¿Tenía algún valor aquella retractación? ¿Acaso renegaban de su fe o era salvar la vida para seguir dando explicación de la verdad? –se preguntaba-.  Eran pensamientos sin respuesta para Francisco de Atondo. Sin embargo, cada día sentía en sus entrañas el poderoso arrojo del martirio. Tenía pensamientos de inmolación por una causa perdurable y sublime. Como si se

hubieran cerrado todas las ventanas y en medio de la oscuridad vieses un solo rayo de luz. Un rayo destructor, como un relámpago, que te lleva a la muerte de repente dándote la liberación. No creía en aquel comentario maligno de que el martirio fuese la única forma en que una persona, sin ningún tipo de habilidad para la huida, puede convertirse en alguien sobresaliente. Era algo más, pero no sabía qué sentían y pensaban los mártires.

Entendía que aquella abjuración, no era negar su fe, sino una maniobra dilatoria para conservar la vida y seguir dando testimonio de la fe después de liberados. ¿Acaso no eran mártires ya y participaban de la dolorosa muerte de Cristo, los pobres, los esclavos, las razas subyugadas, los indígenas, los oprimidos por el dinero y el poder, los hijos que morían de anemia y miseria? Los mismos condenados ya llevaban esta carga de iniquidad y gloria del martirio. Sufrían por el nombre de Cristo y algún sentido tendrían tantas lágrimas sin enjugar y tanto dolor arrancado.

Ahora no eran los tiempos de Tertuliano cuando la persecución y el sacrificio gozaba de un prestigio especial. Ahora no se deseaba ser enterrado cerca de los restos de los mártires, alrededor de sus tumbas, porque no las había. Entonces muchos cristianos deseaban ser mártires, como sus parientes. Provocaban el martirio e iban donde sabían que los asesinarían. Francisco de Atondo consideraba que la vida había que conservarla hasta donde se pudiera. No era justo exponerla imprudentemente.

Rememoraba la condena de Juan Izquierdo residente en Alesón que era un buen evangelista. Hombre sencillo y prudente. Sintió también en su alma el caso de Domingo de

Aldassoro, residente en Burguete, que había conocido el calvinismo en Francia. Lo hicieron abjurar junto con Juanes de Echevarri nacido en Vendome, Esteban Burgueiro y Don Juan de Lasur. Este último era ministro de culto y rector en San Segismundo en el Béarn. Todos habían sido penitenciados por luteranos, pero en realidad eran calvinistas o hugonotes. Ninguno de ellos eran seres normales. Tenían todos los defectos de los hombres, pero su espíritu les hacía diferentes. El alma ejercía sobre ellos un poder que ninguno podía matar. Creían en un Dios salvador y curador. Predicaban a un Cristo vivo y resucitado. Enfrentaban a quienes solo besaban los Cristos de madera y su corazón no amaba, ni sentía a Dios. Y a todos ayudaban.

Le acababan de quitar, al sacerdote Juan Gómez, el beneficio de la Villa de Oña. Sostenía que Cristo no estaba presente en la hostia, entre otras cosas. Los inquisidores de Logroño lo reconciliaron y le metieron en cárcel perpetua. A Martín Barbero que residía en la villa de Agusejo, lo habían reconciliado los mismos inquisidores por ir contra la autoridad del Papa.

Sabía Francisco de Atondo que el Tribunal de Logroño tenía de cinco a seis mil relaciones de causas. Una masa enorme de documentación que representaba el diez por ciento de los acusados por herejía, superando la media de los veintiún tribunales inquisitoriales en España.

Todas sus amistades, fuesen temporales o de negocios, eran reprimidas y amordazadas de por vida como Agustín de Lizarza. Agustín comerciaba con los calvinistas franceses y luteranos alemanes y flamencos. Le quemaron todos sus libros en San Sebastián.

Martín de Sauper vasco que residía en Orisoain, Navarra, le habían acusado de declarar contra los santos. Sin embargo, todos sabían que era penitenciado a cuatro años de galeras por luterano. Martín de Irizeta, alias Lizondo, Juan García de la Bayen, Martín García Marrón, Miguel de Anzila, todos penitenciados, sometidos al silencio, a la extrema pobreza, al destierro.

¿Cómo se calman los dolores del ánimo herido por el sufrimiento de los otros, que duelen más que los tuyos? –pensaba Francisco de Atondo, adormilado, tiritando de frío en aquella triste mazmorra-.¿Cómo se evitan los sobresaltos en la noche? Nunca te recuperas de la impotencia y de la angustia. Jamás se dejan de sentir los gritos de los torturados y los muertos, aunque se oigan canciones y salmos en el corazón. Siempre aparecen las sombras y las alucinaciones. Oyes pasos. Percibes olores extraños. Se te seca la boca. Despiertas de manera incompleta.

La familia de los González era de aquellos que siempre se quieren porque no se olvidan. Ferrán le había pedido muchas veces a don Francisco que le contase su leyenda, porque siempre traía a cuento, don Francisco, alguna novedad de ellos. Él se negaba y Ferrán siempre exponía alguna duda para que se lo explicase mejor.

_ Los González eran judíos descendientes de un famoso rabí apellidado Aboad. A Gaspar González y Francisco López, su cuñado, los conocí en Navarra, importando ruanas o capotes de monte de Francia, textiles y mercería de Holanda. Exportaban también sedas de España.

_ ¿Cómo no los conocí yo? - siempre preguntaba Ferrán como ofendido-.

_ Porque estuvieron poco tiempo en Navarra. En realidad, huían del Santo Oficio y yo les ayudé en varias ocasiones. Después de muchas peripecias por el Nuevo Mundo se establecieron en Portugal, donde se sentían más seguros. Allí se habían dedicado a exportar azúcar de Brasil y otros jugosos negocios. Gozaban de abundante fortuna, pero, como la mayoría de los criptojudíos, esta fortuna fue a parar a las arcas del Santo Oficio.

_ ¿Los procesaron?

_ Les pusieron penas muy suaves porque los inquisidores solo pretendían confiscar sus bienes.

_ ¿Dónde residen ahora?

_ Se han establecido en Sevilla, la bulliciosa y exótica puerta de América, fijando su domicilio en la calle de la Sierpe. De tiempo en tiempo embarcaban muchos de ellos en alguno de los galeotes para Nueva España, con fardos de telas y mercería que venden por las calles de México. Allí alquilan un almacén y siguen recibiendo mercancía de Sevilla en el puerto de Veracruz. Cargados entonces de mercancías salen los más fuertes y aventureros hacia las minas de San Luis, a Zacatecas y lugares limítrofes. Cuando regresaban a Sevilla con algunos ducados, la familia festejaba el encuentro después de la dolorosa separación.

_ Será un gran acontecimiento este encuentro.

_ Claro que lo es. Los jóvenes judíos errantes entonces se casan con las familias más convenientes, practican las circuncisiones secretas y celebran la Pascua en Portugal.

_ ¿Se hicieron ricos en América?

_ Me han contado en una carta que uno de los González no tuvo tanta fortuna. Había gastado, parte de ella, en la dote

de su hija que ahora vivía en la judería de Pisa y otra parte la había dilapidado. El pobre terminó de galeote en una de las naves españolas que surcaban el Océano Pacífico.

Era muy triste la vida del judío errante y de muchos protestantes españoles, hecho a golpes de desprecios raciales, religiosos y políticos. Hombres que habían dado sus riquezas a los reyes a cambio de paz y estos le habían traicionado junto con la iglesia de Roma. Roma era la instigadora del pueblo que en las Semanas Santas maldecía a los judíos. Les hacía ver que los judíos deberían de vagar por la tierra por no haber dado de beber a Jesús camino de la crucifixión. Indicaban que la destrucción de Jerusalén fue una maldición de Dios por haberlo crucificado. Una leyenda y unas arengas alimentadas por el feroz odio al pueblo hebreo. Unos mitos antisemitas nacidos de la envidia por sus florecientes empresas, de la mala conciencia por robarles todo y luego quemarlos o expulsarlos, de verlos unidos a pesar del aislamiento en sus juderías. Eran seres condenados a recorrer el mundo sin esperanza, sin poder descansar en paz, como pecadores irredentos.

Francisco de Atondo había llegado a la conclusión de que aquel sentimiento a favor de los judíos González, lo sentía como propio porque él tenía raíces de conversos judíos. Con los años y el dinero habían ido borrando su identidad, pero estaba seguro de ser medio judío. ¿Cuantos españoles no habían ido mezclando su sangre con los judíos después de cinco siglos y medio de haber llegado a España?

La noche torturadora con fiebres y dolor, era más dolorosa para Francisco en aquella mazmorra, después de saber de aquel profundo rebusco inquisitorial de las viñas de la Reforma en Navarra y el Norte. Se hacía eco del texto de Isaías: "Vuestra

tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asolamiento de extraños. Y queda la hija de Sion como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada".

Así se sentía él. Como un resto pequeño, cabaña en el melonar, enramada en la viña, pero sin frutos, sin apenas creyentes. Una soledad fría, desolada. Como un túnel oscuro, largo y falto de oxígeno. Un laberinto complicado y tortuoso, un horizonte con apenas luz al final. Quizás allá, en el final, hubiese una luz más esplendente y Dios esperando tus pisadas. Sin embargo, apenas tenía fuerzas para llegar y apenas tenía ojos para verla.

No es que hubiese perdido la fe, ni que se hubiese quedado sin esperanza y sin amor, pero se había quedado sin nortes que inspirasen su conducta, sin recursos para orientarse en aquella encrucijada de la historia. No tenía la desgracia de ser un ciego en el túnel, porque aún tenía la fe de un grano de mostaza y siempre había sentido el aliento de Dios a su lado, pero le espantaba pensar que su vida quedase enterrada en el túnel, olvidada por el silencio de Dios. Vivir sin Dios era la única tragedia capaz de robar la felicidad del corazón, pero Francisco solo se sentía desorientado, deteriorado y empobrecido en su relación con el Dios callado.

¿Es que ya nunca iba a emerger una realidad mejor fuera de ese túnel que estuviese enriquecida de colores, luces, agua serena y aire libre? ¿España seguiría hundida en aquel abismo de tormentas, sin poder superar el eclipse de Dios? Y mientras, Francisco no dejaba de sentir la desagradable cita con la muerte en cada esquina, las cenizas de hombres y mujeres en

las plazas, los restos de los niños que murieron desamparados. Cuando todo en ellos era esperanza de vida y de futuro, la muerte había triturado las semillas más prometedoras. Semillas malogradas nada más nacer,  transformadas trágicamente en desilusión y duelo por el misterio terrible de la muerte. Una muerte enviada y guiada por aquellos hombres hechizados por el color púrpura.

## LA MUERTE DE FRANCISCO DE ATONDO.

La cárcel, un día más, hacía dolorosas y atormentadas las horas a Francisco de Atondo, en aquel octubre de mil quinientos ochenta. El odioso frio, que penetraba inmisericorde en sus huesos, era innegable que le producía escalofríos, cansancio, falta de apetito y fiebre alta. En realidad, los síntomas parecían algo más que un simple resfriado. Desde el primer momento creyeron que eran fiebres pestilenciales. Le había visitado un médico del Santo Oficio y este suponía que Francisco se había contagiado con la suciedad de la mazmorra y antiguas pestes pasadas.

El viejo carcelero, como todos los carceleros, siempre preso del miedo a dejar las puertas abiertas y envuelto de llaves y candados, se acercó a la sucia habitación de Francisco para ver su estado. Enseguida sintió piedad de aquel hombre que nunca se quejaba y envió noticias de su enfermedad a su hijo Carlos de Atondo.

A Francisco le hizo mucho bien la presencia de su hijo Carlos y su esposa Albina. Llevaban muchos años haciendo vidas independientes, pero se tenían mucho amor y respeto. Francisco de Atondo solo lamentaba no haber podido estar más tiempo juntos. Estaba tan ocupado en sus asuntos y en la obra de evangelizar España, que nunca se ocupó de sí mismo y de su familia en términos afectivos. Le costaba encontrar un nuevo

camino para sus relaciones y salirse de la huella por donde había andado siempre. Para él, un camino nuevo suponía insuperables dudas, miedos y preguntas. Vislumbraba tesoros y también abismos. Nunca supo qué hacer en aquella situación en que un hijo y una esposa habían aparecido en su agitada vida casi sin esperarlo. Aunque lo había deseado en aquellos años jóvenes, ahora él tenía otra vida y le asustaba emprender una nueva viviendo otros sentimientos.

Cuando el carcelero hizo pasar a Carlos de Atondo y su madre a una sala aparentemente aseada y confortable, se le notificó entonces a Francisco de Atondo la presencia de ambos. Antes el carcelero había ofrecido a Francisco agua en una vasija de barro y una palangana de cobre para asearse un poco. Francisco salió del cobijo de su manta y temblando de fiebre lavó sus manos y cara, alisó su canosa barba, se puso el sombrero y se vistió de dignidad. Su aspecto, sin embargo, era el de un vaso frágil que se podía quebrar con la más leve sacudida o el más ligero roce. Su cuerpo débil, escondido tras un pesado capote, parecía inerme, menesteroso, enfermizo. Al borde de la vida, sorprendía que un hombre fuerte, hubiese acudido sin reparos a la cita con la muerte en tan poco tiempo. Era como si la muerte hubiese venido a redimirle, burlando así a sus perseguidores y Francisco le hubiese dado la bienvenida.

Cuando su esposa y su hijo lo contemplaron, descubrieron a una persona sin fuerzas, agotada por la enfermedad. Sin querer dejaron asomar pequeñas lágrimas que brillaban como estrellas titilando en sus ojos. Sintieron la pena de no haberse dado los suficientes besos, no haber conseguido el sueño de estar más cerca, no haber luchado por su amor. Eran lágrimas de dolor y desolación por tantos errores, las mismas que aparecían en los

desorbitados ojos de Francisco de Atondo. Se moría de amor, pero no había tenido el valor de dejar hablar al corazón. Era tarde para la esperanza, para los deseos, para los abrazos. Solo esperaba que se abrieran las puertas del cielo y allí encontraría nuevos besos para ellos.

_ ¿De qué le acusan padre? –preguntó angustiado su hijo, Carlos de Atondo-.

_ De asuntos de conciencia. Dicen que he enseñado el calvinismo a un hidalgo de Tudela, -balbuceó tembloroso Francisco, extenuado por la alta fiebre que de momento le permitía mantenerse en pie-.

_ Entonces te acusan de herejía. ¿Cómo podemos ayudarte? Tu puedes defenderte mejor que si lo hago yo que tengo poca experiencia. Tendrás amistades que te puedan sacar de aquí. Además, estás enfermo y esto hay que solucionarlo, -indicó Carlos sin saber qué hacer con aquella situación-.

_ Cuando permaneces en manos de la Inquisición, pocas amistades puedes tener. Aún la misma familia debe estar alejada del asunto, si no la quieres comprometer. Vosotros siempre habéis estado ajenos a todos mis asuntos.

_ ¿A que asuntos te refieres?, -insistió Carlos para saber algo más-

_ Asuntos de conciencia, de ideales y de fe.

_ Nunca pensamos que estabas tan implicado, -confesó con cierto escepticismo Carlos-

_ Solo nos hablabas de Dios el cual te había elegido para salvación- añadió Albina un tanto confundida con lo que decía, porque no sabía explicarlo mejor-.

_ Solo quiero que penséis en las cosas de arriba y no en las de la tierra. Pero desde hoy también tenéis que cuidar de vosotros mismos. Todo lo que tengo está ya a nombre de Carlos y quiero que sirva para que podáis vivir dignamente.

Carlos de Atondo siguió interrogando a su padre con la pretensión de conocer mejor la acusación. No recibiría una respuesta clara. A pesar de lo discreto de su padre, suponía a la Inquisición enterada de cosas suficientemente graves. Carlos conocía que su padre viajaba con frecuencia al Béarn y allí todos eran herejes. Sin embargo, Francisco insistió en que eran cuestiones de conciencia. Eran cosas que no podían arreglarse fácilmente. Eran sucesos interiores irreversibles, no se veían venir y no había un camino de salida, una solución, una puerta que dibujar. No había pequeños milagros para cambiar la voluntad cuando la conciencia y las creencias te enfrentan. Una conciencia y una fe que van produciendo día a día cambios abismales con cada ápice de obediencia a las voces interiores. De alguna manera Francisco quería decir que se había comprometido con Dios. Había sido ganado para una causa que le había trasformado y hecho feliz todos los días. No podía renegar de aquella mutación que se había ido operando a lo largo de la vida.

Era cierto que Francisco de Atondo en los últimos tiempos sentía que su existencia se había convertido en un agitado ritmo de vida, casi enfermizo, destructivo y hasta insostenible. Una hiperactividad cargada de peligros que le hacía despertar por las noches sobresaltado. Apreciaba en su comportamiento ciertas manías persecutorias que agotaban su mente. ¿Cómo librarse de sus perseguidores? Él procuraba hacerlo con astucia, cautela y el disimulo del pícaro. Pero sentía otras preguntas

más profundas. ¿Acaso era justo inmolarse por una buena causa? ¿Darse muerte voluntariamente para denunciar la opresión que sufre el propio pueblo sumido en ignorancia? ¿No se podía vencer sin tener que morir asesinado por causa de Cristo? No lo creía así. El martirio no podía buscarse nunca, y menos aún el suicidio.

Por eso consideraba que no valía la pena contestar a esos interrogantes. Dios sabría qué hacer con su vida. Solo sabía que, si fuese necesario, estaba dispuesto a consumar su vida entre las llamas como incienso, pero él no se sentía un suicida, ni un mártir. Quería que su vida o su muerte afirmara la grandeza y poder del Evangelio y de una cultura que no aceptaba plegarse ante el mal, pero lucharía para no ser inmolado. Nada menos romántico. Nada menos glorioso.

Albina Peralta y su hijo Carlos de Atondo no estuvieron mucho tiempo con Francisco. En aquella situación tan lastimosa, viendo sufrir y temblar a Francisco, solo deseaban que descansase y dejase de sentir la vergüenza de estar encarcelado. Dieron unos dineros al carcelero para unas hiervas que le rebajasen la fiebre. Le insistieron para que fuese alimentado mejor e hiciese lo imposible por curarlo. Lo habían visto muy mal. Como si las fiebres llevasen varios días afligiéndole.

El médico del Santo Oficio, hizo una nueva visita rutinaria y consideró que Francisco podría infectar a otros. Había leído un libro del doctor Diego Álvarez titulado *“Tratado nuevo no menos útil que necesario en que se declara de qué manera se ha de curar el mal de costado pestilencial*” y creía haber encontrado la solución a aquellas fiebres. El autor dedicaba el libro al Dios trino y uno y a la virgen gloriosa. Esto era la mejor

prueba de que el escritor era médico judío o converso y escondía su ascendencia hebrea con palabras cristianas. Sin embargo, era extraño que señalase a los astros como causantes tanto de las fiebres pestilenciales como de los dolores de costado. Según los astrólogos –exponía el doctor- la conjunción de Saturno con Mares era contraria a la vida humana y odiosa a los animales. Explicaba que el acto curativo o remedio más notable era la evacuación por sangría, hasta que la sangre mudara de color. Se basaba en Avicena y Galeno que decían curar las fiebres por sangría y por farmacia. Citaba los errores de Miguel Savonarola para curar la pleurosis con baños termales e insistía en la sangría como única solución.

El médico del Santo Oficio consideró necesario indicar a Francisco que tenía dudas en aplicar una sangría si el caso fuese pleurosis pestilencial.

_ Estoy dispuesto a hacerle una sangría moderada, aunque tenga mis temores. Sin embargo, el no hacerlo también será muy doloroso para vuestra merced.

_ Si conoce la técnica, no lo dude, porque de día en día me siento desfallecer.

_ Tengo suficiente experiencia y técnica instrumental para un asunto aparentemente sencillo.

_ No tenga entonces temores porque todo está en las manos de Dios.

_ Y de los hombres, -contestó algo contrariado el médico del Santo Oficio-. Para eso hemos estudiado y hecho prácticas en heridas de arcabuz y en el uso de ligaduras de grandes vasos en las amputaciones. Aprendemos a usar el "empuja-ligaduras", para detener las hemorragias; la pinza doble usada para hemostasia y como pasahilos; el aspirador

quirúrgico para limpiar la sangre del campo operatorio; las "valvas", para abrir heridas; la cánula para transfusiones; la mesa quirúrgica móvil, etc.

_ De todos modos, que Dios le ayude, -respondió Francisco que encomendaba a Dios su cuidado y su destino.

Trasladaron a Francisco a una habitación de aquel caserón que era cárcel secreta del Santo Oficio. Lo sentaron en un sillón. Trajeron un brasero que calentase la fría estancia y el médico sacó, de su estuche de metal, la lanceta de hoja curva que los franceses llamaban "bistouri". Francisco de Atondo, con el calor de la estancia, pareció recobrar el color por un momento hasta que el médico le practicó la incisión en una vena.

La sangre comenzó a caer en torrente a un recipiente de metal y Francisco sintió un pequeño mareo. El médico no hablaba, pero tampoco atendía. Parecía agobiado por pensamientos extraños ajenos a su profesión. Después de un tiempo dejó que el brazo siguiera sangrando más lentamente y se levantó a mirar por la ventana. Aquella mañana el sol brillaba en todo su esplendor, aunque el frio de la helada se sentía aún en aquella hora. Cuando el médico quiso darse cuenta de lo que estaba haciendo, Francisco de Atondo había muerto plácidamente desangrado.

El medico asustado intentó reanimar a Francisco. Cosió aquella vena. Suturó y limpió aquel brazo con sangre pegada y seca. Llamó al carcelero y comunicó la muerte de Francisco. El carcelero enseguida mandó aviso a la Inquisición de Logroño, que se presentó con uno de los inquisidores y un comisario.

Francisco de Atondo les había vencido y la muerte se había burlado de los inquisidores. Ahora que tenían datos suficientes

de otros tribunales inquisitoriales en toda España, los de Logroño estaban furiosos y desesperados por no haberlo quemado. ¿Acaso no había sido el mayor burlador del Santo Oficio? Nunca podrían saber todo lo que había hecho el hombre más sagaz y astuto que jamás habían conocido. Nunca podrían castigar tanto atrevimiento. ¿Cómo habían podido estar tan ciegos durante treinta años? ¿Cómo era posible que una organización con tanto poder como la Inquisición hubiese sido burlada tan impunemente? ¿Por qué no se había cuidado con más esmero a aquel preso? No podían entender que se hubiese metido en aquel cuchitril infecto a un hombre tan importante en Navarra, un Licenciado de prestigio y un buen anfitrión con los inquisidores que llegaban a Tudela. Sobre todo, rechinaban los dientes, por no poderlo quemar en un auto de fe.

La sala de la Audiencia de la Inquisición de Logroño, la mañana siguiente, se llenó de miradas insidiosas, turbias venganzas, acusaciones veladas y disculpas poco convincentes entre familiares, comisarios e inquisidores. Apenas iluminada por la luz de unas velas y los primeros albores de la mañana, la Audiencia parecía lúgubre y siniestra.  Paseaban todos, en el centro de la sala, sin mirarse unos a otros sin querer sentarse ni arrodillarse en los reclinatorios de terciopelo púrpura. El sonido claqueante de las suelas de los zapatos sobre el suelo entarimado irritaba aún más el silencio de los allí convocados. No dejaba escuchar las palabras casi imperceptibles, lamentos ahogados y frases sin sentido de cada uno de los convocados ante la noticia de la muerte de Francisco.

_ Tenemos que solucionar el asunto de Francisco de Atondo, antes de que se nos vaya de las manos y la Suprema

Inquisición intervenga, - por fin manifestó preocupado y cruzando los dedos de las manos, el inquisidor Pedro de Llanos, que parecía ser el más interesado en la cuestión-.

_ Podemos ser destituidos o despojados de nuestro puesto por ineptitud y dejación, - confesó Grigelmo con la misma intranquilidad-.

_ Es bueno que estemos todos tan temprano para solucionar el grave asunto porque ya no valen lamentaciones, -cortó de inmediato Pedro de Llanos al que acusaban con la mirada-.

_ ¿Acaso piensa su señoría que debemos hacer un pacto de silencio? -preguntó Grigelmo-.

_ No es un pacto, sino una recomendación, si no quieren ver peligrar sus carreras eclesiásticas y sus beneficios, -replicó Pedro de Llanos como imponiendo su autoridad y sentido práctico-.

_ Creo que debemos temer más el desprestigio ante el pueblo y las demás autoridades civiles. Francisco de Atondo aunque perteneciente a la nobleza siempre fue una persona servicial y cercana con el pueblo, -explicó Grigelmo con cierto respeto al fallecido-.

_ Por eso insisto, en que no debemos dar mucha publicidad. Si Francisco era culpable, nosotros hemos sido unos incompetentes y si no lo era, hemos metido en la cárcel a un hidalgo y aristócrata dejándolo morir desangrado.

_ Quiere decir que tenemos algo de culpa y somos doblemente infractores, -dedujo Martín de Zárate un fraile inquisidor de pocas luces, pero hombre equilibrado-.

_ Es evidente que nos vemos en un dilema y la mejor solución parece apuntar a que debemos ocultar el hecho, -insistió Pedro de Llanos-.

_ También una sentencia de Levi, nos disculparía de haberlo metido en la cárcel, como ya hemos hecho en otros casos de hidalgos y cristianos viejos, -añadió Grigelmo, con mejor cara, esperando haber acertado con la solución-.

_ El problema seguiría existiendo, -intervino resuelto Pedro de Llanos- pues lo hemos dejado morir y el pueblo hablará mal de Tribunal como torturador y criminal. Mi opinión es absolverlo de luterano por estar ya muerto y no poder defenderse de las acusaciones.

Esa fue también la decisión que parecía contentar a la familia y su larga parentela, que no quería tener un hereje en su genealogía. El introductor de libros prohibidos y biblias, el mensajero y coordinador de la obra protestante en España, uno de los últimos calvinistas españoles de aquel siglo, no era hereje. Cuando tantos hombres habían sido perseguidos hasta la cuarta generación porque en sus genealogías aparecía algún hereje o alguna mezcla de sangre judía o mora, Francisco de Atondo no dejó una herencia envenenada ni hollada por la sal. Los inquisidores aullarían como perros apaleados, pero morderían en silencio sus vengadores pensamientos. Una vez más los inquisidores, como las serpientes, hubiesen querido hechizar al débil y solitario Francisco, pero habían sido vencidos por quien volaba más alto que ellos.

Sin embargo ¿quién iba a continuar la lucha una vez muerto Francisco? El triunfo de los débiles era solo un espejismo. Navarra como toda España arrastraba una crisis feroz de desamparo que llevaba a los hombres a un destino incierto. La

Reforma religiosa en España estaba sofocada, aplastada, sin apenas vida. Gentes desahuciadas, manchadas y marcadas, enseñando el hambre en la sonrisa y el corazón amordazado. Vulnerados todos sus derechos como seres humanos, víctimas de una prueba y una tragedia que no se detenía. Solo esperaban un milagro que no llegaría.

Ferrán se hizo cargo enseguida del cadáver de Francisco que, escoltado por dos familiares de la Inquisición, fue traído a Tudela.

## 1

La noticia de la muerte de Francisco de Atondo conmocionó la ciudad. Las campanas sonaban lánguida y tristemente tocando a muerto. Las cofradías pedían oraciones por el fallecido, aunque Francisco no pertenecía a ninguna de ellas. Algunos de los miembros prepararon todo lo necesario para la procesión del entierro.

Mientras tanto los familiares y amigos preparaban al cadáver, llevando su hijo Carlos los papeles ante la justicia para tramitar el sepelio. Eran las últimas cosas de la vida de un hombre: su muerte y su entierro. Pero también quedaba la memoria, el recuerdo de su audacia y su prudencia. La eterna historia que se escribe en el libro de los valientes y solo los esforzados la hacen eterna. Su nombre escrito ya en el libro de los cielos, quedaría esculpido en alabastros indestructibles en la tierra.

Nadie podría quitarle los honores de haber vencido a la Inquisición, con sus mismas armas y en la misma carrera. Pocos podían elevar ese canto del cisne, colocarlo en la leyenda y en

la boca de los poetas. Como el cisne, Francisco no emitió ningún canto melodioso como premonición de su muerte. No había belleza ni armonía que sublimasen los estertores de la muerte de Francisco, porque murió sin darse cuenta. Ninguna capacidad canora. Ningún Virgilio ni Marcial podían añadir poesía ante aquella muerte silenciosa. El canto del cisne era una mentira y un error porque el cisne nunca cantó antes de su muerte. Pero si fue significativo el silencio, la paz, el saludo a la muerte como un dulce y sublime canto de liberación y triunfo. La ciencia también estaba confundida porque, en este caso, no era una hermosa ficción el canto del cisne, sino el premio a los oprimidos por la causa de Dios. Mártires que no quisieron serlo, pero dejaron un himno más dulce, noble y armonioso que el de las aves y los poetas.

Cuando el palacio se llenó de gente, con los esclavos rescatados y sirvientes de otras casas de los Atondo, algunas autoridades y amistades rezaban repetidos sonsonetes alrededor de Francisco. Apareció un escribano para dar fe de la muerte. Escribió "que estaba en la cama, tendido como un cuerpo muerto y pasado de esta presente vida, naturalmente, a lo que parecía y me parece es don Francisco de Atondo" etc...

Enseguida aparecieron los curas de la iglesia mayor de Tudela. Al existir testamento y antes de que la cruz se condujera para sepultarlo, los curas exigieron se presentasen los albaceas testamentarios. En realidad, solo buscaban que hubiese dejado alguna renta a la iglesia o hubiese encargado misas y legados piadosos. Lo de menos era el lugar donde iba a ser enterrado que por disposición de Francisco era la capellanía de Olite de la que había sido beneficiado. Fue un entierro aseado, nada fastuoso. Nadie quería excederse al silencio

impuesto por los inquisidores, los curas, frailes observadores y soplones enviados por ellos.

Ferrán, que había llorado con angustia aquella separación de don Francisco, comenzó a entender las consecuencias de aquella muerte. No sabía si en aquella expresión plácida del rostro de Francisco se dibujaba un reproche o una advertencia a los vivos. Seguía sintiendo la presencia real de don Francisco, pero de otro modo, como un amigo invisible. No quería que se perdiera en el olvido su valentía, su arrojo, su sagacidad. Dios ya le había dado un lugar en los cielos, pero los hombres necesitaban su memoria y su ejemplo.

Don Francisco – pensaba Ferrán con abatimiento- quizás no supo entender el amor a una esposa y a un hijo, pero sintió y sufrió el amor apasionadamente. Quizás pocos sabían de su trabajo, pero había traído en jaque a la institución policial más extensa del mundo, el Santo Oficio, que poseía las técnicas de persuasión más crueles. La fe de Ferrán se había ido fortificando, entendiendo ahora por qué don Francisco no quería ser mártir. Entendía ahora que el amor de Dios se trasparenta mejor a través de lo que hacemos en nuestra vida.

Metieron a Francisco de Atondo en una hornacina, pero no le hicieron ninguna estatua yacente en alabastro según la costumbre. Lo había dejado reflejado en el testamento. No deseaba ningún especial trato a su cadáver, solo deseaba que tuvieran de él memoria por unos días. Solo quería que el llanto se convirtiera en oración y la lamentación en plegaria. Siempre había pensado Francisco de Atondo que era humano sentir el dolor de la agonía y de la muerte, pero no debería ser una sorpresa la muerte. Según Eclesiastés hay tiempo para todo y había un tiempo de llorar y un tiempo de morir. Después de

muerto, las lágrimas deberían ser esperanza, bálsamo del dolor, sublime expresión del cariño para quien le deseamos un "hasta luego".

Le había llamado la atención a Ferrán la hipocresía de la Inquisición al oír la campana mayor, que durante el entierro había sonado setenta veces, lenta y entristecida. Para que no faltara el honor que se le debía al Licenciado, algunas iglesias, monasterios y ermitas habían respondido con semejante toque de campanas. Como había renunciado Francisco a la prebenda no le vistieron de vestiduras eclesiásticas, pero le habían acompañado algunos clérigos amigos suyos. Detrás de la cruz, siguieron estos ministros el cuerpo del difunto, rezaron la vigilia y estuvieron hasta que lo sepultaron.

Esta normalidad en el entierro de Francisco de Atondo le había sorprendido a Ferrán más que a nadie. Sabía que a los paganos, judíos, infieles, herejes, excomulgados o suicidas quedaban excluidos del entierro católico. Sin embargo, también habían normalizado el entierro las Freilas o Ermitañas, que en el país vasco llamaban Sororas o Beatas. Habían sido enviadas para que todo saliese con devoción y respeto. Eran unas piadosas mujeres, doncellas o viudas que cuidaban del aseo y limpieza del ornato de la misa, en las iglesias y ermitas. Era un beneficio eclesiástico concedido a estas mujeres, medio monjas, que se hacían sororas entregando la dote. A cambio recibían la porción de pan de las ofrendas y de los responsos de entierros y funerales.

Por eso también estaban allí esperando su parte. Cuidaban de las lámparas, cuidaban del ceremonial de los entierros y procesiones. En la ceremonia de Francisco de Atondo, las sororas o freilas salieron guiando el duelo de la casa del difunto

y a la vuelta, rezando letanías por el muerto y dieron el Requiescat in pace, en latín y vascuence.

El obispo de Pamplona, años después mandaría que el servicio que hacían las sororas, fuese hecho por el sacristán, pues decían que había algunas de mala vida. Otras con hábito de dominicas, franciscanas o del Carmen, infundían tanto respeto que violentaban la caridad de los fieles que les negaban limosnas.

Lo que resultó más doloroso para Ferrán fue no ver a los hermanos en la fe. Había sido muy precipitado todo y sabían de la estrecha vigilancia de la Inquisición en aquel acto. La presencia de alguno era un atrevimiento que podía pagarse con la muerte y Francisco de Atondo no lo hubiese permitido. Sin embargo, en aquel sobrio entierro, apareció el abad de Iranzu a quien agradeció su presencia Carlos de Atondo. El abad representaba algo más que un título religioso que el cabildo elegía y la bula pontificia ratificaba. Ahora el abad también era elegido por el emperador o el rey, con no poca oposición por parte de los monasterios. Entendían que era un proceso más para inmiscuirse en los asuntos de Navarra, de castellanizarla, al introducir en la jefatura monástica abades adictos a los intereses reales. Sin embargo, el objetivo de la Corona no era tanto el control de los establecimientos eclesiásticos navarros, sino la separación de la casa madre francesa que gobernaba los conventos navarros a través de la provincia de Aragón. Francia seguía siendo la obsesión española, por donde creían entraban muchas de las ideas protestantes.

El secreto mejor escondido de Francisco de Atondo, radicaba en su amistad con los libreros navarros. La Inquisición nunca supo, hasta varios años después, que varias generaciones de

libreros asentados en Estella y en Tudela, habían producido libros y folletos para Francisco. Muchos de estos libros ponían estar impresos en Amberes o Lovaina, pero salían de las imprentas de Estella o Tudela. Había conocido al gran impresor de Estella, Miguel Eguía cuando solo tenía diecisiete años. Eguía había sido el mayor divulgador de Erasmo, cuyas obras había editado en Alcalá de Henares. También había publicado el *Diálogo de doctrina cristiana* del reformador Juan de Valdés. Era un hombre muy trabajado y siempre cuidando y huyendo de la Inquisición. Cuando murió Eguía, el Consejo Real de Navarra se vio en la necesidad de establecer una imprenta en el reino, para lo cual solicitó la exención de impuestos. En Estella había establecido Eguía su imprenta, sin renunciar a sus otras imprentas en Toledo y Alcalá. A la muerte de este, Adrián de Amberes se hizo cargo del establecimiento y continuó su labor impresora en Estella.

Francisco de Atondo cuando conoció a Adrián de Amberes entendió que tenía una mentalidad distinta a la española. Era un hombre liberal, con el sello del renacimiento y muy cuidadoso con la impresión de libros. Sobre todo, era un buen cristiano y un mal católico romano. Aunque había prestado juramento sobre la cruz de apercibir y avisar al alcalde y regidores de cualquier daño o deshonor contra la ciudad, lo había hecho para adquirir los derechos y libertades que tenían los demás vecinos de Estella. Sin embargo, en conciencia no se obligaba a más, porque también su conciencia no le obligaba a la delación constante.

Con Adrián de Amberes se entendía muy bien Francisco de Atondo. Como encargado de todo lo relacionado con la cultura para el Consejo Real de Navarra le había encargado varios

libros de caballerías, obras de Boscán y Garcilaso de la Vega y alguna novela epistolar. Sin embargo, en secreto le había hecho publicar porciones de la Sagrada Escritura, la *Epístola Consolatoria* de Juan Pérez de Pineda que se había agotado y, en varias ocasiones, hojas volantes contra los inquisidores.

En algunos casos hizo introducir en ediciones de los cuatro *Cuadernos de las Cortes* y otros textos legales, comentarios de Calvino sobre aspectos diversos. Aparecían como hojas salteadas, con diferente paginación y como errores de maquetación de la imprenta. Sobre todo, el impresor de Amberes se atrevió a hacer una falsa edición de *Singularia juris in favorem fidei, haeresisque detestationem* de Juan de Rojas. Aunque Francisco de Atondo admiraba a Calvino, en muchas ocasiones había sentido la intolerancia en sus doctrinas y un puritanismo extremo que rayaba en la tiranía. Como Antonio del Corro a quien había conocido en la Corte de Nerac dedicado a la formación del futuro rey Enrique IV de Francia, temía a la Inquisición reformada tanto como a la española. Por eso había introducido en una edición especial del *Singularia* un pequeño discurso de Sebastián Castelio que se podía traducir así:

*"Os pido por el amor de Cristo que respetéis mi libertad y renunciéis al fin a cubrirme con falsas acusaciones. Dejad que profese mi fe sin coaccionarme, tal y como se os permite a vosotros la vuestra y como espontáneamente la reconozco. De todos aquellos cuya doctrina se aparta de la vuestra, no supongáis que están en un error, y no les acuséis acto seguido de herejía... Aunque yo, como otros muchos devotos, interprete la Escritura de un modo distinto a como lo hacéis vosotros, profeso con todas mis fuerzas la fe de Cristo. Seguramente uno de nosotros está equivocado, pero precisamente por eso*

*amémonos el uno al otro. El Maestro revelará un día la verdad al que está equivocado. Lo único que sabemos con seguridad, tú y yo, o al menos deberíamos saber, es el compromiso de amor cristiano. Practiquémoslo y, al hacerlo, cerremos así la boca a todos nuestros adversarios. ¿Consideráis que vuestra interpretación es la correcta? Los demás piensan lo mismo de la suya. Que los más sabios se muestren, por tanto, como los más fraternales y que no permitan que su saber les vuelva arrogantes, pues Dios lo sabe todo y doblega a los orgullosos y ensalza a los humildes."*

El texto iba dirigido contra los edictos que ahogaban la libertad de pensamiento. Sobre todo, sostenía que matar a un hombre no sería nunca defender una doctrina, sería siempre matar a un hombre. Nunca la Inquisición lo había detectado, porque Francisco había distribuido estos libros personalmente. Cuando Tomás Porralis, de Saboya, estableció su imprenta en Tudela, con el propósito de editar obras didácticas para la Escuela de Gramática tudelana, Francisco de Atondo no publicó nada. Sería una imprudencia implicarse en la impresión. Toda expresión de disidencia le apuntaría a él. Por eso, aunque se llevaba bien con Porralis, no se atrevió a despertar la Inquisición y agitar el frailuno avispero de espías.

## 2

El mismo día del entierro de Francisco de Atondo salió de la cárcel el Licenciado la Torre. El apuesto Comisario inquisitorial, que aspiraba a comerse el mundo y vestirse de color púrpura, ya no era el mismo fiero perseguidor de herejes. La cárcel le había disciplinado por dentro y encorvado por fuera. Sin apenas

dientes, sus mejillas se hundían en su cara dibujando un rostro de caricatura. Sin embargo, durante los años de prisión y soledad, había ido almacenado el veneno del rencor y la venganza que arrastraba con él.

Una vez recobrada su autoridad, aspiraba a un cargo público sedentario, apropiado a sus años, donde pudiera favorecer sus intereses y recobrar lo que había perdido. No perdonaba a quienes creían eran la causa de sus desgracias y uno de ellos era Francisco de Atondo. Consideraba que él le había perjudicado burlando repetidas veces el control de las aduanas, infiltrando libros y pasando por la frontera a mucha gente relacionada con los hugonotes del Béarn. De todo aquello le había acusado la Suprema. Pero además Francisco de Atondo había estado entre los que repartieron panfletos en Tudela contra la Inquisición y ponían a él como el corruptor destacado de la comarca.

Aquellas hojas hacían ver que personas revestidas de autoridad y en cargos públicos, usaban su poder para favorecer ganancias ilegítimas. El Comisario inquisitorial, en los últimos años, ya no se amparaba en el silencio para favorecer sus manipulaciones corruptas, sino en la violencia y las amenazas. Era verdad que el inquisidor Armendiz no le pagaba bien, pero La Torre se había convertido en un mafioso insaciable, una persona a la que había que concederle lo que pidiese. Tenía autoridad para comprar confidentes a los que le exigía un estado de complicidad continuado. Había ido tejiendo una red de interdependencias que a su alrededor todos eran corruptos.

La Torre nunca pagaba, solo recibía. Sus caballos comían buenos piensos y dormían en mejores cuadras gratuitamente. La estancia de él y todos sus servidores se realizaba en los

mejores mesones y palacios. Cuantas más ayudas recibía, más veces tenía que hacer la vista gorda. Entonces empezó a recibir regalos y se dejaba corromper. Ya no se estigmatizaba la corrupción. Se aceptaba y casi se fomentaba. Eran habituales las quejas de La Torre sobre el dinero que Armendiz le negaba y que los interlocutores terminaban pagando a fondo perdido.

Después de estos primeros pasos, corruptores y corruptos comenzaban la carrera de la ambición por el dinero y los intereses para conseguir el poder. Con dinero habían comprado a Dalila, la concubina de Sansón, porque deseaban saber el secreto de su fuerza. Con el Comisario La Torre se repetía la misma historia de ambiciones y corrupciones de hoy y de siempre.

Francisco de Atondo había olido la putrefacción en la que vivía La Torre y huyó de aquel tráfico que destruía la integridad moral de los hombres. La codicia del Comisario inquisitorial La Torre había convertido en divinidad el dinero. Maniobraba de día y de noche esperando dar el golpe perfecto, afanando el dinero y el poder. Como Judas Iscariote, no le preocupaba el Santo Oficio, ni la defensa de la fe. Solo buscaba riqueza y autoridad.

Su corazón se había ido extraviando, día a día, con pequeños favores y privilegios. Admiraba también a las mujeres de los demás y aceptó tratos y pagó traiciones por un poco de placer escondido. Exigió poco a poco dinero o bienes a gentes que pasaban contrabando. Ocultaba muchos delitos que él podía controlar, exigiendo silencio y las correspondientes comisiones. Había dejado de ser honrado y nunca más volvería a serlo

El Comisario La Torre, clérigo secular, verdadero representante del inquisidor y dotado de sus poderes, había

convertido su sabiduría, costumbres y celo por la santa fe, en un estercolero maloliente. Sus enormes poderes para prender, retener, recibir testimonios y confesiones, examinarlos, llamar a testificar; torturar para conseguir declaraciones, encarcelar; convocar a expertos y, en términos generales, hacer todo lo que el inquisidor podría hacer si estuviera físicamente presente, habían estado durante treinta años en las manos de este hombre. Además de los ingresos por su condición de clérigo beneficiado, percibía fondos por las informaciones realizadas al Santo Oficio, por lo que había ido adquiriendo rebaños, arboledas y sotos. Sin embargo, donde encontraba su enriquecimiento era al realizar investigaciones, vigilar las entradas de mercancías, especialmente libros, o realizar informaciones de limpieza de sangre que en ocasiones compraban su silencio con grandes cantidades de dinero.

Había tenido varias acusaciones de malos tratos y excesos con los vecinos de Jaca, que le señalaban como amancebado. Él llamaba “cornudos” a algunos vecinos sabedor de algunos secretos adquiridos por el sacramento de la confesión. Aún con la hostia en sus manos decía donaires a las mujeres. En ocasiones llamaba judíos y villanos a los más honorables, usando de su mala lengua con todos. Era imposible vivir en paz y quietud con un personaje de esta catadura, que hasta en su misma casa ocultaba y protegía a los malhechores. Decían que tenía en su domicilio a un familiar del Santo Oficio, personaje de mala vida, fama y reputación, que había acuchillado a varias personas y tenía a su mujer “a ganancia” o prostituida.

Entre otras cosas habían encarcelado a La Torre por negligencias y por hacer procesos y acusaciones por dinero. La mancha más grande y secreta en su expediente, sin embargo,

era no haber confesado que descendía de judíos confesos, habiendo falsificado su expediente. Se había defendido como un poseso, pero nunca confesó su descendencia. Prefería la cárcel antes que verse humillado por aquella chusma que tantas veces él había perseguido y maldecido. Maldiciones que usaba sacadas del edicto de anatema, que se leía después de los edictos de fe y de gracia. Sabía de memoria todo el discurso de anatema y por las calles de Jaca se le veía imprecando constantemente sus maldiciones. Parecía el mismo diablo vestido de sotana negra y bonete de alas que solo rezaba condenaciones y excomuniones.

_ Nos, de parte de Dios y de su bendita madre y de los bienaventurados san Pedro y san Pablo, …., sean malditos, descomulgados y venga sobre ellos maldición de Dios todo poderoso y de su bendita madre. Sea maldito el pan que comieren, el vino y el agua que bebieren y la cama y vestidos en que duermen y visten, y la tierra que pisaren. Tengan en su compañía siempre al diablo. Cuando fueren al juicio siempre sean condenados, sus oraciones sean siempre en pecado, sus días sean pocos, sus honras, haciendas y dignidades vean en manos de otros. Sus hijos sean huérfanos y sus mujeres viudas y anden por mal pago avergonzados, desterrados de sus tierras y casas y pidan de puerta en puerta. No hallen quien bien ni limosna les haga, sus haciendas lleven los logreros y los extranjeros usen de ellas y sus trabajos. Sus hijos se vean muertos, nunca hallen quien de ellos tenga piedad ni misericordia, sus nombres se pierdan para siempre, no los perdone Dios sus pecados, ni los de sus padres y madres y queden en la memoria de Dios nuestro señor… (*Edicto inquisitorial de anatema*)

El largo anatema era el más clamoroso ejemplo de corrupción de la religión de Roma. Atrapaba con su oscura niebla el corazón de los hombres vestidos de negro o escarlata y sometía a Dios al capricho y maldición de la Iglesia ¿Era extraño que La Torre se hubiese convertido en un incrédulo? Ser inmisericorde y vengativo ¿no era la proclamación exacta y piadosa del anatema inquisitorial? Convertían a Dios en un desalmado justiciero, sin misericordia y sin clemencia. ¿Acaso el tiempo y el olvido podrán tapar el pecado de hacer a Dios vengador e inmisericorde?

El Comisario La Torre, murió a los pocos días de haber salido de la cárcel, lleno de años y de anatemas leídos y rezados con tanta insolencia. Solo Dios podía juzgar a aquel ser que tanto daño había hecho a las gentes de Navarra y así mismo. Sobre todo, por haber profanado el nombre de Dios. Dios salía en los anatemas maldiciendo, amenazando, deseando el mal a todos. La iglesia era la perdonadora, la que quitaba los pecados de herejía, la que con unas monedas te aseguraba el cielo. Nunca se podrán olvidar aquellos días donde toda una gran nación, en cuyos términos no se ponía el sol, sufrió el holocausto más grande de la historia. Judíos, moros y protestantes, beatas alumbradas y gentes a las que se les tenía por brujas, multitudes de todas las clases, sufrieron el furor y la muerte a manos de una iglesia manipuladora y cruel. Llena de santos en los altares ya nunca más podrá ser vista por santa y virtuosa después de este siglo.

_ La gran ramera, Babilonia la grande, si no es la iglesia católica romana se le parece mucho al relato apocalíptico, - había manifestado siempre Francisco de Atondo

Ferrán ahora se daba cuenta con más claridad en lo que se había convertido aquella institución religiosa, llena de representantes, vicarios, otros Cristos que en nada se parecían al original. Era verdad lo que decía don Francisco sobre la gran Babilonia. Sin embargo, le seguía extrañando que el pueblo aceptase a estos hombres con piel de corderos, sabedor de que su doctrina estaba prostituida y cambiada. Un pueblo al que se le consentía vivir en la idolatría y su propia visión de la religión, con tal de respetar la aristocracia clerical.

_ ¡Cuando se darán cuenta que Dios no necesita vicarios que le proclamen, ni le ayuden, ni siquiera que le ensalcen con los labios, teniendo el corazón corrompido! –pensaba Ferrán-.

Decían que muy poca gente asistió al entierro del Comisario La Torre. Que ni los parientes a los que había dejado la herencia le habían acompañado. Ferrán sintió un escalofrió por ese desamparo del Comisario y comenzó a preguntarse por su propio final. Miró al cielo, más allá de las nubes blancas con retazos de azul y oró interrogando a Dios:

_ "¿Qué vas a hacer Señor cuando yo muera?" ¿Me dejarás roto como un cántaro, vertida su bebida, sin vestiduras, sin sentido? Apágame los ojos y te seguiré viendo. Párame el corazón y latirá mi alma. Lanza mi mente al fuego y seguiré llevándote en la sangre.

Ferrán se aferraba a Dios como nunca lo había hecho y había comenzado a valorar de otra manera la muerte de don Francisco. En un momento de desesperación pensó que Dios le había abandonado, que había abandonado la Reforma en España, que había dejado de actuar en este mundo. Sin embargo, entendía que un Dios que revelara su fuerza no

tendría sentido. Pensaba ahora que cuando alguien muere, eso no era la muerte. La muerte es cuando alguien vive sin saberlo, distraído, sin detenerse, sin interés. Muerte es cuando alguien no puede ni morirse, ni enterrarse, porque no tiene nada que pueda germinar.

La relación del hombre con Dios era algo más que sentimiento, creencias aceptadas, forzando el corazón a que crea algo. Dios en la vida de Francisco había sido una dirección dada al amor, hacía los demás, hacía los desamparados de los hombres. Dios no era ajeno a su destino, siempre volvía –indicaba don Francisco-, sentía su roce, su rondar, su revelarse en medio de la noche, de las llamas, de las tinieblas, de la debilidad. Cuando no entendía nada, cuando su propia lámpara no iluminaba su rostro y menos aún el largo recorrido del camino, cuando temblaba entre gentes extrañas, entonces renacía de nuevo al leve susurro de Dios. Dios dejaba el rastro de su perfume y él le seguía con mejores fuerzas, sin lamentarse, mordiendo el hueso de la realidad.

Francisco le había dicho a Ferrán en uno de los últimos momentos de su vida:

_ Ferrán, ¿puedes tú imaginarte que desde hace años viajo como un extraño entre extraños? Y al fin siento que Dios me lleva hacia su casa.

## EPÍLOGO: DESDE LA OTRA ORILLA.

El experimentado inquisidor Pedro de Llanos parecía escondido tras la muerte de Francisco de Atondo. Ni siquiera se le veía en la temprana misa que celebraba en el altar de San Torcuato cuyos acompañantes no solían pasar de un monaguillo y tres viejas beatas. Era una estrategia habitual. Pensaba el inquisidor que el silencio borraría la memoria de Francisco y apaciguaría el desagravio popular de aquel hombre hereje y contrabandista. Sin embargo, esperaba una respuesta combativa de los reformados españoles. Cuando morían hombres como Francisco, siempre se percibía en las calles el rechazo al Santo Oficio por medio de pasquines o pintadas, aunque nunca los heterodoxos disidentes habían sido una revolución alarmante. Pero aquel silencio de un enemigo prudente y oculto le turbaba. El anciano hubiera querido oír alguna voz para acallarla, blandir alguna espada para combatirla, pero no aquel sigilo y aquella amarga desolación sin palabras. Indudablemente prefería el inquisidor sentir su cólera, ver en sus ojos las rojeces del odio y en sus bocas agresiones y maldiciones.

Lo más infamante para el inquisidor era que Francisco de Atondo había sido enterrado en lugar santo. Era como un beso en su rostro exangüe de traiciones y de años de verdugo. ¡A eso se reducía la respuesta! Era estremecedor para el inquisidor no

sentir odio ni desprecio. Solo silencio y olvido. Una atrevida amistad que salía a pasear entre las tinieblas de la cuidad recordándole su fracaso. Pero también veía en la noche, desde un lugar extraño y hostil, deambular muchas personas que le reconocían y le saludaban al salir de la sombría morada del más allá. Por eso sus labios temblaron cuando pudieron exclamar desde la otra orilla, entre la envolvente bruma parapetada entre abismos y que ocultaba los huecos de los sepulcros:

_ ¡Quédate Francisco en tu tumba y no vuelvas nunca…, nunca!

No quería volverlo a ver porque advertía reconocer también, en la soledad de la noche y desde el abismo, otros seres aparecidos de entre las cenizas de las hogueras. Llevaba condenados a más de mil hombres de la Reforma en Navarra y todos se asomaban como fantasmas saliendo del lugar de los muertos caminando en procesión hacia la luz de las estrellas. Aparecían, ¡cosa extraña! mezclándose entre el pueblo y las más encantadoras mujeres de la corte, con el rey y sus magnates, caballeros y altas dignidades de la iglesia. Siempre los mártires inmolados avanzaban hacia la multitud, callados, modestos, sin tratar de llamar la atención, como tantos años lo había hecho Francisco de Atondo. El pueblo les seguía impelido por un impulso y se agolpaba a su paso. Ellos lentos, con una sonrisa de compasión en sus labios, con sus ojos fluyendo luz, continuaban su triunfante marcha.

El viejo inquisidor percibía el intenso amor que abrasaba el alma de aquellos inmolados por predicar el Evangelio. Sentía que la Ciencia y la Fuerza que ellos traían a los hombres eran bendiciones de Dios. De sus palabras y de sus ropas salía virtud curativa, como si fuesen los mismos brazos de Cristo. Veía en la

noche que el pueblo derramaba lágrimas de alegría y besaban la tierra por donde pasaban. Los niños tiraban flores a sus pies. Sin embargo, él se veía más viejo de lo que era, alto pero encorvado y de una ascética delgadez. Sin poder lucir sus ropajes de púrpura y carmesí de tantas ceremonias, se vestía con un tosco hábito de fraile. Sus colaboradores y esbirros del Santo Oficio le seguían a distancia, sin poder detener a la multitud. Lo veía todo y lo espiaba desde lejos, entre brumas, detrás de sus espesas cejas blancas que se fruncían y dejaban un escaso brillo en sus ojos.

_ ¡Prendedles de nuevo! ¡España es la nación más católica del mundo! – ordenaba en el ensueño a sus esbirros el inquisidor Pedro de Llanos-.

Pero nadie acudió a su llamada. Sentía ante él una medrosa sumisión del pueblo y unos esbirros que no le obedecían. La noche de luna en Navarra con olores de pino y retamas había hecho que los perros aullaran y despertasen a aquellos muertos con el plateado resplandor nocturno. Solo él podía pararlos. Él mismo en persona, alumbrándose con un simple candil, abriría la puerta de hierro del calabozo. Los encerraría a todos de nuevo. Los ahogaría con la toca llenado de agua su garganta hasta morir de asfixia. Pero en el umbral de la mazmorra, por un momento, dejaría la lámpara colgada de una estaca y preguntaría con sorpresa antes de encerrarlos:

_ ¿Sois tantos los muertos de la Reforma? ¿De dónde ha salido esta multitud de degollados?

Sin esperar respuesta, el orgulloso inquisidor les mandó callar antes de que contestaran. ¿Qué podrían decirle? ¿Acaso lo iban a convertir al Evangelio como al arzobispo Carranza? No tenían derecho a añadir ni una sola palabra. Eran seres

molestos aún después de haber muerto. Siempre inoportunos, condenables de todos modos, merecedores de ser atormentados y perecer en la hoguera. Ahora se sentían admirados por el pueblo que le lanzaba flores y les besaban los pies, pero a una orden suya, le echarían de nuevo más leña al fuego.

Sonreía el inquisidor y reprochaba a los reformados españoles se presentasen ante el mundo con las manos vacías. Entendía que anunciar a los hombres libertad en nombre de Cristo era una simpleza. La maldad natural de los hombres no les permitía comprender y deducía el inquisidor que nada había tan espantoso como la libertad para la sociedad. Estaba convencido de que no serían verdaderamente libres hasta no haber confiado plenamente su libertad en ellos. Vestían costosísimos atavíos de púrpura imperial o púrpura de Tiro, para mostrar su dignidad, reclamar devoción, proclamar la grandeza, la nobleza, la soberanía, la gravedad de su persona para que todos pusiesen a sus pies la libertad y obediencia. Por eso consideraba un acierto engañarles con supersticiones celestiales y con algunas caridades de otros, pues no solo de pan vive el hombre, -se decía-

El inquisidor soñaba con fuego del cielo y el aplastante poder del Santo Oficio contra la libertad y contra los que pedían pan.

La libertad no es compatible con una justa repartición del pan terrestre entre todos los hombres, dado que nunca, ¡nunca! sabrán repartírselo, -pensaba el inquisidor-.

Ambas cosas, libertad y pan, eran una nueva Torre de Babel, no más firme ni más alta que la primera. Pedro de Llanos, sin embargo, estaba dispuesto a derribar la torre encantada.

Nosotros acabaremos con su Babel, dándoles pan, lo único de que tendrán necesidad. Y se lo daremos en nombre de la iglesia. –Sabía mentir el inquisidor-.

Sin nosotros, se morirán de hambre. Su ciencia no les mantendrá. Mientras gocen de libertad les faltará el pan y acabarán por poner su libertad a nuestros pies, clamando: "¡Cadenas y pan!". Se convencerán solos cuando estén hambrientos.

Entendía el inquisidor que la libertad no haría bajar el pan del cielo, siendo como eran débiles, necios e indómitos. Dios solo era el Dios de los grandes, de los escogidos, de los fuertes, a cuyos pies se postraba lo vil de la raza humana. Por esta causa ellos habían tomado la púrpura de Cesar y estaban dispuestos a fundar un reino universal que fuera la paz del mundo ¿Acaso no debían reinar sobre los hombres los que eran dueños de las conciencias y tenían su pan en las manos?

Seremos sus dioses, nos admirarán cuando sobre nuestros hombros pongan la carga de su libertad. Y reinaremos en el nombre de Dios, sin necesidad de que Dios baje a la tierra para multiplicar el pan.

Aquella extraña noche, el inquisidor Pedro de Llanos se sentía verdadero Cesar, aunque no estuviese vestido de púrpura y armiño.

¡Si! Los seres libres serían viles instrumentos en manos de los grandes que, en este siglo, eran los hieráticos inquisidores que hechizaban al pueblo con solo la fuerza moral de su represión y control. Un pueblo que, a pesar de su condición viciosa y rebelde, acabaría por dejarse dominar si antes no era exterminado. No se daban cuenta aquellas gentes supersticiosas -pensaba el inquisidor- que el más vivo afán del

hombre era encontrar un ser ante quien inclinarse, una religión llena de misterios, con cultos universales y obligatorios. ¡Cuántas veces el vulgo, que se creía con la posesión de un dios, había obligado a su vecino a adorarlo si no quería ser matado con sus propias manos! Por eso Roma representaba al único Dios, ante el cual todos los demás sobraban.

El inquisidor, que sabía mentir mejor, era más hábil aún en darle al pueblo la paz de la conciencia para obtener la ofrenda de la libertad de los hombres. Había sabido urdir razones y motivos de vida para adueñarse de la conciencia humana que guardaba el secreto de la existencia. Anular la conciencia, era quitar las alarmas, las cerraduras y las puertas de la vida. Manejar las conciencias con normas moralizantes había sido su estudiado mensaje.

No importaba que el hombre estimase como lo más querido el libre albedrío. Eso le haría sufrir. Si no le ponías diques a su libertad, se introducirían en el alma humana nuevos elementos de dolor y preocupación. La libre elección era una carga que abrumaba a los hombres. Por eso ellos, los que habían poseído la tierra con su Inquisición, elegían, decidían, acordaban y a cambio se hacían dueños de la conciencia. Era la misma frase del Maligno: "Todo esto te daré, si postrado me adorares". Ellos eran los únicos que sabían distinguir entre el bien y el mal. Someterían la conciencia de los seres indómitos y débiles. Por un momento, les harían felices con el milagro, el misterio y su impuesta autoridad.

Había sido un largo sueño el del inquisidor Pedro de Llanos, pensando que iba a aparecer en él Francisco de Atondo. Que se inclinaría respetuoso ante él. Pero este no apareció, ni se excusó, porque no se consideraba muerto. Su espíritu seguía

vivo. Seguía siendo el depositario del secreto para vencer a los poderosos torturadores.

No murió la Reforma con Francisco de Atondo, pero si la visibilidad religiosa en aquella España. El silencio y el terror borró la memoria de los labios del pueblo en poco tiempo. Con los campos arrasados y quemados no había cosecha. No había granos que germinaran y dieran el ciento por uno. Solo habían quedado polvo y cenizas. Sin embargo, Ferrán González y Francisco de Atondo quedaban con el secreto y las claves del antihéroe, de hombres que habían pasado por la vida sin rituales y que no quisieron ser mártires. Hombres que no representaban a ningún movimiento de resistencia. Su épica no era la del héroe de grandes triunfos sino el de las pequeñas cosas. No usaron arco, flechas y un carcaj como armas para matar gigantes, pero conquistaron igualmente porque quedó su memoria impregnada en los genes de la nación. La descomunal Inquisición que había tragado enteras varias generaciones, no había podido digerir un personaje tan singular como Francisco de Atondo, que le desgarró poco a poco las entrañas desde dentro hasta que llegó la gloriosa libertad.

Por todo ello también los perseguidos y excluidos merecen un epitafio elogioso en esta tierra. Francisco de Atondo había podido ver la desesperación de un pueblo hostigado, los escombros de sus casas arrasadas, sus familias atormentadas, muertos en cárceles, galeras y hogueras. Sintió durante treinta años el destrozo de los zarpazos perseguidores, pero sus manos nunca se cansaron. Nunca pensó parar la tarea, ni temió perecer.

En aquellos que aceptan creer, la voz de Dios es como un arma que empuja al enemigo a perder la batalla. Por eso

aprendió a resistir, a levantarse, a no claudicar. Era su tiempo, su generación, para proclamar el Reino de Dios. Francisco de Atondo levantó los ojos y vio una España llena de sombras y supersticiones. Sintió que precisaba de gestas y contestó al llamado. Como un caballero andante recorrió misteriosos caminos, pero nunca en busca de aventuras o fortuna. Con las armas en ristre comenzó la batalla y se proclamó vencedor con su muerte.

En el Hades duermen todos. Los grandes y los pequeños, los blancos y los negros, los libres y los esclavos. Todos han danzado la danza de la muerte. Todos dejaron sus sueños en el umbral de la memoria. Sin embargo, de los hombres vestidos de púrpura o escarlata solo ha quedado el oscuro canto de los buitres, su corrupción y su odio. Aquellos honorables inquisidores, jurisconsultos de conciencias, torturadores del cuerpo y del alma ¿podrán algún día escribir sus nombres en el mármol? ¿Resistirá el granito algún día el nombre de los mercaderes del cielo o de los galenos que se aliaron con la muerte? ¿Quién alabará a los corruptos, a los que dilapidaron su vocación, a los que nunca amaron? ¿Quién se atreverá a decir, viendo tantos inmolados, que aquel holocausto fue una leyenda negra contra España?

Un siglo perdido para la esperanza, absurdo, sin sentido. Un extenso cementerio de ideas e ideales, de aspiraciones arrancadas de raíz por aquellas togas que bailaban sonámbulas y vacías la danza de la muerte. Solo hombres astutos y sagaces como Francisco de Atondo lucharon por un sueño y vencieron. Vencieron los perseguidos, los humillados. No porque fueran hombres de una sola pieza, santos de los altares, sino porque nunca quisieron ver los escombros del cataclismo de

destrucción de aquella batalla, nunca sintieron el oprobio, nunca vieron gigantes como Goliat que no pudieran ser alcanzados por una piedra.

Al contemplar la muerte de Francisco de Atondo, Dios parece adelantar su juicio final. Pero no es un juicio apocalíptico, es solo una mueca, una sonrisa disimulada sobre los perseguidores, los atormentadores y los ladrones de conciencias. No es un juicio sobre la tierra ya devastada por las llamas que abrasaron a los hombres fieles. Es una sentencia de un infierno especial para aquel ejército de la Inquisición y de Roma, de esqueletos vivientes, que habían invadido tierra y mar con la misión de perseguir y exterminar a los seres humanos en nombre de Dios. La muerte silenciosa de Francisco se reía de los que, con violencia y saña inusitada, degollaban, apretaban el garrote y quemaban a los hombres creyentes, porque les esperaba un infierno más doloroso que el de cenizas y sambenitos.

La dulce muerte de Francisco de Atondo, era como una alegoría inversa de todas las víctimas de violencia extrema. Era el premio a tantas historias perdidas en el recuerdo por quienes prefirieron ocultarlas o intentaron olvidarlas. Nunca más nadie podría anestesiar la evocación de aquellas masacres porque al menos uno había triunfado sobre sus perseguidores. Francisco de Atondo era el emblema para el futuro del mundo, testificando que en los holocaustos siempre ganan los vencidos. Francisco de Atondo había dejado al mundo un insospechado mensaje: la espada no sirve para vencer a los hombres libres. Ahora nadie debería repetir las atrocidades perpetradas contra los seres humanos en nombre de Dios, de la iglesia, de la política o de la raza. Nadie podría olvidar a los inmolados

porque sus nombres quedarían esculpidos en el granito de las tumbas y en el libro de la vida de Dios como vencedores.

EN MEMORIA DE LOS QUINIETOS AÑOS DE LA INTEGRACIÓN DE LA ALTA NAVARRA A LA CORONA ESPAÑOLA